

13)
JULIO VERNE



CINCO SEMANAS EN GLOBO



CINCO SEMANAS EN GLOBO

VIAJE Y DESCUBRIMIENTOS EN ÁFRICA POR TRES INGLESES

PRIMERA PARTE

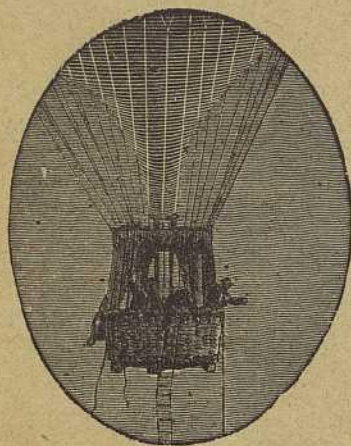
OBRA ESCRITA EN FRANCÉS

POR

JULIO VERNE

VERSIÓN ESPAÑOLA

EDICIÓN ILUSTRADA CON GRABADOS



MADRID

SÁENZ DE JUBERA, HERMANOS

10, CALLE DE CAMPOMANES 10

EDITORES

Es propiedad de los editores; quedan cumplidos los requisitos que ordena la ley.



PRIMERA PARTE.

CAPÍTULO PRIMERO.

EL FINAL DE UN DISCURSO MUY AFLAUDIDO.—PRESENTACIÓN DEL DOCTOR SAMUEL FERGUSSON.—«EXCELSIOR.»—RETRATO DE CUERPO ENTERO DEL DOCTOR.—UN FATALISTA CONVENCIDO.—COMIDA EN «TRAVELLER'S CLUB.»—NUMEROSOS BRINDIS DE CIRCUNSTANCIAS.

El día 14 de enero de 1862 había asistido un numeroso auditorio á la sesión de la Sociedad real geográfica de Londres. Waterloo place, 3. El presidente sir Francis M... hacia á sus ilustres colegas una comunicación importante en un discurso que con frecuencia interrumpieron los aplausos.

El discurso era elocuentísimo y terminaba en unas cuantas frases retumbantes en que el patriotismo brotaba á borbotones enuelto en períodos redondeados.

«Inglaterra ha marchado siempre á la cabeza de las naciones» (ya se sabe que las naciones marchan universalmente á la cabeza unas de otras) «por la intrepidez con que sus viajeros acometen descubrimientos geográficos. (Numerosas muestras de aprobación) El doctor Samuel Fergusson, uno de sus gloriosos hijos, no faltará á su origen. (De todas partes: ¡No! ¡no!) Su tentativa, si la corona el éxito,

PRIMERA PARTE.

»(La coronará) eslabonará, contemplándolas, las nociones dispersas de la cartología, africana (Aplausos), y si es desgraciada (¡imposible! ¡imposible!), quedará consignada en la historia como una de las mas atrevidas concepciones del genio humano. (Entusiasmo frenético).»

—¡Hurra! ¡hurra! gritó la asamblea electrizada por palabras tan conmovedoras.

—¡Hurra por el intrépido Fergusson! exclamó uno de los oyentes mas expansivos.

Resonaron entusiastas gritos. El nombre de Fergusson salió de todas las bocas, y motivos tenemos para creer que ganó mucho pasando por gazañates ingleses. El salón de las sesiones se estremecía.

Numerosos, envejecidos, fatigados, allí estaban los intrépidos viajeros cuyo temperamento inquieto les había hecho recorrer las cinco partes del mundo. Todos, cuál mas, cuál menos, física ó moralmente, se habían librado milagrosamente de los naufragios, de los incendios de los tomehawks de los indios, de los rompe-cabezas de los salvajes, de los horrores del suplicio, de los estómagos de la Polinecia. Pero nada pudo contener los latidos de sus corazones durante el discurso de sir Francis M... y la Sociedad real geográfica de Londres no recuerda seguramente otro triunfo oratorio tan completo.

Pero en Inglaterra el entusiasmo no se reduce á vanas palabras. Acuña moneda con más rapidez aun que los volantes de *the Royal Mint* (1). Se abrió, antes de levantarse la sesión, una suscripción en favor del doctor Fergusson que ascendió á la suma de 2.502 libras (2). La importancia de la cantidad recaudada guardaba proporción con la importancia de la empresa.

Uno de los miembros de la Sociedad interpeló al presidente para saber si el doctor Fergusson sería presentado oficialmente.

—El doctor está á disposición de la asamblea, respondió sir Francis M....

—¡Que entre! ¡que entre! gritaron todos. Bueno es que veamos con nuestros propios ojos á un hombre de una audacia tan extraordinaria.

—Acaso tan increíble proposición, dijo un viejo comodoro apoplético, no tenga más objeto que embaucarnos.

—¡Y si el doctor Fergusson no existiese! añadió una voz maliciosa.

—Tendríamos que inventarlo, respondió un miembro muy divertido de aquella grave Sociedad.

—Haced entrar al doctor Fergusson, dijo sencillamente sir Francis M....

Y el doctor entró entre estrepitosos aplausos, sin comoverse en lo más mínimo.

Era un hombre de unos cuarenta años, de estatura regular y buena constitución, el subido color de su semblante ponía en evidencia su temperamento sanguíneo; su cara era fría, y en sus facciones, que nada tenían de particular, sobresalía una nariz asaz voluminosa, á guisa de baurrés, como para caracterizar al hombre predestinado á los descubrimientos; sus ojos, muy apacibles, más inteligentes que audaces, hacían muy simpática su fisonomía: sus brazos eran largos y sus pies se apoyaban en el suelo con el aplomo propio de los grandes andarines.

Toda la persona del doctor respiraba una gravedad tranquila que no permitía ni remotamente acariciar la idea de que pudiese ser instrumento de la más insignificante farsa.

Así es, que los hurras y los aplausos no cesaron hasta que con un ademán amable el doctor Fergusson pidió un poco de silencio. Se acercó al sillón dispuesto expresamente para él, y después, puesto en pie, sereno, con la mirada enérgica, levantó hácia el cielo el índice de la mano derecha, abrió la boca y pronunció esta sola palabra:

¡Excelsior!

—¡No! ¡ni una interpelación inesperada de monseñores Dright y Cobden, ni una demanda de Lord Palmerston para fortificar los peñascos de Inglaterra habían obtenido nunca un éxito tan completo! El discurso de sir Francis M.... había quedado atrás, muy atrás. El doctor se manifestaba á la vez sublime, grande, sóbrio y circunspecto; había dicho la palabra de la situación:

¡Excelsior!

El viejo comodoro completamente adherido á aquel hombre extraordinario, reclamó la inserción «integr» del discurso de Fergusson en *the Proceedings of the Royal Geographical Society of London* (3).

¿Quién era, pues, aquel doctor, y cuál la empresa que iba á acometer?

El padre del joven Fergusson, denodado capitán de la marina inglesa, había asociado á su hijo desde su más tierna edad, á los peligros y aventuras de su profesión. Aquel digno niño, que no pareció haber conocido nunca el miedo, anunció muy pronto un talento despejado, una inteligencia de investigador, una afición notable á los trabajos científicos; mostraba,

además, una habilidad poco común para salir de cualquier atolladero; no se apuró nunca por nada de este mundo, ni siquiera para servirse por vez primera en la comida del tenedor, en lo que los niños en general sob esale pocas veces.

Su imaginación se inflamó muy pronto con la lectura de las empresas audaces y de las exploraciones marítimas. Siguió con pasión los descubrimientos con que se señló la primera parte del siglo XIX, y hasta pensó en la gloria de los Mungo-Park, de los Bruce, de los Caillié, de los Levaillant, y también en la de Selrik, el Robinson Crusoe, que no le parecía inferior. ¡Cuántas horas bien ocupadas pasó con él en la isla de Juan Fernández! Aprobó con frecuencia las ideas del marinero abandonado; discutíó algunas veces sus planes y sus proyectos; él hubiera procedido de otro modo, tan bien como él; tal vez mejor. Pero no hubiera jamás abandonado aquella isla de bienaventuranza, donde hubiera sido feliz como un rey sin súbditos... no, no la hubiese abandonado ni aunque le hubieran nombrado primer lord del Almirantazgo.

Dejó á la consideración de cualquiera si semejantes tendencias se desarrollarían durante su aventura juvenil lanzada á los cuatro vientos. Su padre, hombre instruido, no dejaba de consolidar aquella perspicaz inteligencia con estudios continuados de hidrografía, física y mecánica, y con algo también de botánica, medicina y astronomía.

A la muerte del digno capitán, Samuel Fergusson tenía veintidos años de edad, y había dado ya la vuelta al mundo. Entró en el cuerpo de ingenieros bengaleses, y se distinguió en varias acciones; pero la existencia de soldado no le convenía, gustándole poco mandar y menos aun obedecer. Hizo dimisión, y ya cazando, ya herborizando, remontó hacia el Norte de la península india y la atravesó desde Calcuta á Surate. Un simple paseo de aficionado.

Le vemos desde Surate pasar á Australia, y tomar parte en 1845 en la expedición del capitán Sturt, encargado de descubrir aquel mar Caspio que se supone existir en el centro de la Nueva Holanda.

En 1850, Samuel Fergusson regresó á Inglaterra, y cada vez más dominado por el dominio de los descubrimientos, acompañó hasta 1853 al capitán McClure en la expedición que costó el continente americano desde el estrecho de Behring al cabo de Farewell.

A pesar de las fatigas de todo género y bajo todos los climas, la constitución de Fergusson resistía maravillosamente. Se hallaba en sus glorias en medio de las mayores privaciones. Era el tipo de perfecto viajero, cuyo estómago se reduce ó se dilata voluntariamente, cuyas piernas se estiran ó se encogen según la cama que se improvisa, y que se duerme á cualquier hora del día y despierta á cualquier hora de la noche.

Nada desde entonces es menos asombroso que hallar á nuestro infatigable viajero visitando desde 1855 hasta 1857 todo el Oeste del Tibet en compañía de los hermanos Sehtagintweit, para traernos de aquella exploración observaciones de etnografía las más curiosas.

Durante aquellos varios viajes, Samuel Fergusson fué el corresponsal más activo y más interesante del *Daily Telegraph*, de aquel periódico que cuesta un Penny, y cuya tirada pasa de ciento cuarenta mil ejemplares diarios, teniendo millones de lectores.

Así, pues, el doctor era hombre bien conocido, no obstante no pertenecer á ninguna institución científica, ni á las Sociedades reales geográficas de Londres, París, Berlín, Viena ó San Petersburgo, ni al Club de los viajeros, ni siquiera al *Royal Polytechnic Institution*, donde su amigo el estadista Kolburn metía mucho ruido.

(1) La casa de moneda de Londres.

(2) Cada libra equivale á unos 100 reales.

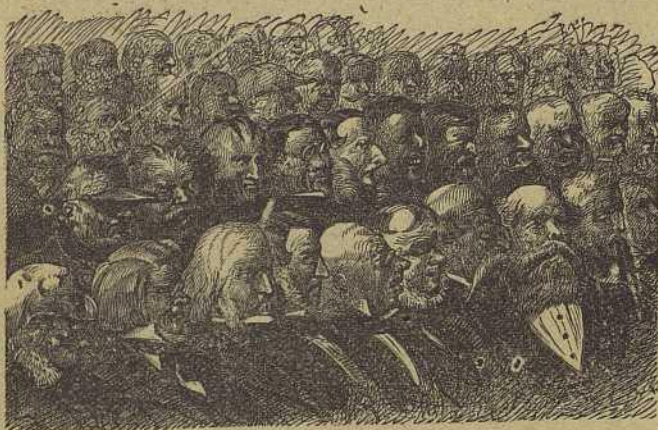
(3) Boletines de la sociedad Real geográfica de Londres.

Un día Kolburn le propuso para darle gusto resolver el siguiente problema: Dado el número de millas recorridas por el doctor alrededor del mundo, ¿cuántas millas mas ha andado su cabeza que sus pies, con motivo de la diferencia de los radios? O bien, conocido el número de millas recorridas por los pies y por la cabeza del doctor, calcular por líneas su estatura exacta.

Pero Fergusson permanecía siempre lejos de las sociedades científicas, pues era de la iglesia militante no parlante; le parecía emplear mejor el tiempo investigando que discutiendo; y prefería un descubrimiento á cien discursos.

Cuéntase que un inglés se trasladó á Ginebra con intención de visitar el lago. Le metieron en un carruaje antiguo en que los asientos están de lado como en los ómnibus. A él le tocó por casualidad estar sentado de espaldas al lago, mientras el carruaje seguía pacíficamente su viaje circular, y aunque ni una sola vez volvió la cabeza, regresó á Londres perdidamente enamorado del lago de Ginebra.

El doctor Fergusson durante sus viajes se había vuelto mas de una vez de un lado á otro, y vuelto de modo que había visto mucho. No hacia mas que obedecer á su naturaleza, y tenemos mas de un motivo valedero para creer que era algo fatalista, aunque



Sociedad Real Geográfica de Londres.

muy ortodoxo, pues contaba consigo mismo y hasta con la Providencia, creyéndose mas bien lanzado que atraído en sus viajes, y recorrió el mundo á la manera de una locomotora, la cual no se dirige en el camino sino que es el camino mismo quien la dirige á ella.

—Yo no sigo mi camino, decía el doctor con frecuencia; el camino me sigue á mí.

Á nadie asombrará, pues, la indiferencia y sangre fría con que acogió los aplausos de la Sociedad Real: estaba muy por encima de tales miserias, exento de orgullo y mas aun de vanidad; le parecía muy sencilla la proposición que había dirigido al presidente sir Francis M..., y ni siquiera se apercibió del inmenso efecto que había producido.

Después de la sesión, el doctor fué conducido al *Traveller's club*, en Pall Mall, donde se celebraba un soberbio banquete. Las dimensiones de las piezas servidas á la mesa guardaban proporción con la importancia del personaje, y el sollo que figuraba en tan espléndido banquete no tenía tres pulgadas menos de longitud que el mismo Samuel Fergusson.

Numerosos brindis se dirigieron á los célebres viajeros que se habían ilustrado en la tierra de África. Se bebieron sendos vasos de vino de Francia á su salud ó á su memoria, y por orden alfabético, lo que es muy inglés: Abbadie, Adams, Adamson, Anderson, Arnaud, Baikie, Baldwin, Barth, Batuoda, Beke, Beltrame, du Berba, Binbachi, Bolohnesi, Bodwik, Bolzoni, Bonnemain, Brisson, Browne, Bruce, Brun-Bollet, Burchell, Burtckhardt, Burton, Caillaud, Caillié, Campbell, Chapman, Clapperton, Clob-Rey, Colomien, Courval, Cumming, Cunny, Debonno, Decken, Denham, Desavamehers, Dickson, Dickson, Doehard, Duchailu, Duncan, Durand, Doroule, Duvyrier, Erhardt, d'Escayrac de Lautore, Ferret,

Fresnel, Gallnier, Galton, Geoffry, Golpherry, Halhahn, Harnier, Herquart, Heuglin, Hornemann, Houghton, Impert, Kaufmann, Knobler, Krapf, Kummer, Lafargue, Laing, Lafaille, Lampert, Lamiral, Lamprière, John, Lancer, Ricard, Lander, Lefebvre, Lejean, Levallant, Livingstone, Maccarthie, Maggiar, Maizan, Malzac, Moffat, Mollien, Monteiro, Morrison, Mungo-Park, Neimans, Overwey, Panett, Partarrieau, Pascal, Pearse Peddie, Peney, Petterik, Poncet, Pax, Raffene, Rath, Rebmann, Richardson, Riley Ritchie, Rochet de Aricourt, Rongawi, Roscher Ruppel, Sagnier, Sepeke, Steidler, Thibaud, Thompson, Mbornton, Toole, Tousny, Trotter, Tuckey, Tyrwill, Vaudey, Veyssière, Vincet, Vinco, Vogel, Warhlberg, Warrington, Washington, Werne, Wild, y por último, al doctor Samuel Fergusson, el cual, con su increíble tentativa, debía eslabonar los trabajos de aquellos viajeros y completar la serie de los descubrimientos africanos.

CAPÍTULO II.

UN ARTÍCULO DEL «DAILE TELEGRAPH».—GUERRA DE PERIÓDICOS CIENTÍFICOS.—M. PETERMANO SOSTIENE Á SU AMIGO EL DOCTOR FERGUSSON.—RESPUESTA DEL SABIO KONER.—APUESTAS.—VARIAS PROPOSICIONES HECHAS AL DOCTOR.

Al día siguiente, en su número del 15 de enero el *Daily Telegraph* publicó un artículo concebido en los siguientes términos:

«El África va á entregar al cabo el secreto de sus vastas soledades. Un edipo moderno nos dará la clave del enigma que no han podido desifrar los sabios de sesenta siglos. En otro tiempo, buscar el nacimiento del Nilo, *fontes Nilí querere*, era con-



Sanquete celebrano en Pall Mall en obsequio del doctor.

»Considerado como una tentativa insensata, como una irreizable quimera.

»El doctor Barth, siguiendo hasta Soldan el camino trazado por Denham y Clapperton; el doctor Livingstone, multiplicando sus intrépidas investigaciones desde el cabo de Buena Esperanza hasta el golfo de Zambezi; los capitanes Burton y Speke, con el descubrimiento de los Grandes Lagos interiores, han abierto tres caminos á la civilización moderna. Su punto de intersección, al cual no ha podido llegar ningún viajero, es el corazón mismo de Africa. Hé aquí el punto á que deben encaminarse todos los esfuerzos.

»Pues bien, los trabajos de aquellos atrevidos operarios de la ciencia, van á enlazarse con la audaz tentativa del doctor Samuel Fergusson, cuyas importantes operaciones han tenido ocasión de apreciar mas de una vez nuestros lectores.

»El intrépido descubridor (*discoverer*) se propone atravesar en un globo el Africa toda de Este á Oeste. Si no estamos mal informados, el punto de partida de su sorprendente viaje será la isla de Zanzibar, en la costa oriental. En cuanto al punto de parada, la Providencia lo sabe.

»Ayer se hizo oficialmente en la Sociedad Real de Geografía la proposición de esta exploración científica, y se votaron 2,500 libras para gastos de la empresa.

»Tendremos á nuestros lectores al corriente de tan valiosa tentativa, que no tiene precedente en los fastos geográficos.»

Como era de esperar, el artículo del *Daily Telegraph* metió mucho ruido. Levantó las tempestades de la incredulidad, y el doctor Fergusson pasó por un sér puramente quimérico, inventado por M. Barnum, el cual, después de haber trabajado en los Estados-Unidos, se disponía á hacerse célebre en las Islas Británicas.

Apreció en Ginebra en el número de febrero de los *Bulletins* de la Sociedad Geográfica una respuesta humorística, burlándose con no poca gracia de la Sociedad Real de Londres, del *Tuaveller's club* y del sello fenomenal.

Pero M. Petermann en sus *Mittheilungen*, publicados en Colha, impuso el más absoluto silencio al periódico de Ginebra. M. Petermann conocia personalmente al doctor Fergusson, y salia garante de la empresa de su valeroso amigo.

Todas las dudas se invalidaron muy pronto. Se hacían en Londres los preparativos de viaje; las fábricas de Leon de Francia habían recibido el encargo de una importante cantidad de tafetan para la construcción del aerostático, y el gobierno británico ponía á disposición del doctor el trasporte *El Resolute*, capitán Pennes.

Brotaron estímulos, estallaron felicitaciones. Los pormenores de la empresa aparecieron muy circunstanciados en los Boletines de la Sociedad Geográfica de París; se insertó un artículo notable en los «Nuevos Anales de viajes, geografía, historia y arqueología de M. V. A. Malte-Brun;» un trabajo minucioso

publicado en Zeitschrift Allgemeine Erd Kunde, por el doctor W. Kauer, demostró victoriosamente la posibilidad del viaje, sus probabilidades de éxito, la naturaleza de los obstáculos, las inmensas ventajas de la locomoción por la vía aérea; no censuró más que el punto de partida; creía preferible salir de Masuah, ancon de la Abisinia desde el cual James Bruce en 1768 se había lanzado á la exploración del nacimiento del Nilo. Admiraba sin reserva alguna el carácter enérgico del doctor Fergusson y su corazón cubierto con un triple escudo de bronce que concebía é intentaba semejante viaje.

El «North American Review» no vió sin disgusto



El doctor no quiso aceptar ningún sistema.

que estaba reservada á Inglaterra tan alta gloria; procuró poner en ridículo la proposición del doctor, y le indicó que hallándose en tan buen camino, no parase hasta América.

En una palabra, sin contar los diarios del mundo entero, no hubo periódico científico desde el «Journal des Missions evangeliques» hasta la «Revue algérienne et coloniale,» desde los «Anales de la propagation de la Foi» hasta el «Church missionary intelligencer,» que no considerase el hecho bajo todos sus aspectos.

En Londres y en Inglaterra toda, se hicieron considerables apuestas: 1.º sobre la existencia real ó supuesta del doctor Fergusson: 2.º sobre el viaje mismo, que no se intentaría según unos, y según otros se emprendería pronto: 3.º sobre saber si tendría ó no buen éxito: 4.º sobre las probabilidades ó improbabilidades del regreso del doctor Fergusson. En el libro de las apuestas se consignaron enormes sumas, como si se hubiese tratado de las carreras de Epsom.

Así pues, crédulos é incrédulos, ignorantes y sabios, fijaron todos su atención en el doctor, el cual se hizo de moda sin él saberlo. Dió espontáneamente noticias precisas de sus proyectos expedicionarios. Hablaba con quien quería hablarle, y era el hombre mas franco del mundo. Se le presentaron algunos audaces aventureros para participar de la gloria y peligros de su tentativa, pero se negó á llevarles consigo sin dar razón de su negativa.

Numerosos inventores de mecanismos aplicables á la dirección de los globos le propusieron su sistema, y no quiso aceptar ninguno. Á los que le preguntaban si acerca del particular había descubierto algo

nuevo, le dejó sin ninguna explicación y siguió ocupándose con una actividad sin cesar creciente, de los preparativos de su viaje.

CAPÍTULO III.

EL AMIGO DEL DOCTOR.—DE QUÉ PROCEDÍA SU AMISTAD, DICK KENNEDY EN LONDRES.—PROPOSICION INESPERADA, PERO NO TRANQUILIZADORA.—PROVERBIO POCO CONSOLADOR.—ALGUNAS PALABRAS ACERCA DEL MARTIROLOGIO AFRICANO.—VENTAJAS DEL GLOBO AEROSTÁTICO.—EL SECRETO DEL DOCTOR FERGUSSON.

El doctor Fergusson tenía un amigo. No era este otro él mismo un *alter ego*, pues la amistad no podría existir entre dos seres perfectamente idénticos.

Pero si poseían cualidades y aptitudes diferentes y un temperamento distinto, Dick Kennedy y Samuel Fergusson vivían los dos como un corazón solo, lo que lejos de molestarles, les complacía.

Dick Kennedy era escocés en toda la estension de la palabra, franco, resuelto y obstinado. Vivía en la aldea de Leith, cerca de Edimburgo, verdadero arrabal de la «Veja Ahumada» (1). Era algunas veces pescador. Pero en todas partes y siempre un cazador determinado, lo que nada tiene de particular en un hijo de la Calcedonia algo aficionado á recorrer las montañas de los Highlandó. Se le citaba como un maravilloso tirador de escopeta, pues no solo partía las balas contra la hoja de un cuchillo, sino que las partía en dos mitades tan iguales, que, pesándolas luego, no se hallaba entre una y otra diferencia apreciable.

(1) Apodo de Edimburgo, *Auld Reelie*.

La fisonomía de Kennedy recordaba mucho la de Halbert Glendinning tal como lo pintó Walter Scott en *El Monasterio*; su estatura pasaba de 6 pies ingleses (1); aunque agraciado y esbelto, parecía estar dotado de una fuerza hercúlea, y su cara muy tostada del sol, sus ojos vivos y negros, un atrevimiento natural muy decidido, algo en fin, de bondad y solidez en toda su persona, prevenía á favor suyo.

Los dos amigos se conocieron en la India, donde servían en un mismo regimiento. Mientras Dick cazaba tigres y elefantes, Samuel cazaba plantas é insectos. Cada cual podía blasonarse de diestro en su especialidad, y mas de una planta rara cogió el doctor, cuya conquista le costó tanto como un buen par de colmillos de marfil.

Los dos jóvenes no tuvieron nunca ocasión de salvarse la vida, ni de prestarse servicio alguno, por lo que su amistad era inalterable. A gunas veces les alejó la suerte, pero siempre les volvió á unir la simpatía.

Al regresar á Inglaterra, les separaron con frecuencia las lejanas expediciones del doctor, pero éste á la vuelta no dejó nunca de ir, no ya á preguntar por su amigo el escocés, sino á pasar con él algunas semanas.

Dick hablaba del pasado, Samuel preparaba el porvenir; el uno miraba hacia adelante, el otro hacia atrás, de lo que resultaba que Fergusson tenía el ánimo siempre inquieto, al paso que Kennedy disfrutaba de una perfecta calma.

Después de su viaje al Tibet, el doctor estuvo dos años sin hablar de expediciones nuevas. Dick llegó á figurarse que se habían apaciguado los instintos de viajes é impulsos aventureros de su amigo, lo que le complacía en extremo. La cosa, se decía él mismo, tenía un día ú otro que concluir de mala manera. Por mas que se tenga don de gentes, no se viaja impunemente entre antropófagos y fieras. Kennedy procuraba, pues, tener á raya á Samuel, que habia hecho ya bastante para la ciencia y demasiado para la gratitud humana.

El doctor no respondía una palabra, permanecía pensativo, y después se entregaba á secretos cálculos, pasando las noches en operaciones de números y experimentos de aparatos singulares de que nadie sabia darse cuenta. Se echaba de ver que fermentaba en su cerebro un gran pensamiento.

—¿Qué estará tramando? se preguntó Kennedy en enero, cuando su amigo se separó de él para volver á Londres.

Una mañana lo supo por el artículo del *Daily Telegraph*.

—¡Misericordia! exclamó. ¡Insensato! ¡Loco! ¡Atravesar el Africa en un globo! ¡Es lo único que nos faltaba! ¡He aquí lo que dos años atrás estaba ya meditando!

Cuando la vieja Elspeth que era su patrona, quiso dar á entender que podía muy bien ser todo una chanza, él respondió:

—¡Una chanza no, le conozco demasiado, ya sé yo de qué pie cojea. ¡Viajar por el aire! ¡Ahora se le ha ocurrido tener envidia de las águilas! ¡No, no se irá! ¡Yo le ataré cortol! ¡Si le dejase, el día menos pensado se nos iría á la luna!

Aquella misma tarde, Kennedy, inquieto y tambien incomodado, tomó en General Railway station, el camino de hierro, y al día siguiente llegó á Londres.

Tres cuartos de hora después se apeó de un coche de alquiler junto á la pequeña casa del doctor, Soh-square, Greek street, se encaramó por la escalera, y llamó á la puerta cinco veces seguidas.

Se la abrió Ferguson en persona.

—¿Dick? dijo sin mucho asombro.

—El mismo, respondió Kennedy.

—¿Cómo, mi querido Dick! ¿tú en Londres durante las cacerías de invierno?

—Yo en Londres.

—¿Y qué te trae?

—La necesidad de impedir una locura que no tiene nombre.

—¿Una locura! preguntó el doctor.

—¿Es cierto lo que dice este periódico? respondió Kennedy mostrando el número del *Daily Telegraph*.

—¿Ya sé de lo que hablas! ¡Qué indiscretos son los periódicos! pero siéntate, Dick.

—No quiero sentarme. ¿Tratas realmente de emprender este viaje?

—Pues yo lo creo. Estoy haciendo los preparativos y creo...

—¿Dónde están esos preparativos, que quitero hacer pedazos? ¿Dónde están?

El digno escocés estaba verdaderamente furioso.

—Calma, mi querido Dick, repuso el doctor. Concibo tu cólera. Estás ofendido conmigo porque hasta ahora no te habia dicho nada acerca de mis nuevos proyectos.

—Y á eso llamas nuevos proyectos!

—Estaba muy ocupado, añadió Samuel sin admitir la interrupcion, he tenido mucho que hacer. Pero tranquilízate, yo no hubiera partido sin escribirte...

—De eso me rio yo...

—Porque tengo intencion de llevarte conmigo.

El escocés dió un salto, que un camello hubiera tomado por suyo.

—¿Es decir, respondió, que quieres hacerme encerrar contigo en el hospital de Bellehem! (2).

—He contado positivamente contigo, carísimo Dick, y te he escogido excluyendo á muchos pretendientes.

Kennedy estaba atónito.

—Oyéme diez minutos, respondió tranquilamente el doctor, y me darás las gracias.

—¿Hablas formalmente?

—Muy formalmente.

—¿Y si me niego á acompañarte?

—No te negarás.

—¿Pero si me niego?

—Me iré solo.

—Sentémonos, dijo el cazador, y hablemos desapasionadamente. Puesto que no te chancéas, la cosa vale la pena de discutirse.

—Discutamos almorzando, si no tienes en ello inconveniente, mi querido Dick.

Los dos amigos se sentaron á la mesa frente á frente, entre un monton de sandwiches y una enorme tetera.

—Amigo Samuel, dijo el cazador, tu proyecto es insensato. ¡Es de realizacion imposible! ¡Es de todo punto impracticable!

—Allá veremos después de ensayarlo.

—Precisamente lo que no quiero es que lo ensayes.

—¿Por qué?

—Y los peligros y obstáculos de todo género!

—Los obstáculos, contestó gravemente Fergusson, se han inventado para ser vencidos. En cuanto á los peligros, ¿quién puede estar seguro de que los evita? Todo es peligro en la vida. Peligroso puede ser sentarse á la mesa ó ponerse el sombrero, y ademas debemos considerar lo que debe suceder como si hubiese ya sucedido, y no ver mas que el presente en el porvenir, puesto que el porvenir no es mas que el presente algo mas lejano.

—¿Y eso qué! dijo Kennedy encogiéndose de hombros. Tú eres siempre fatalista.

—Fatalista en el buen sentido de la palabra. No nos preocupemos de lo que la suerte nos reserva y no olvidemos jamas nuestro proverbio inglés:

(1) Hospital de locos de Londres.

(1) Unos 5 pies y 8 pulgadas.



Dick Kennedy.

«Haga lo que quiera, no se ahogará el que ha nacido para ser ahorcado.»

No había nada que responder, lo que no impidió á Kennedy eslabonar una serie de argumentos fáciles de imaginar, pero que sería molesto reproducir aquí.

—Pero en fin, dijo después de una hora de discusión: si quieres absolutamente atravesar el Africa, si así lo requiere tu felicidad, ¿por qué no tomas los caminos ordinarios?

—¿Por qué? respondió el doctor animándose: ¡porque hasta ahora todas las tentativas han tenido mal éxito! ¡Porque desde Mungo-Park, asesinado en el Níger, hasta Vogel, que desapareció en el Wadai; desde Oudney, muerto en Murmur, y Clapperton, muerto en Sackatou, hasta Maizan, hecho pedazos; desde el mayor Laing, asesinado por los Taregs, hasta Roscher de Hamburgo, el gollado á principios de 1860, se han inscrito numerosas víctimas en el martirologio africano! ¡Porque luchar contra los elementos, contra el hambre, la sed, la fiebre, contra los animales feroces y contra tribus mas feroces aun, es imposible! ¡Porque lo que no se puede hacer de una manera, debe intentarse de otra! ¡En fin, porque cuando no

se puede pasar por en medio, se pasa por un lado, y cuando no, por encima!

—¡Si no tratase mas que pasar! replicó Kennedy; ¡pero es posible caerse!

—Ello es, repuso el doctor con la mayor sangre fría, que nada tengo que temer. Ya puedes suponer que yo habré tomado mis precauciones para no temer una caída de mi globo, y por consiguiente, si éste me faltase, me hallaría en tierra dentro de las condiciones normales de los exploradores; pero mi globo no me faltará; ni siquiera me acuerdo de que pueda faltarme.

—Pues es menester acordarse.

—No, amigo Dick. Yo no pienso separarme de mi globo hasta que haya llegado á la costa occidental de Africa. Con él todo es posible; sin él quedo espuesto á los peligros y obstáculos naturales de tan difícil expedición; con él ni el calor, los torrentes ni las tempestades, ni el simoun, ni los climas insalubres, ni los animales feroces, ni los hombres pueden inspirarme miedo alguno. Si tengo demasiado calor, subo; si tengo frio, bajo; si encuentro una montaña, la salvo; si un precipicio, lo paso; si un rio, lo atravie-

so; si una tempestad, la domino; si un torrente, lo cruzo como un pájaro. Avanzo sin cansarme, me detengo sin necesidad de reposo. Me cierno sobre las ciudades desconocidas. Vuelvo con la rapidez del huracán, tan pronto por las regiones mas elevadas de la atmósfera, como á cien pasos de tierra, y la costa africana se abre ante mis ojos en el gran atlas del mundo.

El buen Kennedy empezaba á sentirse conmovido y sin embargo, el espectáculo evocado le produci-
vértigos. Contemplaba á Samuel con admiración, pero también con miedo; le parecia que estaba ya agitándose en el espacio.

—Veamos, exclamó; reflexionemos, amigo Sa-

muel; ¿has, pues, hallado el medio de dar dirección á los globos?

—No por cierto. Es una utopía.

—Pues entonces irás...

—A donde quiera la Providencia; pero será del Este al Oeste.

—¿Por qué?

—Porque cuento con valerme de los vientos alisios, cuya dirección es constante.

—¿Es verdad! dijo Kennedy reflexionando: los vientos alisios... seguramente... en rigor se puede... algo hay...

—¿Si hay algo! no, amigo mio, hay mas que algo. El gobierno inglés ha puesto un trasporte á mi dis-



Dick en la estación del ferro-carril.

Posición, y está también resuelto que crucen tres ó cuatro buques por la costa occidental hacia la época presunta de mi llegada. Dentro de tres meses todo lo mas, me hallaré en Zanzibar, donde hincharé mi globo, y desde allí nos lanzaremos...

—¿Nos lanzaremos! exclamó Dick.

—¿Te atreverás á hacerme aun alguna nueva objeción? Habla amigo Kennedy.

—¿Una objeción! se me ocurren mas de mil; pero entre otras, dime si tu cuentas conocer el país; si cuentas con subir y bajar á tu albedrío, no lo podrás hacer sin perder tu gas; hasta ahora no se ha podido proceder de otra manera, lo que ha impedido siempre las largas peregrinaciones por la atmósfera.

—Amigo Dick, no te diré mas que una cosa; yo no perderé ni un átomo de gas, ni una molécula.

—¿Y bajarás cuando quieras?

—Cuando quiera.

—¿Y cómo?

—El cómo es mi secreto, amigo Dick. Ten confianza, y adopta mi divisa: ¡Excelsior!

—Pues bien, ¡Excelsior! respondió el cazador, que, respecto á latin, nunca las había visto mas gordas.

Pero estaba decidido á oponerse por todos los medios posibles á la partida de su amigo. Fingió adherirse á su parecer y se contentó con observar. En cuanto á Samuel, fué á activar sus preparativos.

CAPÍTULO IV.

ESPLORACIONES AFRICANAS.—BARTH, RICHARDSON, OVERWEG, WERNE, BRUNT ROLLET, PEECEY, ANDREA DEBONO, MIANI, GUILLAUME LEJEAN, BRUCE, KRAFF Y REBMAUN, MAIZAN, ROSCHER, BURTO Y SPEKE.

La línea aérea que el doctor Fergusson se proponía seguir, no estaba escogida por capricho; su punto de partida fué cuidadosamente estudiado, y no sin razón se resolvió verificar la ascension desde la isla de Zanzibar. Esta isla, situada cerca de la costa oriental de Africa, se encuentra á los 6° de latitud austral, es decir, á 430 millas geográficas debajo del Ecuador (1).

De aquella isla acababa de partir la última expedición, enviada por los Grandes Lagos al descubrimiento del nacimiento del Nilo.

Pero bueno es indicar qué exploraciones el doctor Fergusson esperaba enlazar unas con otras. Hay dos principales, la del doctor Barth en 1849, y las de los tenientes Burton y Speke en 1838.

El doctor Barth es un hamburgonense que obtuvo para si y para su compatriota Overweg el permiso de asociarse á la expedición del inglés Richardson, que estaba encargado de una misión en el Soldan.

El Soldan es un vasto país, situado entre los 15° y 40' de latitud Norte; es decir, que para llegar á él es menester penetrar mas de 4,500 millas en el interior de Africa (2).

(1) 172 leguas.

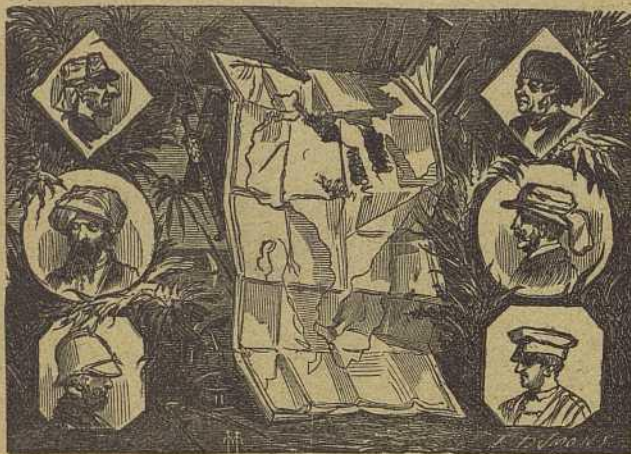
(2) 625 leguas.

Hasta entonces aquella comarca era únicamente conocida por el viaje de Denhan, de Clapperton y de Oudney, verificados desde 1822 á 1824. Richardson, Barth y Overweg, ansiosos de llevar mas adelante sus investigaciones, llegan á Túnez y á Trípoli, como sus antecesores, y luego á Mourzouk, capital de Fezzon.

Abandonan entonces la línea recta y tuercen al Oeste hácia Ghat, guiados, no sin dificultades, por los Tuaregs. Despues de mil escenas de saqueo, vejaciones y ataques á mano armada, su caravana llega en octubre á la vasta oásis del Asben. El doctor Barth se separa de sus compañeros, hace una escursion á la ciudad de Aghades, y se incorpora de nuevo á la

expedicion; la cual vuelve á ponerse en marcha el 12 de diciembre. Llega á la provincia de Damerghou, donde los tres viajeros se separan, y Barth, que toma el camino de Kano, llega á este punto á fuerza de paciencia y pagando considerables tributos.

A pesar de una fiebre intensa, deja la ciudad de Kano el 7 de marzo, seguido de un solo criado. El principal objeto de su viaje era reconocer el lago Tchar, del cual le separaban aun 350 millas. Avanza, pues, hácia el Este y alcanza la ciudad de Zouricolo, en el Bornon, que es el núcleo del grande imperio central de África. Allí sabe la muerte de Richardson, debida á la fatiga y á las privaciones. Llega á Kouka, capital del Bornou á orillas del lago. Al cabo



Célebres exploradores del África.

de tres semanas, el 14 de abril, doce meses y medio despues de haber salido de Trípoli, alcanza la ciudad de Ngornou.

Le volvemos á encontrar partiendo el 29 de marzo de 1854, con Overweg, para visitar el reino de Adamaouda, al Sur del lago, y llega á la ciudad de Yela, algo debajo del 9.º grado de latitud Norte, que es el límite extremo alcanzado al Sur por tan atrevido viajero.

En agosto vuelve á Kouka, desde donde recorre sucesivamente el Mandara, el Burghini y el Kanem y alcanza al Este, como límite extremo la ciudad de Mesena, situada á los 17° 20' de longitud Oeste (1).

El 25 de noviembre de 1852 despues de la muerte de Overweg, su último compañero penetra por el Oeste, visita Sockoto atraviesa el Níger, y llega en fin á Tombouctou, donde tiene que estar sufriendo ocho largos meses, en medio de las vejaciones del chaïque, de los malos tratamientos y de la miseria. Pero la presencia de un cristiano en la ciudad no puede tolerarse ya mas, y los foullamos amenazan sitiaria. El doctor sale de ella el 17 de marzo de 1854, busca un refugio en la frontera, donde permanece treinta y tres días completamente desnudo, regresa á Kano en noviembre, vuelve á entrar en Kouka, desde donde toma de nuevo el camino de Denhan, despues de cuatro meses de detencion; se traslada á Trípoli á últimos de agosto de 1855, y llega á Londres el 6 de setiembre, despues de haber perdido á todos sus compañeros.

(1) Se trata del meridiano inglés, que pasa por el observatorio de Greenwich.

Hé aquí lo que fué el audaz viaje de Barth.

El doctor Fergusson notó cuidadosamente que se habia detenido á los 4º de latitud Norte y 17 de longitud Oeste.

Veamos ahora lo que hicieron los tenientes Burton y Speke en el Africa Oriental.

Las varias expediciones que remontaron el Nilo no pudieron llegar jamás á su misterioso nacimiento. Segun la relacion del médico alemán Werne, la expedicion intentada en 1840, bajo los auspicios de Mehemed Ali, se detuvo en Gondokoro, entre los 4º y 5º paralelos Norte.

En 1855, Brun-Rollet, saboyano, nombrado cónsul de Cerdeña, en el Soldan oriental, en reemplazo de Vaudey, á quien mataron las desazones, partió de Karthoum, y bajo el pseudónimo de Zacub, titulándose traficante de goma y de marfil, llegó á Belenia, mas allá del 4º, y regresó enfermo á Karthoum, donde murió en 1857.

Ni el doctor Peney, director de hospitales en Egipto, el cual, en un pequeño vapor, alcanzó un grado debajo de Gondokoro, y murió estenuado en Karthoum,—ni el veneciano Miani, que recorriendo las cataratas situadas debajo de Gondokoro, alcanzó el 2º paralelo,—ni el negociante maltés Andrea Debono, que llevó mas adelante aun su escursion por el Nilo, pudieron traspasar el inaccesible límite.

En 1859, M. Lejan, encargado por el gobierno francés de una mision espe-... se trasladó á Karthoum por el Mar Rojo y se embarcó en el Nilo con veintin hombres de tripulacion y veinte soldados; pero no pudo pasar mas allá de Gondokoro, y corrió



Dick Kennedy consultando el mapa.

los mayores peligros en medio de los negros insurreccionados. La expedición dirigida por M. D'Escayrac de Lauture intentó también llegar al famoso nacimiento.

El mismo término fatal detuvo siempre á los viajeros. Los enviados de Neron habían alcanzado el 9° de latitud, y de consiguiente, en diez y ocho siglos no se han ganado más que 5° ó 6°, es decir, de 300 á 360 millas geográficas.

Algunos viajeros intentaron llegar al origen del Nilo, tomando un punto de partida en la costa oriental del Africa.

Desde 1768 á 1772 el escocés Bruce salió de Masmuah, puerto de la Abisinia, recorrió el Tigris, visitó las minas de Axum, vió el nacimiento del Nilo donde no estaba, y no obtuvo ningún resultado importante.

En 1844, el doctor Kapf, misionero anglicano, fundó un establecimiento en Membaz en la costa de Zanguebar, y en compañía del reverendo Rabmann, descubrió dos montañas á 300 millas de la costa. Aquellas montañas son los montes Killmandjaro y Kenia, por los cuales se han elevado en parte MM. de Hueglin y Thornton.

En 1845, Maizan desembarcó solo en Bagamayo, delante de Zanzibar, y llegó á Beje-la-Mhora, cuyo jefe le hizo perecer entre los mas crueles suplicios.

En agosto de 1859, el joven viajero Roscher, natural de Hamburgo, partió con una caravana de mercaderes árabes, y alcanzó el lago Nyasso, donde fue asesinado mientras dormía.

Por último, en 1857, los tenientes Burton y Speke, oficiales ambos del ejército de Bengala, fueron enviados por la Sociedad de Geografía de Londres para explorar los Grandes Lagos africanos. Salieron de Zanzibar el 17 de junio, y se encaminaron directamente al Oeste.

Después de cuatro meses de padecimientos inauditos, habiéndoles robado los bagajes y muerto las caballerías, llegaron á Kazez, centro de reunión de los traficantes y de las caravanas. Se hallaron en plena tierra de la Luna, donde recogieron preciosos documentos acerca de las costumbres, gobierno, religión, fauna y flora del país; se dirigieron después hacia el primero de los grandes lagos, el Tanganayika, situado entre 6° y 8° de latitud austral; llegaron á él el 14 de febrero de 1858, y visitaron las diver-

las tribus de las orillas, en su mayor parte canibales.

Partieron de allí el 25 de mayo, y regresaron á Kazeh el 20 de junio. En Kazeh, Burton, rendido de fatiga, permaneció enfermo algunos días, durante los cuales, Speke practicó una escursión de mas de 300 millas hasta el lago Oukereoue, que distinguió el 3 de agosto; pero no pudo ver su embocadura, sino á los 2° 3' de latitud.

El 25 de agosto había regresado á Kazeh, y volvió á tomar con Burton el camino de Zanzibar, que los dos intrépidos viajeros vieron de nuevo en marzo del año siguiente. Entonces volvieron á Inglaterra, y la Sociedad de Geografía de París les adjudicó su premio anual.

El doctor Fergusson fijó mucho su atención en que los dos exploradores no habían traspasado ni el 2° de latitud austral, ni el 29° de longitud Este.

Tratábase, pues, de alcanzar las exploraciones de Burton y Speke con las del doctor Barth, lo que equivalía á salvar una estension de país de mas de 12

CAPITULO V.

SUEÑOS DE KENNEDY.—ARTICULOS Y PRONOMBRES EN PLURAL.—INSINUACIONES DE DICK.—PASEO POR LA COSTA DE AFRICA.—LO QUE QUEDA ENTRE LAS DOS PUNTAS DEL COMPAS.—ESPOSICIONES ACTUALES.—SPEKE Y GRANT.—KRAPF, DE DECKEN, DE HUEGLIN.

El doctor Fergusson activaba afanoso los preparativos de su marcha. El mismo dirigía la construcción de su aerostático, con ciertas modificaciones acerca de las cuales guardaba un silencio absoluto.

Se había dedicado, desde mucho tiempo atrás, al estudio de la lengua árabe y de varios idiomas mandingos, en los cuales, gracias á su actitud de poligloto, hizo rápidos progresos.

Entre tanto su amigo el cazador no le dejaba ni á sol ni á sombra, porque sin duda temía que el doctor tomase el portante sin decirle una palabra, seguía dirigiéndole acerca del particular las arengas mas persuasivas, sin persuadir con ellas á Samuel Fergusson y se deshacía en súplicas patéticas que no conmovían en lo mas mínimo el corazón del empedernido Dick; sentía cómo su amigo se le escapaba de las manos.

El pobre escocés era, en realidad, digno de lástima. No podía mirar sin terror la azulada bóveda del cielo, y al dormirse experimentaba balances vertiginosos, y todas las noches se le figuraba, soñando, que se despeñaba de incommensurables alturas.

Debemos añadir, que durante tan terribles pesadillas, se cayó dos ó tres veces de la cama. Su primer cuidado fue mostrar á Fergusson la señal de una fuerte contusión que recibió en la cabeza.

—Y sin embargo, añadió con candor seráfico, tres pies de altura! ¡No mas que tres pies de altura! ¡Y el chichón es como un huevo! ¡Juzga, pues!

Esta insinuación melancólica no le conmovió al doctor.

—Nosotros no caeremos, dijo.

—Y si caemos?

—No caeremos.

El tono afirmativo del doctor, dejó á Kennedy sin respuesta.

Lo que exasperaba muy particularmente á Dick era que el doctor, al parecer, hacia una abnegación perfecta de su personalidad, considerándole como irrevocablemente destinado á ser su compañero aéreo. Eso para el doctor ni siquiera era discutible, y así es que hacia un insoportable abuso del plural del pronombre de la primera persona.

—«Nosotros» vamos adelantando..., «nosotros» estaremos en disposición..., «nosotros» partiremos el día...

Y del singular del adjetivo de posesión:

—«Nuestro» globo..., «nuestro» esquife..., «nuestro» exploracio...

Y tambien del plural:

—«Nuestros» preparativos..., «nuestros» descubrimientos..., «nuestras» ascensiones...

Dick sentía calofríos, aunque estaba decidido á no marchar; pero no quería contrariar demasiado abiertamente á su amigo. Confesemos, no obstante, que sin darse él mismo cuenta de ello, había hecho venir poco á poco, de Edimburgo, algunos vestidos de caza y sus mejores escopetas.

Un día, después de reconocer, que aun teniendo mucha suerte, había mil probabilidades contra una de salir mal del negocio, fingió acceder á los deseos del doctor; pero, para retardar el viaje todo lo posible y ganar tiempo; endilgó la sarta de escapatorias mas variadas. Se cebó evidentemente en la utilidad de la expedición y en su oportunidad... ¿El descubrimiento del origen del Nilo era absolutamente necesario?... ¿Contribuiria en algo el bienestar de la humanidad?... Cuando al fin y al cabo se consigues civilizar á las tribus de Africa, ¿se les habria hecho mas felices? ¿Quién, además podía asegurar que no estuviese en ellas la civilización mas adelantada que en Europa? Nadie. ¡Y, amen de todo, no se podía aun esperar algun tiempo?... Un día ú otro se atravesará el Africa completamente, y de una manera menos azarosa... Dentro de un mes, ó de seis, ó de un año, algun explorador llegará sin duda...

Estas insinuaciones producian un efecto enteramente contrario á su objeto, y aumentaban la impaciencia del doctor.

—¿Quieres, pues, desgraciado Dick, pèrfido amigo, que sea para otro la gloria que no aguarda? ¿Quieres que haga traicion á mi pasado? ¿Quieres que retroceda delante de obstáculos de poca importancia? ¿Quieres que pague con cobardes vacilaciones lo que por mí han hecho el gobierno inglés y la Sociedad Real de Londres?

—Pero... respondió Kennedy, que estaba acostumbrado á esta conjuncion.

—Pero, replicó el doctor, ¿no sabes que mi viaje ha de concurrir al éxito de las empresas actuales? ¿Ignoras que nuevos exploradores avanzan hacia el centro de Africa?

—Sin embargo...

—Oyeme, Dick, y contempla esta carta.

Dick la miró con resignacion.

—Remonta el curso del Nilo, dijo Fergusson.

—Lo remonto, respondió dócilmente el escocés.

—Llega á Gondokoro.

—Ya he llegado.

Y Kennedy estaba pensando cuán fácil era un viaje semejante... en el mapa.

—Coge una punta de este compás, repuso el doctor y apóyala en esta ciudad, de la cual apenas han podido pasar los más audaces.

—Ya está.

—Sigue ahora este paralelo y llega á Kazeh.

—Corriente.

—Sube por el 33° de longitud hasta la embocadura del lago Oukereoue, en el punto en que se detuvo el teniente Speke.

—Ya estoy. A poco más me voy de cabeza al ago.

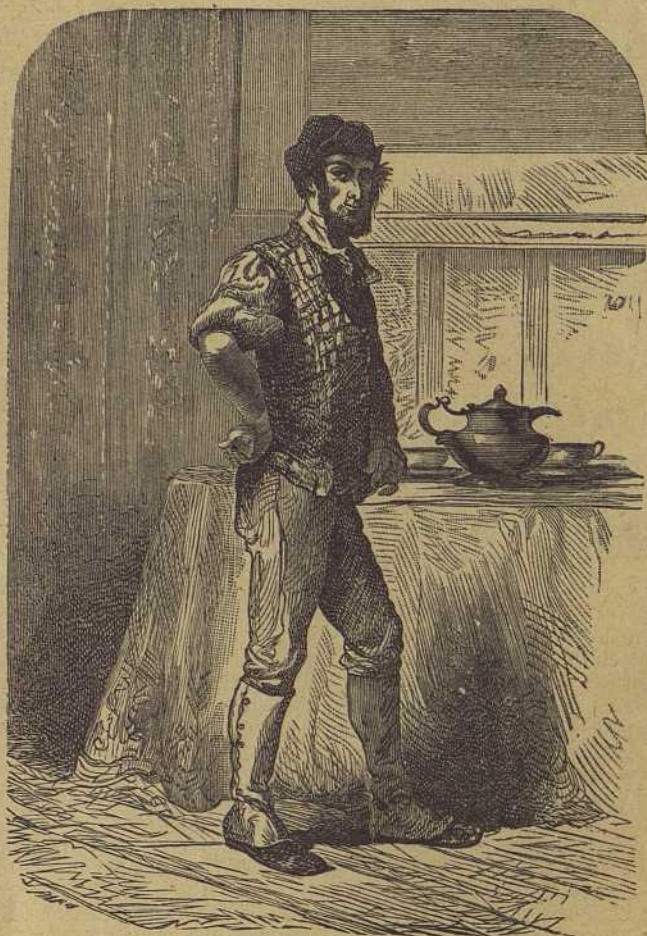
—¡Pues bien! ¿sabes lo que tenemos derecho de suponer segun los datos suministrados por las tribus ribereñas?

—No sé nada.

—Pues voy á decirte lo. Este lago, cuya extremidad inferior se halla á los 2° 30' de latitud, debe estenderse igualmente á 2° 1/2 encima del ecuador.

—De veras!

—Y de esta estremidad septentrional.



Retrato de Joe

riente de agua que necesariamente ha de ir al Nilo á parar, ya que no sea al Nilo mismo.

—Es cosa curiosa.

—Apoya la segunda punta del compás en esta estremidad del lago Oukereoue.

—Está apoyada.

—¿Cuántos grados cuentas entre los dos puntos?

—Difícilmente llegan á dos.

—Ya sabes cuánto hace todo, Dick?

—No.

—Pues hace apenas 120 millas (1), es decir, nada.

—Casi nada, Samuel.

—¿Y sabes lo que pasa en este momento?

—¿Yo?

—Voy á decírtelo. La sociedad de Geografía ha considerado como muy importante la esploracion de este lago entrevisto por Speke. Bajo sus auspicios, el teniente, en la actualidad capitán, Speke, se ha asociado al capitán Grant del ejército de las Indias, y se han puesto los dos á la cabeza de una numerosa expedicion generosamente subvencionada. Tienen confiada la mision de remontar el lago y volver á Gon-

dokoro. Han recibido una subvencion de mas de 5,000 libras, y el gobernador del Cabo ha puesto á su disposicion soldados hotentotes. Partieron de Zanzibar á últimos de octubre de 1860. Al mismo tiempo el inglés Jhon Petherick, cónsul de S. M. en Karthoum, ha recibido del Foreng-office unas 700 libras, y debe tripular un buque de vapor en Karthoum, abastecerlo suficientemente, y zarpar para Gondokoro, donde aguardará la caravana del capitán Speke, y se hallará en disposicion de proporcionarle víveres.

—Bien pensado, dijo Kennedy.

—Ya ves que el tiempo apremia si queremos participar de sus trabajos de esploracion. Y hay mas aun: mientras hay quien marcha con paso seguro al descubrimiento de los manantiales de que el Nilo es hijo, otros viajeros se dirigen audazmente al corazon de Africa.

—¿A pie? contestó Kennedy?

—A pie, repitió el doctor sin cuidarse de la insinuacion. El doctor Krapf se propone encaminarse al Oeste por el Djib, rio situado bajo el ecuador. El baron de becken ha salido de Monbaz, ha reconocido las montañas de Kenia y de Kilimandjaro, y penetra en el centro

(1) Cincuenta leguas.

—¿A pie también?
—Todos á pie ó montados en mulos.
—Para lo que yo quiero significar es exactamente lo mismo, replicó Kennedy.
—En fin, repuso el doctor, M. de Heglin, vicescónsul de Austria en Karthoum, acaba de organizar una expedición muy importante, cuyo principal objeto es indagar el paradero del viajero Vogel, que en 1853 fue enviado al Soudan para asociarse á los trabajos del doctor Barth. En 1856 salió de Bornou, y resolvió explorar el país desconocido que se extiende entre el lago Tchad y el Darfour. Desde entonces no ha reaparecido. Cartas recibidas en Alejandria en junio de 1860 dicen que fue asesinado por orden del

rey de Wadai; pero otras cartas dirigidas por el doctor Hartmann al padre del viajero, afirman, con referencia á las narraciones de un felletah del Bornou que Vogel no está mas que prisionero en Wara, y de consiguiente no están perdidas todas las esperanzas. Bajo la presidencia del duque regente Saxo-Coburgo-Gotha, se ha formado una comision de que es secretario mi amigo Patermann; se han cubierto los gastos de la expedición con una suscripción nacional en que han tomado parte muchísimos sabios; M. de Heglin partió de Masuah en junio, y mientras busca las huellas de Vogel, debe explorar todo el país comprendido entre el Nilo y el Tchad, es decir, enlazar las operaciones del capitán Speke con las del



El Doctor, Dick y Joe pesándose.

doctor Barth. ¿Y entonces Africa habrá sido cruzada del Este al Oeste! (1).

—Y bien, respondió el escocés, puesto que todo sin nosotros se empalma tan perfectamente, ¿qué vamos á hacer allí?

El doctor Fergusson dió la callada por respuesta, contentándose con encogerse de hombros.

CAPITULO VI.

UN CRIADO IMPOSIBLE.—PERCIBE LOS SATÉLITES DE JÚPITER.—CONTROVERSA DE DICK Y JOE.—LA DUDA Y LA CREENCIA.—EL PESO.—JOSÉ WELLINGTON.—RECIBE MEDIA CORONA.

El doctor Fergusson tenia un criado que respondía con diligencia al nombre de Joe. Era de una indole escelente. Su amo, cuyas órdenes obedecía é interpretaba siempre de una manera inteligente, le inspiraba una confianza absoluta y una adhesión sin límites. Era un Caleb, pero que estaba siempre de buen humor y no refunfuñaba: no hubiera salido tan buen criado si le hubieran mandado construir espresamente. Fergusson se confiaba enteramente á él para las minuciosidades de su existencia, y hacia perfectamente. ¡Raro y honrado Joe! un criado que dispone vuestra comida y tiene vuestro mismo pala-

dar: que arregla vuestra maleta y no deja olvidadas las medias ni las camisas, que posee vuestras llaves y vuestros secretos, y ni sisa ni murmura!

—¡Pero qué hombre era también el doctor para el digno Joe! ¡con qué respeto y confianza acogia sus decisiones! Guando Fergusson habia hablado, preciso era para responderle haber perdido el juicio. Todo lo que pensaba era justo; todo lo que decia, sensato; todo lo que mandaba, practicable; todo lo que emprendia, posible; todo lo que concluia, admirable. Aunque hubiérais hecho á Joe pedazos, lo que sin duda os hubiera repugnado, no lo hubiérais hecho modificar en lo mas mínimo el concepto que le merecia su amo.

Así es, que cuando el doctor concibió el proyecto de atravesar el Africa por el aire, para Joe la empresa era cosa hecha. No habia obstáculos posibles. Desde el momento en que Fergusson habia resuelto partir, habia llegado con su fiel servidor porque el buen muchacho sabia bien que él seria del número de los viajeros, aunque nadie le habia dicho una palabra.

El, por otra parte, debía prestar grandes servicios por su inteligencia y su agilidad maravillosa. Si hubiese sido preciso nombrar un profesor de gimnasia para los monos del Zoological Garden, que no dejan de ser listos, Joe habria indudablemente obtenido la plaza. Saltar, encaramarse, volar, ejecutar mil suertes imposibles, era para él cosa de juego.

Si Fergusson era la cabeza y Kennedy el brazo, Joe debía ser la mano. Habia ya acompañado á su amo en varios viajes, y poseia alguna tintura de ciencia apropiada á su manera, pero se distinguia principalmente por una filosofia apacible, un opti-

(1) Despues de la partida del doctor Fergusson se ha sabido que M. de Heglin, á consecuencia de ciertas discusiones, ha tomado un camino distinto del que tenia trazado su expedición, cuyo mandato se ha confiado á M. Munzinger.

mismo encantador; todo le parecía fácil, lógico, natural, y por consiguiente desconocía la necesidad de gruñir ó de quejarse.

Poseía, entre otras cualidades, un poder y una extensión de vista asombrosa. Participaba con Moselin, el profesor de Kepler, de la rara facultad de distinguir sin anteojos los satélites de Júpiter y de contar en el grupo de las pléyades catorce estrellas, de las cuales las últimas eran nueve veces mayores. No se envanecía por eso; todo lo contrario, saludaba de muy lejos, y en ciertas ocasiones sabía sacar partido de sus ojos.

Con la confianza que Joe tenía en el doctor, no son de extrañar las incesantes discusiones que se empeñaban entre Kennedy y el digno criado, si bien éste no dejaba nunca de guardar las debidas deferencias.

El uno dudaba, el otro creía; el uno era la prevision que ve siempre claro, el otro la confianza ciega, y el doctor se colocaba entre los dos, es decir, entre la duda y la fe, sin cuidarse ni de una ni de otra.

—¡Pues bien, señor Kennedy! decía Joe.

—¿Y qué he de decir muchacho?

—El momento se acerca. Parece que nos embarcamos para la Luna.

—Queréis decir la tierra de la Luna, lo que viene á ser lo mismo; pues tan peligroso es lo uno como lo otro.

—¡Peligroso! ¡con un hombre como el doctor Fergusson!

—No quisiera matar tus ilusiones, mi querido Joe, pero lo que él trata de emprender es simplemente una locura. No partirá.

—¡No partirá! ¡No habeis, pues, visto su globo en el taller de MM. Mitchell, en el Borough (1)?

—Ni ganas.

—Os perdeis un hermoso espectáculo, señor mio. ¡Qué cosa tan preciosa! ¡qué corte tan elegante! ¡qué esquisite tan encantador! ¡Estaremos dentro á vuestras anchuras!

—¿Cuentas por lo visto, con acompañar á tu amo?

—¡Yo! replicó Joe con convicción, ¡yo le acompañaré donde él quiera! ¡Pues no faltaba mas! ¡dejarle ir solo, cuando juntos hemos corrido el mundo!

¿Quién le sostendría cuando estuviese fatigado? ¿quién le tendería una mano vigorosa para saltar un precipicio? ¿quién le cuidaría si cayese malo? No, señor Dick, Joe no faltará nunca á su puesto cerca del doctor, ó por mejor decir, alrededor del doctor Fergusson.

—¡Buen muchacho!

—Además vos ireis con nosotros, repuso Joe.

—¡Sin duda! dijo Kennedy, os acompañaré para impedir hasta el último momento á Samuel que cometa una locura semejante! Le seguiré, si es preciso, hasta Zanzíbar, á fin de que la mano de un amigo le detenga en su proyecto insensato.

—No le detendréis, señor Kennedy, salvo vuestro respeto. Mi amo no es un calavera que obre ligeramente; medita mucho tiempo lo que va á emprender, y cuando ha tomado su resolución, no hay quien le apee de ella.

—Lo veremos.

—No alimentéis semejante esperanza. Lo que importa es que vos seais de la comitiva. Para un cazador como vos, Africa es un país maravilloso, y de consiguiente no os arrepentireis de vuestro viaje.

—Dices bien, no me arrepentiré, sobre todo si ese terco cede al fin á la evidencia.

—A propósito, dijo Joe, ya sabreis que hoy nos pesan.

—¿Cómo! ¿Nos pesan?

—Sin duda vamos á pesarnos los tres, vos, mi amo y yo.

(1) Azor, al meridional de Londres.

—¡Como jockeis!

—Como jockeis. Pero tranquilizaos, no se os hará enflaquecer si sois demasiado pesado. Se os tomará tal como seais.

—Pues yo no me dejaré pesar, dijo el escocés con firmeza.

—Pero, señor, parece que es necesario para su máquina.

—¿Qué me importa su máquina?

—¡Toma! ¡y si por falta de cálculos exactos, no pudiéramos subir?

—¿Qué mas quiero yo?

—Ved, señor Kennedy, que mi amo va á ir pronto á buscarnos.

—No iré.

—No querreis darle una desazon.

—Se la daré.

—¡Bueno! exclamó Joe riendo, hablais así porque no está él delante; pero cuando se os diga cara á cara: «Dick (salvo vuestro respeto), Dick, tengo necesidad de conocer exactamente tu peso;» ireis, yo os respondo de ello.

—No iré.

En aquel mismo momento entró el doctor en su laboratorio donde se tenía la conversacion, y miró á Kennedy, el cual se sintió como acogido.

—Dick, dijo el doctor, ven con Joe; tengo necesidad de saber cuánto pesais los dos.

—Pero...

—No tendrás necesidad de quitarte el sombrero. Ven.

Y Kennedy fué con él.

Entraron los tres en el taller de MM. Mitchell, en que habia preparada una de esas balanzas, llamadas romanas. Preciso era, efectivamente, que el doctor conociese el peso de sus compañeros para establecer el equilibrio de su aerostático. Hizo, pues, subir á Dick á la plataforma de la balanza, y Dick, sin oponer ninguna resistencia, dijo á media voz:

—¡Bueno, bueno, esto no compromete á nada.

—Ciento cincuenta y tres libras, dijo el doctor apuntando este número en su libro de memoria.

—¿Peso demasiado?

—No, señor Kennedy, replicó Joe; y además, yo, en compensacion, soy ligero.

Y esto diciendo, Joe tomó con entusiasmo en la plataforma el sitio del cazador, el cual al bajar hizo casi caer la balanza. Joe se colocó en la actitud de Wellington que remeda á Aquiles en la entrada de Hyde Park, y aunque no llevaba el escudo, estaba magnífico.

—Ciento veinte libras, escribió el doctor.

—¡Bravo! exclamó Joe con una sonrisa de satisfacción; ¡por qué se sonreía? Jamás lo ha dicho.

—Ahora yo, dijo Fergusson, y añadió por propia cuenta 130 libras.

—Todos juntos, dijo, no pesamos mas que 400 libras.

—Pero señor, repuso Joe, si necesario fuese para vuestra expedicion, yo, absteniéndome de comer, bien podria disminuir unas veinte libras.

—Es inútil, muchacho, respondió el doctor; puedes comer cuanto quieras, y toma media corona para que te atraques como te dé la gana.

CAPITULO VII.

PORMENORES GEOMÉTRICOS.—CÁLCULO DE LA CAPACIDAD DEL BUQUE.—EL AEROSTÁTICO DOBLE.—LA ENVOLTURA.—LA BARQUILLA.—EL APARATO MISTERIOSO.—LOS VÍVERES.—LA ADICION FINAL.

El doctor Fergusson se habia ocupado desde mucho tiempo de todos los pormenores de su expedicion. Se comprende que el globo, el maravilloso velacion

destinado á trasportarle por el aire, fue el objeto de su constante solicitud.

Desde luego, para no dar al aerostático dimensiones excesivas, resolvió hincharle con gas hidrógeno, que es catorce veces y media mas ligero que el aire. La producción del hidrógeno es fácil, y es el que ha dado en los experimentos aerostáticos resultados mas satisfactorios.

El doctor, calculando con la mayor exactitud, encontró que para los objetos que requería indispensablemente su viaje y para su aparato, debía llevar un peso de 4,000 libras, y por consiguiente fue preciso investigar cuál sería la fuerza ascensional capaz de levantar este peso, y cuál por tanto debía ser la capacidad del aparato.

Un peso de 4,000 libras está representado por un desalojamiento de aire de 44,847 pies cúbicos (1), lo que equivale á decir 44,847 pies cúbicos de aire, que pesan unas 4,000 libras.

Dando al globo esta capacidad de 44,847 pies cúbicos, y llenándolo en lugar de aire de gas hidrógeno, el cual es catorce veces y media mas ligero, no pesa mas que 276 libras que un rompimiento de equilibrio, ó sea una diferencia de 3,724 libras. Esta diferencia entre el peso del gas contenido en el globo y el peso del aire circundante constituye la fuerza ascensional del aerostático.

Sin embargo, si se introdujesen en el globo los 44,847 pies cúbicos de gas de que hablamos, quedaría enteramente lleno, lo que no debe ser, porque á medida que el globo sube á las capas menos densas del aire, el gas que contiene tiende á dilatarse y no tardaría en romper la envoltura. Así, pues, los globos no se llenan generalmente mas que hasta las dos terceras partes.

Pero el doctor, á consecuencia de cierto proyecto que él solo conocía, resolvió no llenar mas que la mitad de su aerostático, y como tenía que llevar 44,847 pies cúbicos de hidrógeno, á su globo una capacidad casi doble.

Lo dispuso en una forma prolongada, que se sabe es la preferible. El diámetro horizontal fue de 50 pies y el vertical de 75 (2); así obtuvo una esfera, cuya capacidad ascendía en cifras redondas á 90,000 pies cúbicos.

Si el doctor Fergusson hubiese podido emplear dos globos, se hubieran aumentado sus probabilidades de éxito, porque, en efecto, el caso de romperse uno, en el aire, se puede, echando lastre, sostener por medio del otro. Pero la maniobra de dos aerostáticos es muy difícil, cuando se trata de que los dos conserven fuerza de ascensional igual.

Después de haberlo reflexionado largamente, Fergusson, por una disposición ingeniosa, reunió las ventajas de los dos globos evitando sus inconvenientes. Construyó dos de desigual volumen y metió uno dentro de otro. Su globo exterior, el cual conservó las dimensiones que hemos citado, contuvo otro mas pequeño de la misma forma, que no tenía mas que cuarenta y cinco pies de diámetro horizontal y sesenta y ocho de diámetro vertical. La capacidad de este globo interior no era, pues, mas que de 67,060 pies cúbicos. Debía nadar en el fluido que lo envolvía, y de uno á otro globo se abría una válvula que en caso necesario permitía ponerlos en comunicación uno con otro.

Esta disposición tenía la ventaja de que, si era preciso dar salida al gas para bajar, se podía dejar escapar el que contenía el globo mayor y hasta vaciarlo enteramente, dejando al menor intacto. En-

tonces podía el aeronauta desembarazarse de la cubierta exterior como de un peso inútil, y el segundo aerostático, quedando solo, no ofrecía al viento el asidero que le dan los globos medio hinchados.

Además, en caso de un accidente, de un destrozo del globo exterior, el otro tenía la ventaja de quedar ileso.

Los dos aerostáticos se construyeron con un tafetan cruzado de Leon de Francia muy engomado. Al efecto, se empleó la goma elastica, que es una sustancia gomo-resinosa, dotada de una impermeabilidad absoluta, y que no atacan los ácidos ni los gases. El tafetan se puso doble en el polo superior del globo, que es el que sufre casi todos los esfuerzos.

Esta envoltura podía retener el fluido por un tiempo ilimitado. Pesaba media libra por cada 9 pies cuadrados, y como la superficie del globo exterior era de unos 11,600 pies cuadrados, su envoltura pesaba 650 libras. La del segundo globo tenía 9,200 pies cuadrados de superficie, y no pesaba de consiguiente mas que 510 libras, siendo de 1,160 libras el peso de los dos globos juntos.

La red destinada á soportar la barquilla era de cuerda de cáñamo muy sólida. Las dos válvulas fueron objeto de cuidados minuciosos, como lo hubiera sido el gobernal de un buque.

La barquilla, de forma circular y de un diámetro de 15 pies, era de mimbre. Estaba reforzada por una ligera armadura de hierro, y revestida en su parte inferior de resortes elásticos destinados á amortiguar los choques. Su peso y el de la red no excedían de 280 libras.

El doctor hizo construir, además, cuatro cajas de palastro de un grueso de dos líneas unidas entre sí por medio de tubos provistos de llaves. Agregó á ellas una serpentina que tenía unas 2 pulgadas de diámetro, que terminaba en dos ramas rectas de longitud desigual, de las cuales la mayor medía 25 pies y la mas corta 15.

Las cajas de hierro batido se acodaron en la barquilla de modo que ocupasen el menor espacio posible. La serpentina, que no tenía que ajustarse hasta mas adelante, fue empaquetada separadamente, y lo mismo una pila eléctrica de Buntzen de mucha fuerza. El aparato había sido tan ingeniosamente combinado, que no pesaba mas de 700 libras comprendiendo en ellas 25 galones de agua contenidos en una caja especial.

Los instrumentos destinados al viaje consistieron en dos barómetros, dos termómetros, dos brújulas, un sextante, dos cronómetros, un horizonte artificial y un altazimuth para medir la altura de los objetos lejanos é inaccesibles. El observatorio de Greenwich estaba todo á disposición del doctor, el cual no se proponía hacer experimentos de física, sino únicamente reconocer su dirección, y determinar la posición de los principales rios, montañas y poblaciones.

Se proveyó de tres áncoras de hierro bien experimentadas, é igualmente de una escala de seda ligera y fuerte, de unos 50 pies de longitud.

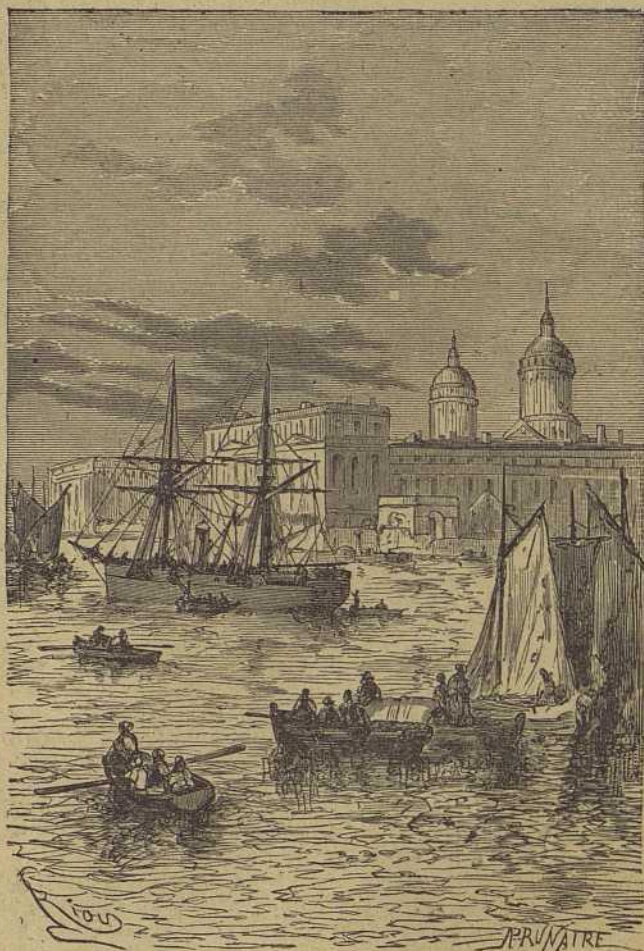
Cálculó igualmente el peso exacto de sus víveres, que consistían en café, té, galleta, carne salada y pemmican, que es una preparacion que en un pequeño volumen contiene muchos elementos nutritivos. Independientemente de una considerable reserva de aguardiente, dispuso de dos cajas de agua que contenían 22 galones cada una (1).

Á medida que se consumiesen estos varios alimentos, había de ir disminuyendo el peso sostenido por el aerostático. Es de advertir que el equilibrio de un globo en la atmósfera es de una sensibilidad estremada. La pérdida de un peso casi insignificante basta para producir una dislocacion muy apreciable.

(1) 1.661 metros cúbicos.

(2) Esta dimension nada tiene de extraordinario. En 1874, en Leon de Francia, M. Montgolfier construyó un aerostático, cuya capacidad era 340,000 pies cúbicos, ó 20,000 metros cúbicos, y podía levantar un peso de 20 toneladas, ó sea de 20,000 kilogramos.

(1) Unos 100 litros.



La Resuelta.

El doctor no olvidó ni una tienda para cubrir una parte de la barquilla, ni las mantas para dormir durante el viaje, ni las escopetas con las correspondientes municiones.

Hé aquí el resumen de sus diferentes cálculos:

Fergusson.	135 libras.
Kennedy.	153
Joe.	120
Peso del primer globo.	650
Peso del segundo globo.	510
Barquilla y red.	280
Ancoras, instrumentos.	
Escopetas, mantas.	
Tiendas, utensilios varios.	190
Carne, pemmican.	
Galleta, té.	
Café, aguardiente.	386
Agua.	400
Aparato.	700
Peso del hidrógeno.	276
Lastre.	200
TOTAL.	4,000 libras.

Así se descomponían las 4,000 libras que el doctor Fergusson se proponía echar á volar, y no llevaba mas que 200 libras de lastre, «sólo para los casos imprevistos,» decía él, porque, gracias á su aparato, no creía tener que recurrir á ellas.

CAPITULO VIII.

IMPORTANCIA DE JOE.—EL COMANDANTE DEL «RESOLU-TE.—EL ARSENAL DE KENNEDY.—ARREGLOS.—BANQUETE DE DESPEDIDA.—PARTIDA DEL 21 DE FEBRERO.—SESIONES CIENTÍFICAS DEL DOCTOR.—DUVEYRIER, LIVINGSTONE.—PORMENORES DEL VIAJE AÉREO.—KENNEDY REDUCIDO AL SILENCIO.

El día 10 de febrero tocaban á su fin los preparativos. Los aerostáticos encerrados uno dentro de otro, estaban en disposición de echar á volar por esos mundos de Dios. Se les sujetó, por vía de ensayo, á una enérgica presión de aire comprimido, con lo que dieron una buena prueba de solidez, y demostraron que se había procedido á su construcción con el mayor esmero.

Joe no cabía de gozo en su pellejo. Iba incesantemente de Greek-street á los talleres de MM. Mitchell

siempre ataragado y mánino, pero expansivo, dando espontáneamente noticias del negocio hasta á los que no se las pedían, y estaba sobre todo mas hueco que un pavo porque iba á acompañar á su amo. No quisiera levantarle ningun falso testimonio, pero se me antoja que debió valerle unas cuantas medias coronas el trabajo que se tomaba enseñando el areostático, desenvolviendo las ideas y planes del doctor y dando á conocer á su amo por detrás de los cristales de las ventanas, ó cuando le veía pasar por la calle. Estaba en su derecho especulando con la admiración y curiosidad de sus contemporáneos.

El 16 de febrero, el *Resolute* ancló delante de Greenwich. Era un buque de hélice de primera marcha, del porte de 800 toneladas, que ya habia tenido á su cargo el abastecimiento de la última expedición de sir James Ros á las regiones polares. Pennet, su comandante, pasaba por hombre de muy buen trato,

y tenia interés particular en el buen éxito del viaje del doctor, á quien apreciaba desde mucho tiempo. Pennet parecia mas un sabio que un soldado, lo que no impedía á su buque llevar cuatro piezas de artillería, que no habian hecho nunca daño á nadie, y servian solamente para producir los estrépitos mas pacíficos del mundo.

Se dispuso la sentina del *Resolute* de modo que se acomodase bien en ella el aerostático, que fue transportado con las mayores precauciones el dia 18 de febrero... Se almacenó de la mejor manera posible para prevenir cualquier accidente, y en presencia misma de Fergusson se estivaron la barquilla y sus accesorios, las áncoras, las cuerdas, los viveres y las cajas de agua que debian llenarse á la llegada.

Se embarcaron diez toneladas de ácido sulfúrico y otras tantas de hierro viejo para obtener gas hidrógeno. Esta cantidad era mas que suficiente, pero



El doctor en la cámara de los oficiales.

convenia estar preparado contra las pérdidas posibles. El aparato destinado á producir el gas, compuesto de unos treinta barriles, se colocó en lo mas hondo de la sentina.

Estos diversos preparativos terminaron al anochecer del dia 18 de febrero. Dos camarotes cómodamente dispuestos aguardaban al doctor Fergusson y á su amigo Kennedy. Este último, al mismo tiempo que juraba y rejuraba que no partiría, se trasladó á bordo con un verdadero arsenal de caza, dos escopetas de dos cañones, que se cargaban por la recámara, y una carabina de toda confianza de la fábrica de Purdey, Moore y Dickson de Edimburgo. Con esta carabina no tenia el gran cazador ningun reparo en poner á la distancia de 2,000 pasos una bala en el ojo de un camello. Llevaba tambien dos revólvers de Colt de seis tiros para las necesidades imprevistas, su gran frasco de pólvora, su cartuchera, perdigones y balas, en cantidad suficiente, pero sin traspasar los límites prescritos por el doctor.

El dia 19 de febrero se establecieron á bordo los tres viajeros, que fueron recibidos con la mayor distinción por el capitán y sus oficiales. El doctor permaneció siempre frio y sin pensar mas que en su expedición; Dick estaba conmovido y no queria parecer que lo estaba, y Joe brincaba de alegría y hablaba por los codos, llegando á ser muy pronto el bufon

de los contramaestres, entre quienes se le habia servado el punto correspondiente.

El dia 20 se dió un gran banquete de despedida al doctor Fergusson y á Kennedy por la Sociedad Real de Geografía. El comandante Pennet y sus oficiales asistieron al festín, que fue muy animado y abundante en libaciones halagüeñas. Se echaban brindis bastante numerosos para asegurar á todos los convidados una longevidad de antiguos patriarcas. Sir Francis M... presidia con una conmoción reprimida, pero llena de dignidad.

Dick Kennedy, con mucha confusion suya, participó en grande de las felicitaciones báquicas. Despues que se hubo bebido «á la salud del intrépido Fergusson, la gloria de Inglaterra», se bebió «á la salud del no menos valeroso Kennedy, su audaz compañero.»

Dick se puso colorado como un pavo, lo que se tomó por modestia. Aumentaron los aplausos, y Dick se puso mas colorado aun.

Llegó á los postres un mensaje de la reina, que cumplimentaba á los viajeros y hacia votos por el éxito de la empresa.

Lo que requirió nuevos brindis «á Su Muy Graciosa Magestad.»

A media noche los convidados se separaron, despues de una patética despedida, sazonada con entusiastas apretones de manos.

Las embarcaciones del *Resolute* aguardaban en el puente de Weitsminter. El comandante tomó en ellas su puesto, acompañado de sus pasajeros y de sus oficiales, y la rápida corriente del Támesis les precipitó hacia Greenwich.

A la una dormían todos á bordo.

Al día siguiente, 24 de febrero á las tres de la mañana, se calentaron las calderas, á las cinco se levantaron las anclas, y el *Resolute*, á impulsos de su hélice, se deslizó hacia la desembocadura del Támesis.

No tenemos necesidad de decir que las conversaciones á bordo no tuvieron mas objeto que la expedición del doctor Fergusson. Lo mismo al que le miraba que al que le oía inspiraba una confianza tal, que, á escepcion del escocés, nadie ponía ya en duda el éxito de su empresa.

Durante las largas horas de ocio del viaje, el doctor hacia un verdadero curso de geografía en la cámara de los oficiales. Aquellos jóvenes se entusiasman con la narración de los descubrimientos hechos durante cuarenta años en Africa. El doctor les contó las exploraciones de Bart, Burton, Speke y Grant, y les pintó aquella misteriosa comarca entregada en todas direcciones á las investigaciones de la ciencia. En el Norte, el joven Duvyrier exploraba el Sahara y reconducía á París á los jefes Touaregs. Bajo la inspiración del gobierno francés se preparaban dos expediciones, que, descendiendo del Norte y pasando el Oeste, debían cruzarse en Tombouctou. En el Sur, el infatigable Livingstone avanzaba siempre hacia el ecuador, y desde marzo de 1822 remontaba, en compañía de Mackensie, el río Rovoonia. El siglo xix no concluiría seguramente sin que el Africa hubiera revelado los secretos que ha tenido guardados en su seno por espacio de seis mil años.

El entusiasmo de los oyentes de Fergusson subió de punto cuando el doctor les dió á conocer circunstancialmente los preparativos de su viaje. Quisieron todos verificar sus cálculos; discutieron, y el doctor entró en la discusión con toda franqueza.

En general, asombraba á todos la cantidad relativamente escasa de víveres con que contaba. Un día; uno de los oficiales le interrogó acerca del particular.

—Eso os sorprende, respondió Fergusson.

—Sin duda.

—¿Cuánto, pues, suponeis que ha de durar mi viaje? Meses enteros? Estáis en un error; si se prolongase, estaríamos perdidos, no llegaríamos nunca. Sabed, pues, que no hay que recorrer mas que unas 3,500 millas, poned 4,000 (1) de Zanzíbar á la costa del Senegal. Pues bien, haciendo 240 millas (2) por cada doce horas, lo que no llega ni con mucho á la velocidad de nuestros caminos de hierro, si viajo día y noche, bastarán siete días para atravesar e

1
—Pero entonces nada podéis ver, ni levantar planos geográficos, ni reconocer el país.

—¿Cómo? respondió el doctor, si soy dueño de mi globo, si subo ó bajo á mi arbitrio, me detendré cuando bien me parezca, sobre todo cuando corra peligro de que me arrastren corrientes demasiado violentas.

—Y encontrareis de esas corrientes, dijo el comandante Pennet; hay huracanes que hacen mas de 250 millas por hora.

—Ya lo veis, replicó el doctor, con una rapidez tal atravesaría el Africa en doce horas; me levantaría en Zanzíbar, y me acostaría en San Luis.

—Pero acaso, repuso un oficial, ¿podría un globo ser arrastrado por una velocidad semejante?

—Es cosa que se ha visto, respondió Fergusson.

(1) 2,400 leguas.

(2) 100 leguas. El doctor cuenta siempre por millas geográficas de 66 al grado.

—Perfectamente. Era en la época de la coronación de Napoleon en 1801. El aeronauta Garnerin levantó en París, á las once de la noche, un globo, con la siguiente inscripción en letras de oro: «París, 25 frimario año XIII, coronación del emperador Napoleon por S. S. Pio VII.» El día siguiente, á las cinco de la mañana, los habitantes de Roma veían el mismo globo cernerse sobre el Vaticano, recorrer la campiña romana, y caer en el lago de Bracciano. Así, pues, señores, un globo puede resistir á tan considerable velocidad.

—Un globo, sí, pero un hombre... balbuceó tímidamente Kennedy.

—¡Pero un hombre tambien! Porque un globo está siempre inmóvil respecto al aire que le circunda: no es él quien anda, sino el aire mismo. Encendí una vela en vuestra barquilla, y la llama no oscilará siquiera. Un aeronauta que se hubiese hallado en el globo de Garnerin no hubiera por su velocidad sufrido absolutamente nada. Además, yo no trato de experimentar una rapidez semejante, y si puedo durante la noche hincar el ancla en algun árbol ó en algun accidente del terreno, no dejaré de hacerlo. Llevamos víveres para dos meses, y nada impedirá á nuestro insigne cazador proporcionarnos caza en abundancia cuando tomemos tierra.

—¡Ah! ¡señor Kennedy! vais á dar golpes maestros, dijo un joven midshipman mirando al escocés con ojos de envidia.

—Sin contar, repuso otro, con que á vuestro placer se asociará una gran gloria.

—Señores, respondió el cazador, soy muy sensible... á vuestros cumplimientos... pero no me corresponde acertarlos...

—¿Cómo! exclamaron todos, ¿no partireis?

—No partiré.

—¿No acompañareis al doctor Fergusson?

—No sólo no le acompañaré, sino que mi presencia aquí no tiene mas objeto que detenerle hasta el último momento.

Todas las miradas se dirigieron al doctor.

—No le hagais caso, respondió éste con calma. Es un asunto que no se debe discutir con él; él, en el fondo, ya sabe perfectamente que partirá.

—¡Por san Patric! exclamó Kennedy, juro...

—No jures nada, amigo Dick; estás medido, aforado, pesado, tú y tu pólvora, tus escopetas y tus balas; no hablemos mas del asunto.

Y de hecho, desde aquel día hasta la llegada á Zanzíbar, Dick no dijo esta boca es mía. No habló ni del asunto, ni de ninguna otra cosa. Calló.

CAPITULO IX.

SE DOBLA EL CABO.—EL CASTILLO DE PROA.—CURSO DE COSMOGRAFIA POR EL PROFESOR DE JOE.—DE LA DIRECCION DE LOS GLOBOS.—DE LA INVESTIGACION DE LAS CORRIENTES ATMOSFÉRICAS.—EURECKA.

El *Resolute* avanzaba rápidamente hacia el cabo de Buena Esperanza. El tiempo se mantenía sereno, aunque el mar se picó un poco.

El 30 de marzo, veintisiete días despues de la salida de Londres, se perfiló en el horizonte la montaña de la Mesa. La ciudad del Cabo, situada al pie de un anfiteatro de colinas, apareció á lo lejos, y muy pronto el *Resolute* ancló en el puerto. Pero el comandante no hacia allí escala sino para proveerse de carbon, lo que fue cosa de un día, y al siguiente el buque se inclinó al Sur para doblar la punta meridional de Africa y entrar en el canal de Mozambique.

No era aquel el primer viaje por mar que hacia Joe, y así es que no tardó en hallarse á bordo como en su propia casa. Todos lo querían bien por su fran-

queza y su buen humor. En la refusa en gran parte la celebridad de su amo. Era escuchado como un oráculo, y no desacertaba mas que otro cualquiera.

Mientras el doctor proseguía el curso de sus descripciones en la cámara de los oficiales, Joe se des- pachaba á su gusto en el castillo de proa, y hacia historia á su manera, procedimiento seguido por los mas eminentes historiadores de todos los tiempos.

Se trataba, como era natural, del viaje aéreo. Joe consiguió, no sin trabajo, que aceptasen la empresa los espíritus recalcitrantes; pero una vez aceptada, la imaginación de los marineros, estimulada por las relaciones de Joe, no reconoció nada que fuese imposible.

El ameno narrador persuadía á su auditorio de que despues de aquel viaje emprenderia otros muchos. Aquel no era mas que el primer eslabon de una larga serie de empresas sobrehumanas.

—Creedme, camaradas; cuando se ha tomado el gusto á este género de locomoción, no se puede prescindir de él, y así es que en nuestra próxima expedición, en lugar de ir de lado, iremos derechos delante, subiendo siempre.

—¡Buena! dijo un oyente maravillado; entonces llegareis á la Luna.

—¡A la Luna! respondió Joe con desden; no por cierto, eso es demasiado comun. A la Luna va todo el mundo. Además, allí no hay agua, y hay necesidad de llevar provisiones enormes, y hasta atmósfera en frascos, por poco interés que se tenga en respirar.

—¡Con tal que haya gin! dijo un marinero muy aficionado á esta bebida.

—Tampoco, camarada. ¡No! nada de Luna, nos pasearemos por esas hermosas estrellas, por esos encantadores planetas de que tantas veces me ha hablado mi amo. Visitaremos primero á Saturno....

—¿El que tiene un anillo? preguntó el contra- maestre.

—¡Sí! un anillo nupcial. Sólo que no sabe el pa- radero de su mujer.

—¿Cómo! ¡tan alto ireis? dijo un grumete atónito.

—Es, pues, el diablo vuestro amo?

—¡El diablo! ¡es demasiado bueno para diablo!

—¿Y despues de Saturno? preguntó uno de los mas impacientes del auditorio.

—¿Despues de Saturno? haremos una visita á Júpiter, que es un pícaro país en que los dias no son mas que de nueve horas y media, lo que es cómodo para los perezosos, y cada año dura doce años, lo que es ventajoso para los que no tienen mas que seis meses de vida. ¡Eso prolonga algo su existencia!

—¿Doce años? repuso el grumete.

—Sí, chiquillo, en aquella comarca tú mamarías aun, y alguno entre nosotros que frisa en los cin- cuenta, sería un muñeco de cuatro años y medio.

—¡No puede ser! exclamaron unánimes todos los hombres de proa.

—Es la pura verdad, dijo Joe con aplomo. Pero ¿qué quereis? cuando uno se empeña en vegetar en este mundo, no aprende nada, y permanece igno- rante como una marsopla. ¡Pasead un poco por Júpiter y vereis! ¡Es menester, sin embargo, allí ar- riba, no hacer calaveradas, porque hay satélites que no son cómodos.

Y todos reían, pero todos le creían hasta cierto punto. Y él les hablaba de Neptuno, donde los mari- neros son muy bien recibidos, y de Marte, donde los militares privan, lo que al fin y al cabo no es muy bueno. En cuanto á Mercurio es un pícaro país de ladrones y mercaderes que se parecen tanto unos á otros, que difícilmente se les distingue. De Vénus les hacía un cuadro verdaderamente encantador.

—Y cuando volvamos de esta expedición, dijo el ameno narrador, se nos condecorará con la cruz del Sur, que brilla allá arriba en el ojal del buen Dios.

—¡Y bien merecida la tendreis: dijeron los mari- neros.

Así en alegres pláticas se deslizaban las largas tar- des en el castillo de proa. Y entre tanto, las conver- saciones instructivas del doctor seguían su camino.

Un día se hablaba de la dirección de los globos, y se suplicó á Ferguson que diese acerca del particular su parecer.

—Yo no creo, dijo, que se pueda llegar á dar di- rección á los globos. Conozco todos los sistemas que se han ensayado ó ideado, y ni uno solo es practica- ble. Ya comprendereis que me habré ocupado algo de esta cuestión, que es para mí de un interés capi- tal; pero no he podido resolverla con los medios su- ministrados por los conocimientos actuales de la me- cánica. Sería preciso descubrir un agente motor de un poder extraordinario y de una ligereza imposible. Y aun así no sería dado contrarestar las corrientes de alguna importancia. Además, hasta ahora se ha pensado mas en dirigir la barquilla, que el globo; lo que es una falta.

—Hay sin embargo, replicó un oficial, grandes relaciones entre un aerostático y un buque, y éste es dirigido por la voluntad del hombre.

—No, respondió el doctor Ferguson; hay muy pocas relaciones ó ninguna. El aire es infinitamente menos denso que el agua, en la cual el buque no se sumerge mas que hasta cierto punto, al paso que el aerostático se abisma todo en la atmósfera, y perma- nece inmóvil relativamente al fluido circundante.

—¿Creéis, pues, que la ciencia aerostática ha di- cho ya su última palabra?

—¡No tanto! ¡no tanto! Es preciso buscar otra cosa, y ya que no se pueda dirigir un globo, mante- nerlo al menos en las corrientes atmosféricas favo- rables. Estas, á medida que se sube, van haciéndose mas uniformes, no hallándose ya perturbadas por los valles y montañas que desigualan la superficie del globo, y ya sabes que estas desigualdades son la principal causa de las variaciones del viento y de la energía de su siglo. Una vez determinadas estas zo- nas, el globo no tendrá mas que hacer que colocarse en las corrientes que le convengan.

—Pero entonces, repuso el comandante Pennet, era menester para alcanzarlas, subir ó bajar incesan- temente. Hé aquí la verdadera dificultad, mi que- rido doctor.

—¿Por qué, mi querido comandante?

—Entendámonos; la dificultad será para los largos viajes, no para los simples paseos aéreos.

—¿Y la razón?

—Porque no subís sino con la condicion de des- prenderos del lastre, ni bajáis sino con la condicion de perder gas, y con tanto subir y bajar vuestras provisiones de gas y de lastre se agotarán muy pronto.

—Hé aquí toda la cuestión, amigo Pennet. Hé aquí la única dificultad que debe procurar allanar la cien- cia. No se trata de dar dirección á los globos; trá- tase de moverlos de arriba abajo sin gastar este gas que es su fuerza, su sangre, su alma, si es lícito ha- blar así.

—Teneis razon, mi querido doctor, pero es una dificultad aun no resuelta, un medio que no se ha encontrado.

—Perdonad, se ha encontrado.

—¿Quién lo ha encontrado?

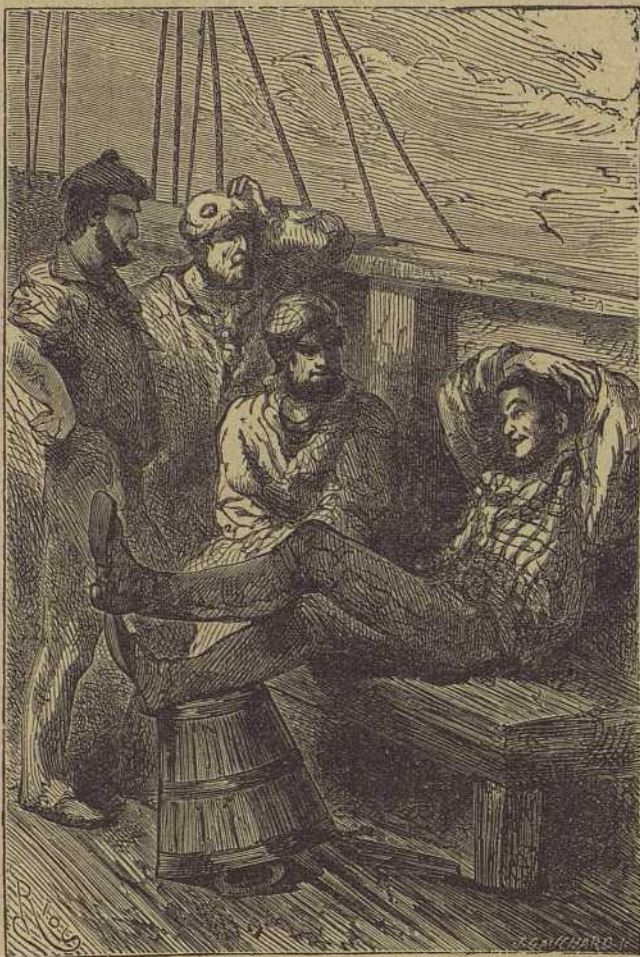
—Yo!

—¿Vos?

—Bien podeis comprender que de otro modo no me aventuraría á atravesar el Africa en un globo. ¡A las veinticuatro horas me quedaria sin gas!

—¿Pero no habeis hablado de eso en Inglaterra?

—¿Para qué? Yo no trataba de hacerme discutir en público, por parecerme la discusión inútil. He hecho



Joe era escuchado como un oráculo por sus camaradas.

secretamente experimentos preparatorios, y he quedado de ellos satisfecho. No tenía necesidad de más.

—¡Y bien, mi querido Fergusson! ¿habría imprudencia en preguntaros vuestro secreto?

—Ninguna, Señores; el medio es muy sencillo, y voy á manifestároslo.

El auditorio redobló su atención, y el doctor tomó tranquilamente la palabra en los siguientes términos.

CAPITULO X.

ENSAYOS ANTERIORES.—LAS CINCO CAJAS DEL DOCTOR.

—LA CÁNULA DE GAS.—EL CALORÍFERO.—MANERA DE MANIOBRAR.—ÉXITO INFALIBLE.

«Se ha intentado, señores, muchas veces subir ó bajar arbitrariamente sin perder el gas ó el lastre de un globo. Un aeronauta francés, M. Mounier, quería alcanzar este objeto comprimiendo aire en un receptáculo interior. Un belga, el doctor Van Hecke, por medio de alas y palos, desplegaba una fuerza vertical que en la mayor parte de los casos hubiera sido insuficiente. Los resultados prácticos obtenidos por estos distintos medios han sido insignificantes

»Yo he resuelto abordar la cuestión con mas franqueza. Desde luego suprimo completamente el lastre, no siendo que me obligue á recurrir á él algu caso de fuerza mejor, como, por ejemplo, la rotura de mi aparato, ó la necesidad de elevarme instantáneamente para evitar un obstáculo imprevisto.

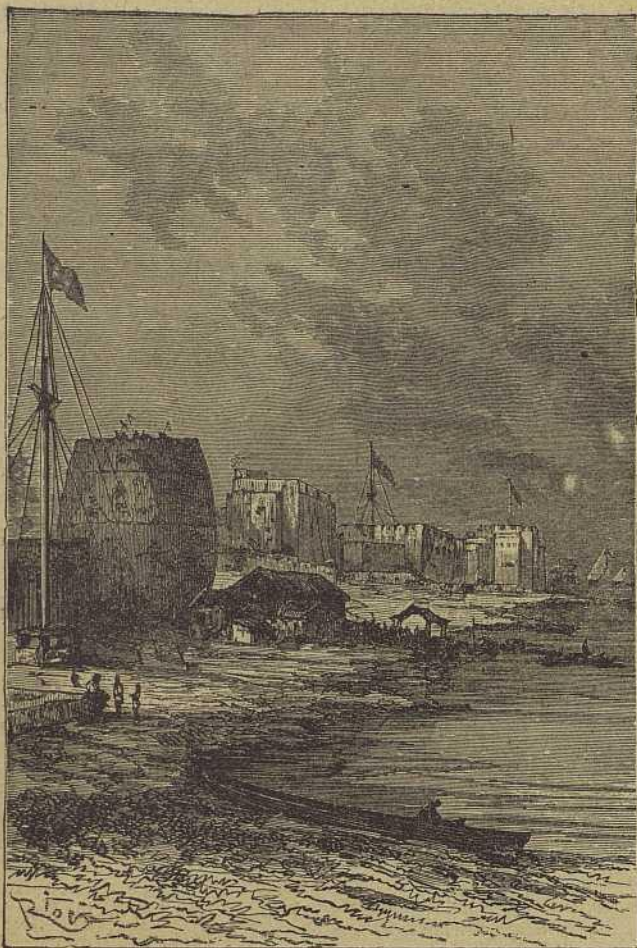
»Mis medios de ascension y descanso consisten únicamente en dilatar ó comprimir por medio de distintas temperaturas, el gas encerrado dentro del aerostático. Y hé aquí cómo obtengo este resultado.

»Habeis visto embarcar con la barquilla algunas cajas cuyo uso desconoceis sin duda. Estas cajas son en número de cinco.

»La primera contiene unos 20 galones de agua, á la cual añado algunas gotas de ácido sulfúrico para aumentar su conductibilidad, y la descompongo por medio de una enérgica pila de Buntzen. El agua, como sabeis, se compone de dos volúmenes de gas hidrógeno y un volúmen de gas oxígeno.

»Este último, bajo la acción de la pila, pasa por un polo positivo ó una segunda caja. Otra tercera, colocada encima de la segunda, y de doble capacidad, recibe el hidrógeno que llega por el polo negativo.

«Dos espitas, de las cuales la una tiene doble aber-



Vista de Zanzibar.

cura que la otra, ponen en comunicacion estas dos cajas con otra, que es la cuarta, y se llama caja de mezcla. En ella, en efecto, se mezclan los dos gases procedentes de la descomposicion del agua. La capacidad de esta caja de mezcla viene á ser de 41 pies cúbicos (1).

»En la parte superior de esta caja hay un tubo de platino, provisto de una llave.

»Ya habreis comprendido, señores, que el aparato que os describo es simplemente una cámara de gas oxígeno é hidrógeno, cuyo calor escude al del fuego de una fragua.

»Paso ahora á la segunda parte del aparato.

»De la parte inferior de mi globo, que está herméticamente cerrado, arrancan dos tubos separados por un pequeño intervalo. El uno nace de en medio de las capas superiores del gas hidrógeno, y el otro de en medio de las inferiores.

»Estos dos tubos están provistos de trecho en trecho de recias articulaciones de cauchú, que les permiten prestarse á las oscilaciones del aerostático.

»Bajan los dos hasta la barquilla, y se pierden en una caja cilíndrica de hierro, llamada caja de calor,

la cual, en sus dos estremidades, está cerrada por dos fuertes discos del mismo metal.

»El tubo salido de la region inferior del globo pasa á la caja cilíndrica por el disco inferior, y penetrando en él, afecta entonces la forma de un cono serpentina helizoidal cuyos anillos sobrepuestos ocupan casi toda la altura de la caja. Antes de salir, la serpentina pasa á un pequeño cono, cuya base cóncava, en forma de birrete esférico, se dirige hacia abajo.

»Por el vértice de este cono sale el segundo tubo, y se traslada, como he dicho, á las partes superiores del globo.

»El birrete esférico del pequeño cono es de platino, para que no lo toque la accion del soplete, pues éste se halla colocado en el fondo de la caja de hierro, en medio de la serpentina helizoidal, y la estreñidad de su llama lame ligeramente el birrete.

»Todos sabeis, señores, lo que es un calorífero destinado á calentar las habitaciones, y sabeis tambien cómo obra. El aire de la habitacion está obligado á pasar por los tubos, y vuelve con una temperatura mas elevada. El aparato que acabo de describiros no es en realidad mas que un calorífero.

»¿Qué pasa, en efecto? Encendido el soplete, el hidrógeno de la serpentina y del cono cóncavo se ca-

(1) Un metro 50 centímetros cuadrados

lenta, y sube rápidamente por el tubo que lo conduce á las regiones superiores del aerostático. Se forma debajo el vacío, y atrae el gas de las regiones inferiores que se calienta á su vez, y es continuamente reemplazado. Así se establece entre los tubos y la serpentina una corriente sumamente rápida de gas que sale del globo y vuelve á él calentándose incesantemente.

«Los gases por cada grado de calor aumentan $\frac{1}{480}$ de su volumen. Si yo fuerzo, pues, 18° (1) la temperatura, el hidrógeno del aerostático se dilatará $\frac{18}{480}$, ó 1,614 pies cúbicos (2), y por consiguiente desalojará 1,614 pies cúbicos de aire mas, lo que aumentará en 1,600 libras su fuerza ascensional, equivaldrá á un desprendimiento de lastre de igual peso. Si aumento en 180° (3) la temperatura, el gas experimentará una dilatación de $\frac{180}{480}$: desalojará 16,740 pies cúbicos mas, y aumentará en 1,600 libras su fuerza de ascension.

«Ya veis, señores, que puedo fácilmente obtener desequilibrios considerables. El volumen del aerostático ha sido calculado de manera que, estando medio hinchado, desalojado un peso de aire exactamente igual al de la envoltura del hidrógeno y al de la barquilla con los viajeros y todos los accesorios. A este punto de hinchazon, se halla en exacto equilibrio con el aire, sin subir ni bajar.

«Para verificar la ascension, doy al gas una temperatura superior á la temperatura ambiente, por medio del soplete. Con este exceso de calor, el globo obtiene una tension mas fuerte, aumenta su hinchazon y sube tanto mas, cuanto mas dilato yo el hidrógeno.

«El descenso se hace naturalmente moderando el calor del soplete y dejando enfriar la temperatura. La ascension será, pues, generalmente mucho mas rápida que el descenso, lo que es una buena circunstancia, pues yo no puedo tener nunca interés en bajar rápidamente, y para evitar los obstáculos puedo tenerlo muy grande en que sea muy pronta mi marcha ascensional. Los peligros están abajo, no arriba.

«Además, como os he dicho, tengo cierta cantidad de lastre que me permitirá elevarme con mas prontitud aun en caso necesario. Mi válvula, situada en el polo superior del globo, no es mas que una válvula de seguridad. El globo conserva siempre su misma carga de hidrógeno, siendo las variaciones de temperatura que yo produzco en el gas cerrado las que preven á todos sus movimientos de ascension y descenso.

«Ahora, señores, añadiré una circunstancia práctica.

«La combustion del hidrógeno y del oxígeno en la punta del soplete produce únicamente vapor de agua. He dotado por lo mismo la parte inferior de la caja cilindrica de hierro de un tubo de desprendimiento con válvula que funciona á menos de dos atmósferas de presión, y por consiguiente, desde el momento en que llega á esta tension, el vapor se escapa por sí mismo.

«Hé aquí ahora guarismos muy exactos.

«Veinticinco galones de agua descompuesta en sus elementos constitutivos, dan 200 libras de oxígeno ó 25 libras de hidrógeno. Esto representa, á la tension atmosférica, 1,890 pies cúbicos (4) del primero, y 3,780 pies cúbicos (5) del segundo, total 5,670 pies cúbicos de mezcla (6).

«La espita de mi soplete, enteramente abierta,

consume 27 pies cúbicos (7) por hora, con una llama que es por lo menos diez veces mas activa que la de los mayores faroles de alumbrado. Por término medio, pues, para mantenerme á una altura poco considerable, no quemaré mas que 9 pies cúbicos por hora (8), por lo que mis 25 galones de agua representan seiscientos treinta horas de navegacion aérea, algo mas de veinte dias.

«Y como puedo bajar á mi arbitrio, y reservar por el camino mi provision de agua, mi viaje puede prolongarse indefinidamente.

«Hé aquí mi secreto, señores. Es sencillo, y como todas las cosas sencillas, no puede dejar de tener buen éxito. La dilatacion y la contraccion del gas del aerostático, tal es mi medio, que no exige ni á las que embarazan, ni motor mecánico. Un calorifero para producir las variaciones de temperatura y un soplete para calentarlo, eso no es incómodo ni pesado.

«Creo, pues, haber reunido todas las condiciones de buen éxito.»

Así terminó su discurso el doctor Fergusson, y fue cordialmente aplaudido. No habia objecion alguna que hacer, todo estaba provisto y resuelto.

—Sin embargo, dijo el comandante, el ensayo puede ser peligroso.

—¿Qué importa, respondió sencillamente el doctor, si es practicable?

CAPITULO XI.

LLEGADA A ZANZIBAR.—EL CONSUL INGLÉS.—MALAS DISPOSICIONES DE LOS HABITANTES.—LA ISLA KOUNBENI.—LOS FORJADORES DE LLUVIA.—HINCHAZON DEL GLOBO.—PARTIDA DEL 18 DE ABRIL.—ULTIMO ADIOS.—EL «VICTORIA».

El viento constantemente favorable habia acelerado la marcha del *Resolute* hacia el lugar de su destino. La navegacion del canal de Mozambique fue particularmente pacífica. La travesía marítima era un buen presagio de la aérea. Todos deseaban llegar pronto, y ayudar al doctor Fergusson en sus últimos preparativos.

Llegó, en fin, el buque á la vista de la ciudad de Zanzibar, situada en la isla del mismo nombre, y el 15 de abril, á las once de la mañana, ancló en el puerto.

La isla de Zanzibar pertenece al iman de Mascate, aliado de Francia y de Inglaterra, y es indudablemente la mas bella de sus colonias. El puerto recibe muchos buques de las comarcas vecinas.

La isla solo está separada de la costa africana por un canal, cuya mayor anchura no pasa de 30 millas (9).

Hace un gran tráfico de goma, mástil, y sobre todo de ébano y carbon, porque Zanzibar es el gran mercado de esclavos. Allí se concentra todo el botín conquistado en las batallas que los jefes del interior se dan incesantemente. El tráfico se estiende tambien á toda la costa oriental, y hasta bajo las latitudes del Nilo, y M. G. Lejean ha visto allí tratar abiertamente á la sombra del pabellon francés.

Apenas llegó el *Resolute*, el cónsul inglés de Zanzibar pasó á bordo y se puso á disposicion del doctor, de cuyos proyectos le habian tenido al corriente durante un mes los periódicos de Europa. Pero hasta entonces habia formado parte de la numerosa falange de los incrédulos.

—Dudaba, dijo tendiendo la mano á Samuel Fergusson, pero ahora ya no dudo.

Ofreció su propia casa al doctor, á Dick Kennedy, y naturalmente al bravo Joe.

(1) 40° centígrado. Los gases por 1° centígrado aumenta $\frac{1}{480}$ de volumen.

(2) Unos 62 metros cúbicos.

(3) 100° centígrados.

(4) 70 metros cúbicos de oxígeno.

(5) 14 metros cúbicos de hidrógeno.

(6) 240 metros cúbicos.

(7) 1 metro cúbico.

(8) $\frac{1}{2}$ de metro cúbico.

(9) 12 leguas y media.

Por el consúl tuvo el doctor conocimiento de varias cartas que habia recibido del capitán Speke. El capitán y sus compañeros habian tenido que pasar muchas hambres y muchos contratiempos antes de llegar al país de Ugogo. No avanzaban sino con una dificultad y no pensaban poder dar noticias prontas de su situacion y paradero.

—Hé aquí peligros y privaciones que nosotros sabremos evitar, dijo el doctor.

Los bagajes de los tres viajeros fueron trasladados á la casa del consúl. Se empezaron á tomar disposiciones para desembarcar el globo en la playa de Zanzibar. Habia cerca del asta de la bandera de señas un sitio favorable, junto á una enorme construccion que le hubiera puesto á cubierto de los vientos del Este. Era una gran torre, semejante á un tonel inmenso, junto al cual la baliza de Heidelberg no hubiera sido mas que un barril insignificante. La tal torre servia de fuerte, y en su plataforma estaban de centinela algunos belutchies, armados de lanzas, especie de soldados haraganes y vicingleros.

Pero el consúl tuvo aviso de que la poblacion de la isla trataba de oponerse al desembarco del aerostático. No hay nada tan ciego como las pasiones fanatizadas. La noticia de la llegada de un cristiano que debia subir por el aire fue recibida con indignacion, y los negros, mas conmovidos por los árabes vieron en este proyecto intenciones hostiles á su religion, figurándose que se dirigia contra el sol y la luna, que son objeto de veneracion para las tribus africanas. Se resolvió, pues, oponerse á una expedicion tan sacrilega.

El consúl conferenció acerca del particular con el doctor Fergusson y el comandante P. net. Este no queria retroceder delante de las amenazas; pero su amigo le hizo entrar en razon.

—Ya sé, le dijo, que en definitiva nos meteríamos á esa gente en un puño, y en caso necesario los mismos soldados del iman nos prestarian auxilio; pero mi querido comandante, un accidente es fácil y bastaria un golpe cualquiera para causar al globo una averia irreparable que comprometeria el viaje irremisiblemente. Es, pues, preciso, que andemos con pies de plomo.

—¿Qué haremos, pues? Si desembarcamos en la costa de Africa, tropezaremos con las mismas dificultades. Veamos, pues, lo que se hace.

—Es muy sencillo, respondió el consúl. Ved aquellas islas situadas mas allá del puerto; desembarcad en una de ellas vuestro aerostático, rodeaos de un cuadro de marineros, y no correis ningun riesgo.

—Perfectamente, dijo el doctor, y allí podremos con toda libertad concluir nuestros preparativos.

El comandante aprobó el consejo. El *Resolute* se acercó á la isla de Koumbeni, y en la madrugada del 16 de abril, el globo fue puesto en seguridad en un raso de uno de los muchos bosques de que está allí erizada la tierra.

Se fijaron en el suelo á la distancia de unos 80 pies uno de otro dos palos, cuya elevacion era de 80 pies tambien, y un juego de poleas fijas en su estremidad, permitió levantar el aerostático por medio de un cable trasversal. El globo estaba entonces enteramente deshinchado. El globo interior estaba unido al vértice del exterior, de modo que subian los dos á un mismo tiempo.

En el apéndice inferior de uno y otro, se fijaron los dos tubos de introduccion del hidrógeno.

El dia 17 se invirtió en disponer el aparato destinado á producir el gas, el cual se componia de 30 toneles, en los que se verificaba la descomposicion del agua por medio de pedazos de hierro viejo y ácido sulfúrico metidos en una gran cantidad de agua. El hidrógeno pasaba á un gran tonel central despues de haberse lavado al paso, y desde allí subia por los

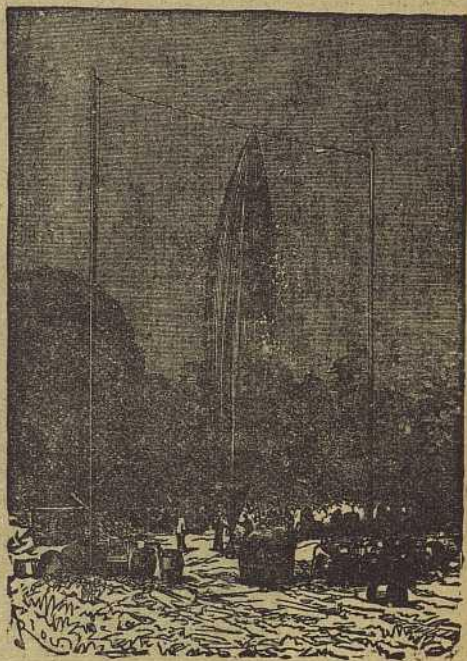
tubos de introduccion á los dos aerostáticos. De esta manera uno y otro se llenaban de una cantidad de gas perfectamente determinada.

Para esta operacion fue preciso echar mano de 1866 galones (1) de ácido sulfúrico, 16,050 libras de hierro (2), y 966 galones de agua (3).

Esta operacion empezó á cosa de las tres de la mañana del dia siguiente y duró ocho horas. Al otro dia el aerostático cubierto con su red, se balanceaba graciosamente encima de la barquilla sostenido por un gran número de sacos llenos de tierra. Se montó con el mayor cuidado el aparato de dilatacion, y los tubos que salian del aerostático se adaptaron á la caja cilíndrica.

Las áncoras, las cuerdas, los instrumentos, las mantas de viaje, los víveres y las armas ocuparon en la barquilla el puesto que tenian designado, y la aguada se hizo en Zanzibar. Las 200 libras de lastre se distribuyeron entre cincuenta sacos colocados en el fondo de la barquilla, pero al alcance de la mano.

A cosa de las cinco de la tarde, terminaron estos preparativos. Hubo sin cesar alrededor de la isla centinelas vigilantes, y las embarcaciones del *Resolute* no dejaron un momento de surcar el canal.



El globo vacío en suspension.

Los negros seguian manifestando su cólera con gritos, gestos y contorsiones. Los hechiceros recorrian los grupos irritados y acababan de exasperar los ánimos; algunos fanáticos trataron de ganar la isla á nado, pero se les rechazó fácilmente.

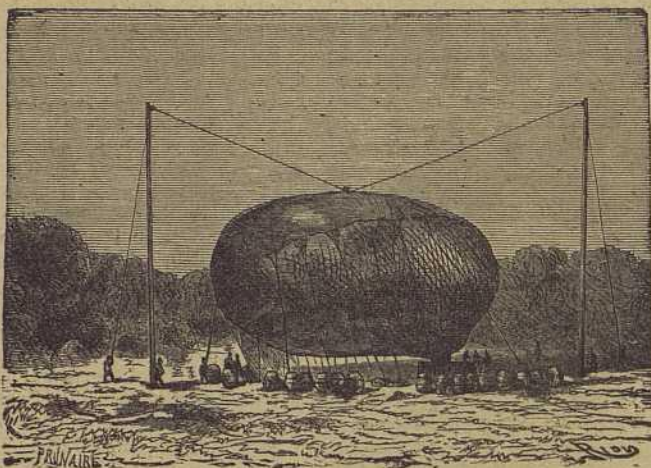
Entonces empezaron los sortilegios y los encantamientos; los fraguadores de lluvia, que pretendian hacerse obedecer de las nubes, llamaron á los huracanes y á los «aguaceros de piedra (4)» pidiéndoles auxilio, y cogieron hojas de todas las especies de árboles del país, y las cocieron á fuego lento, en tanto

(1) 3,250 litros.

(2) Mas de 8 toneladas de hierro.

(3) Cerca de 41,350 litros.

(4) Así llaman los negros al granizo.



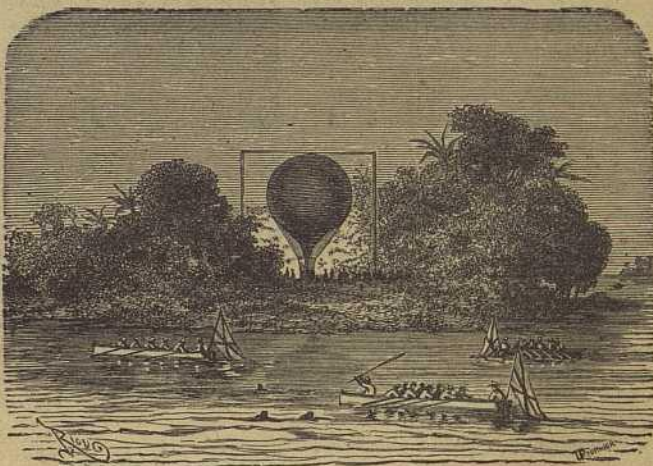
Hinchán el globo sostenido por sacos de tierra.

que atravesaban con una larga aguja el corazón de un carnero. Pero, á pesar de todas sus ceremonias, el cielo permaneció sereno y puro, como si se burlase de su carnero y de sus gestos.

Entonces los negros se entregaron á furiosas orgías, embriagándose con «tembo,» aguardiente que se extrae del cocotero, ó con una cerveza sumamente capital, llamada «togwa.» Sus cantos, sin melodía

apreciable, pero cuyo ritmo es muy exacto, duraron hasta muy entrada la noche.

A cosa de las seis, una última comida reunió á los viajeros alrededor de la mesa del comandante y de sus oficiales. Kennedy, á quien nadie dirigía pregunta alguna, murmuraba en voz baja palabras incomprensibles, con la mirada clavada constantemente en el doctor Fergusson.



Las embarcaciones no dejaron de surcar el canal.

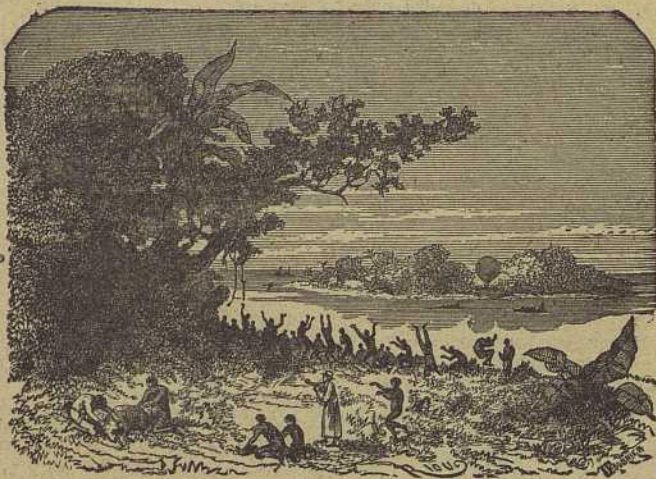
La comida fue triste. La aproximación del momento supremo inspiraba á todos penosas reflexiones. ¿Qué reservaba el destino á aquellos audaces viajeros? ¿Volverían á hallarse en medio de sus amigos, á sentarse junto al hogar doméstico? Si les llegaban á faltar los medios de transporte, ¿qué sería de ellos en el seno de tribus feroces, en aquellas comarcas inexploradas, en medio de desiertos inmensos?

Estas ideas, vagas hasta entonces, en las cuales se fijaban todos poco, en aquel momento asaltaban las imaginaciones sobrecitadas. El doctor Fergusson,

siempre frío, siempre impasible, habló de varias cosas para disipar aquella tristeza comunicativa, pero fueron vanos sus esfuerzos.

Como se temía alguna demostración contra la persona del doctor y de sus compañeros, los tres se quedaron á dormir á bordo del *Resolute*. A las seis de la mañana salieron de su camarote y se trasladaron de nuevo á la isla de Koumbeni.

El globo se balanceaba ligeramente al soplo del viento del Este. Los sacos de tierra que le retenían habían sido reemplazados por veinte marineros.



Entonces los negros se entregaron á furiosas orgías.

comandante Pennet y sus oficiales asistían á aquella solemne marcha.

En aquel momento Kennedy se dirigió al doctor, le cogió la mano y le dijo:

—¿Es cosa decidida tu marcha, Samuel?

—Muy decidida, mi querido Dick.

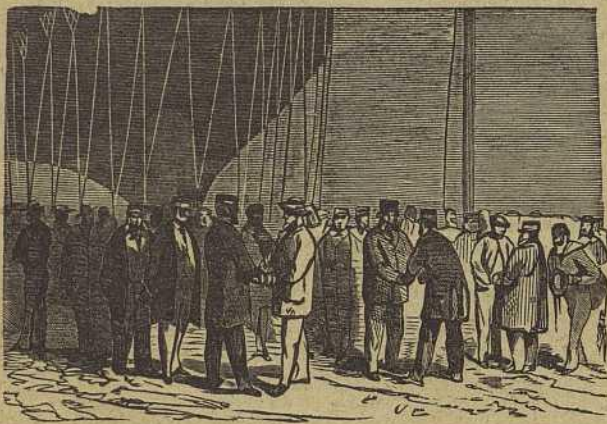
—¿He hecho yo cuanto de mi dependía para impedir este viaje?

—Todo.

—Entonces tengo sobre el particular la conciencia tranquila, y te acompaño.

—Ya lo sabía, respondió el doctor, dejando ver en su semblante una conmoción rápida.

Llegó el instante de los últimos adioses. El comandante y los oficiales abrazaron con efusión á sus intrépidos amigos, sin exceptuar á Joe, que estaba muy



La despedida.

bueno y satisfecho. Todos quisieron tener la honra de que el doctor Fergusson les diese un apretón de manos.

A las nueve los tres compañeros de viaje tomaron su puesto en la barquilla. El doctor encendió su soplete, y aplicó la llama de modo que produjese un calor rápido. El globo, que se mantenía junto al suelo en perfecto equilibrio, empezó á levantarse á los pocos minutos. Los marineros tuvieron que aflojar un poco las cuerdas que la retenían. La barquilla se elevó unos 20 pies.

—¡Amigos míos, exclamó el doctor puesto en pie

entre sus dos compañeros, y quitándose el sombrero: demos á nuestro buque aéreo un nombre que le protéja! ¡Llamémosle el *Victoria*!

Resonó un hurra formidable:

—¡Viva la reina! ¡viva Inglaterra!

En aquel momento la fuerza ascensional del aerostático aumentó prodigiosamente. Fergusson, Kennedy y Joe dirigieron un último adiós á sus amigos.

—¡Soltad las cuerdas! exclamó el doctor.

Y el *Victoria* se elevó por los aires rápidamente, mientras en su honor las cuatro piezas de artillería del *Resolute* atronaban el espacio.

CAPITULO XII.

TRAVESIA DEL ESTRECHO.—EL MREIMA.—CONVERSACION DE DICK Y PROPOSICION DE JOE.—RECETA PARA EL CAFE.—EL UZARAMO.—EL DESVENTURADO MAIZAN.—EL MONTE DUTHUMI.—LAS CARTAS DEL DOCTOR.—NOCHE SOBRE UN NOGAL.

El aire era puro, el viento moderado. El *Victoria* subió casi perpendicularmente á una altura de 1,500 pies que fue indicada por una depresion de dos pulgadas menos dos líneas (1) en la columna barométrica.

A aquella elevacion, una corriente mas marcada impelió al globo hácia el Sudeste. ¡Qué magnífico espectáculo se desenvolvía á los ojos de los viajeros! La isla de Zanzibar se ofrecia toda entera á la vista y se destacaba de un color mas oscuro como sobre un vasto planisferio; los campos tomaban la apariencia de muestras de varios colores; y grandes ramilletes de árboles indicaban los bosques y las selvas.

Los habitantes de la isla aparecian como insectos. Los hurras y los gritos se perdian poco á poco en la atmósfera, y los cañonazos del buque vibraban solos en la concavidad inferior del aerostático.

—¡Qué hermoso es todo esto! exclamó Joe, rompiendo por primera vez el silencio.

No obtuvo respuesta. El doctor se ocupaba en observar las variaciones barométricas y en tomar acta de los varios pormenores de su ascension.

Kennedy miraba y no tenia bastantes ojos para verlo todo.

Los rayos del sol, uniendo su calor al del soplete aumentaron la tension del gas. El *Victoria* subió á una altura de 2,500 pies.

El *Resolute* presentaba el aspecto de un barquichuelo, y la costa africana aparecia al Oeste como una inmensa orla de espuma.

—¿No hablais? dijo Joe.

—Miramos, respondió el doctor dirigiendo su anteojo hácia el continente.

—Lo que es yo, si no hablo, reviento.

—Habla cuanto quieras, Joe; nadie te lo impide.

Y Joe hizo para sí un espantoso consumo de onomatopeyas.

Los ¡oh! los ¡ah! los ¡eh! brotaban de sus labios á borbotones.

Durante la travesía del mar, el doctor creyó conveniente mantenerse á aquella elevacion que le permitió observar la costa mas estensamente. El termómetro y el barómetro colgados dentro de la tienda entreabierta, se hallaban sin cesar al alcance de su vista, y otro barómetro, colocado esteriormente, debia servir durante la guardia de noche.

Al cabo de dos horas, el *Victoria*, llevando una velocidad de un poco mas de 8 millas, ganó sensiblemente la costa. El doctor resolvia acercarse á tierra; moderó la llama del soplete, y muy pronto el globo bajó á 300 pies del suelo.

Se hallaba encima del Mreima, nombre que lleva aquella porcion de la costa oriental de Africa. Protegian sus orillas espesos manglares, y la marea baja permitia distinguir sus gruesas raices roidas por los dientes del Océano Indico. Los mégamos que formaban en otro tiempo la linea costanera ondulaban en el horizonte, y al Noroeste el monte Nguru levantaba su pico.

El *Victoria* pasó cerca de una aldea, y el doctor reconoció en la carta que era Kaole. Toda la poblacion reunida lanzaba haullidos de cólera y de miedo, y se dirigieron en vano algunas flechas á aquel monstruo de los aires que se balanceaba magestuosamente encima de todos aquellos imponentes fueros.

El viento se inclinaba al Sur, lo que, lejos de in-

quietar al doctor, le complació, porque le permitió seguir el derrotero trazado por los capitanes Burton y Speke.

Kennedy se habia vuelto al fin tan hablador como Joe, y los dos se enviaban mutuamente sus frases admirativas.

—¡Se acabaron las diligencias! decia el uno.

—¡Y los buques de vapor! decia el otro.

—¡Y los caminos de hierro, respondia Kennedy, que no dejan ver los paisajes que permiten atravesar!

—¡No hay como un globo! exclamaba Joe; se anda sin sentir, y la naturaleza se toma la molestia de desenvolverse ante los ojos.

—¡Qué espectáculo! ¡qué asombro! ¡qué éstasis! ¡un sueño en una hamaca!

—¡Si almorzásemos! dijo Joe, á quien el aire libre daba apetito.

—Es una buena idea, muchacho.

—¡Oh! ¡los preparativos no serán largos! galleta y carne en conserva.

—Y café á discrecion, añadió el doctor. Te permito tomar prestado un poco de calor de mi soplete, que lo tiene de sobra. Así no tendremos que temer un incendio.

—Seria terrible, repuso Kennedy. Estamos como siuviésemos encima un polvorin.

—No tanto, respondió Fergusson, si el gas se inflamase, se consumiría poco á poco, y bajaríamos á tierra, lo que sin duda seria un contratiempo; pero no hay cuidado, nuesro aerostático está cerrado hermáticamente.

—Comamos, pues, dijo Kennedy.

—Comed, señores, dijo Joe, y yo al mismo tiempo que os imito, voy á preparar un café de que me hablareis luego que lo hayais tomado.

El hecho es, repuso el doctor, que Joe, amen de mil virtudes, tiene un talento especialísimo para preparar esta bebida deliciosa, que la compone con una mezcla de varias procedencias que nunca me ha querido dar á conocer.

—Pues bien, mi amo, á la altura en que nos hallamos, puedo confiaros mi receta. Se reduce todo simplemente á mezclar partes iguales de moka, borbon y rio nuñez.

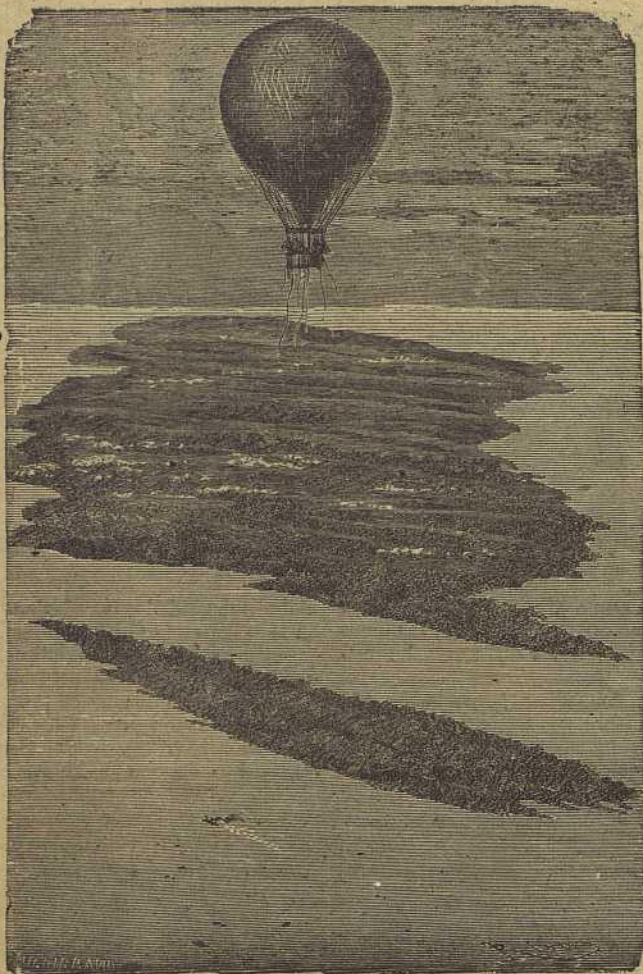
Pocos instantes despues tres humeantes y aromáticas tazas servian de punto final á un almuerzo sustancioso sazonado por el buen humor de los convidados, y luego cada cual volvió á su puesto de observacion.

El país se distinguia por su prodigiosa fertilidad. Senderos tortuosos y estrechos se hundian bajo bóvedas de verdura. Se pasaba por encima de campos cultivados de tabaco, maiz y centeno en completa madurez, y recreaban la vista vastos arrozales con sus tallos rectos y sus flores de color purpúreo. Se distinguian rebaños de carneros y cabras encerrados en grandes jaulas colocadas en alto sobre estacas para volverlas inaccesibles á la voracidad de los leopardos. Una vegetacion espléndida cubria aquel suelo pródigo. En muchas aldeas se reproducian escenas de gritos y asombro á la vista del *Victoria*, y el doctor Fergusson se mantenía prudentemente fuera del alcance de las flechas. Los habitantes, agrupados alrededor de las chozas contiguas, proseguian largo tiempo á los viajeros con sus vanas imprecaciones.

Al medio dia el doctor, consultando su mapa, vió que se hallaba encima del país de Uzaramo (1). La campiña se presentaba erizada de cocoteros, algodones y papagayos sobre los cuales el *Victoria* se cernia magestuosamente. Tratándose de Africa, á Joe aquella vegetacion le parecia muy natural. Kennedy percibia liebres y codornices que parecia que le pedian por favor una perdigonada; pero no quiso com-

(1) Una cinco centímetros. La depresion es á poca diferencia del centimetro por 100 metros de elevacion.

(1) U significa comarca en la lengua del país.



Travesía del Estrecho.

placerlas, pues siendo imposible cobrarlas, no hubiera hecho mas que gastar pólvora en salvas.

Los aeronautas navegaban con una velocidad de 12 millas por hora, y se hallaron luego á los 38° 20' de longitud encima de la aldea de Tounda.

—Allí es, dijo el doctor, donde Burton y Speke fueron acometidos de calenturas violentas y por un instante creyeron su expedicion comprometida. Y sin embargo, se hallaban aun lejos de la costa, pero ya se hacian sentir rudamente las fatigas y las privaciones.

En efecto, reina en aquella comarca una malaria perpétua cuyos ataques el doctor procuró evitar, elevando el globo encima de los miasmas de aquella tierra húmeda de que el sol absorbe las emanaciones.

De cuando en cuando se pudo divisar una caravana que desfilaba en un «kraal» aguardando el fresco de la noche para proseguir su camino. Un «kraal» es un vasto espacio rodeado de espinas, una especie de vallado ó seto vivo, en que los traficantes se ponen al abrigo de los animales dañinos y tambien de las tribus merodeadoras de la comarca. Se veia á los indígenas correr y dispersarse al ver al Victoria. Ken-

nedy deseaba contemplarles de mas cerca, á lo que Samuel se opuso constantemente.

—Los jefes, dijo, están armados de mosquetes, y nuestro globo ofrece un blanco fácil para poner en él una bala.

—Y un balazo ¿echaría abajo el globo? preguntó Joe.

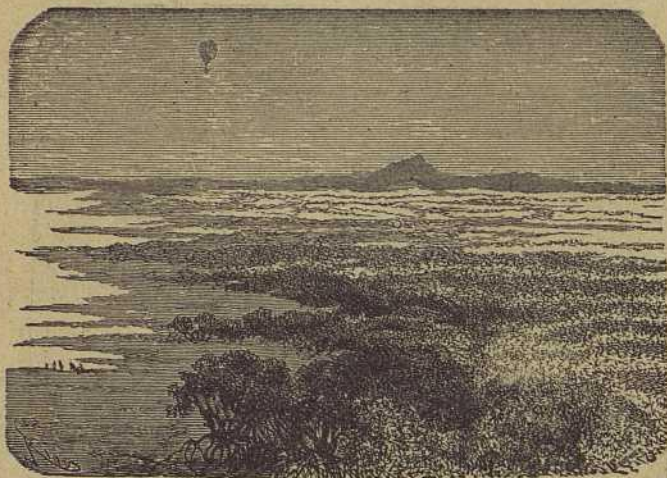
—Inmediatamente, no: pero el agujero se haria grande muy pronto, y por él se escaparia todo el gas.

—Mantengámonos, pues, á una distancia respetuosa de esos tunantes. ¿Qué pensarán de nosotros, viéndonos volar por el aire? Estoy seguro de que desearán adorarnos.

—Que nos adoren, pero de lejos, respondió el doctor. No les quiero ver de cerca. Mirad, el pais toma otro aspecto. Las aldeas son mas escasas; los mangles han desaparecido; á esta latitud su vegetacion se detiene. El terreno se vuelve montuoso y preludia montañas próximas.

—En efecto, dijo Kennedy, me parece que por aquel lado distingo algunas prominencias.

—Hacia el Oeste... son las primeras cordilleras del Ourizara, el monte Duthumi, sin duda detrás del



Victoria ganó insensiblemente la costa

cual espero hallar un punto abrigado para pasar la noche. Voy, pues, á activar la llama del soplete, pues hay precision de mantenernos á una altura de 500 á 600 pies.

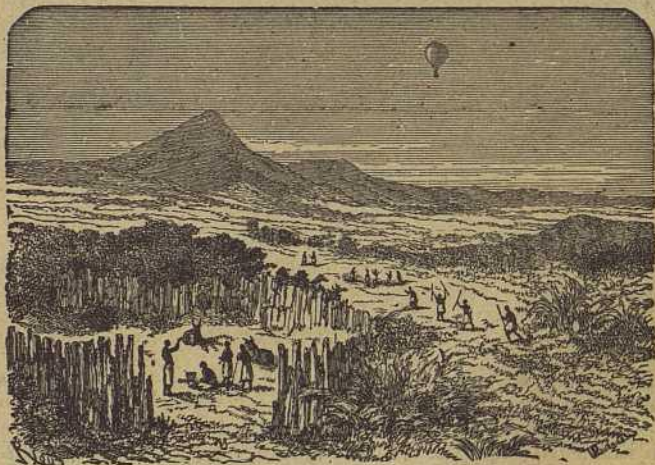
—Es una magnífica idea, señor, la que habeis tenido, dijo Joe; la maniobra no es difícil ni fatigoso, se da vuelta á una llave, y no hay necesidad de mas.

—Aquí estamos mejor, dijo el cazador cuando el

globo hubo subido; la reflexion de los rayos del sol en la arena roja era insoportable.

—¡Qué árboles tan magníficos! exclamó Joe; aunque son una cosa muy natural, son hermosísimos. Con una docena de ellos se podría hacer un bosque.

—Son boabales, respondió el doctor Fergusson. Uno veo cuyo tronco tendrá cien pies de circunferencia. Fue acaso al pie de este mismo árbol donde



Se distinguan rebaños de carneros y cabras.

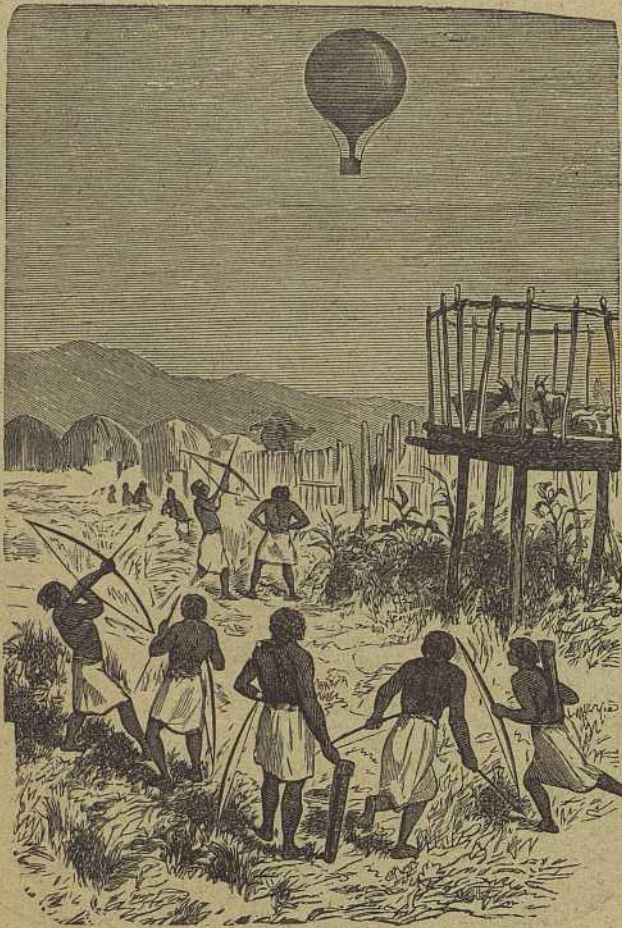
en 1845 pereció el frances Maizan, pues nos hallamos enci na de la aldea de Deje la Mhora, donde él se aventuró á entrar solo, y fue cogido por el jefe de la comarca. Le amarraron al pie de un boabal, y el negro feroz, mientras resonaba el canto de guerra, le cortó lentamente las articulaciones una tras otra, y al llegar á la garganta, se detuvo para afilar su cuchillo embotado, y arrancó la cabeza del desventurado mártir antes que estuviese enteramente cortada. El pobre francés tenia veintiseis años!

—¿Y Francia no ha vengado un crimen semejante? preguntó Kennedy.

—Francia reclamó, y el said de Zanzibar hizo cuanto pudo para apoderarse del asesino, pero todas sus pesquisas fueron inútiles.

—Suplico que no nos detengamos en el camino, dijo Joe: subamos, subamos, mi amo, subamos siempre.

—Con tanta mas razon, Joe, vamos á subir, cuanto que el monte Duthumi se levanta delante de nos-



Vista del país de Uzaramo.

otros. Si mis cálculos son exactos, antes de las siete de la noche lo habremos pasado.

—¿No viajaremos de noche? preguntó el cazador.

—No, mientras podamos evitarlo. Con precauciones y vigilancia, no habría peligro; pero no basta atravesar el Africa, es preciso verla.

—Hasta ahora no tenemos motivo de queja, mi amo. ¡El país mas cultivado y mas fértil del mundo, en lugar del desierto! ¡Creed á los geógrafos!

—Aguarda, Joe. aguarda; veremos mas adelante.

A las seis y media de la tarde, el *Victoria* se encontró delante del monte de Duthumi; y tuvo para salvarlo, que elevarse á mas de 3,000 pies. Al efecto, el doctor no tuvo que hacer mas que elevar la temperatura 18° (1). Bien puede decirse que manobraba con el globo en la mano. Kennedy le indicaba los obstáculos que tenia que sobrepasar, y el *Victoria* volaba por los aires rozando la montaña.

A las ocho, descendía la vertiente opuesta, cuya pendiente era mas suave. Se echaron las anclas fuera de la barquilla, y una de ellas, encontrando las raíces de un enorme nopal, se agarró recientemente.

18° centígrados.

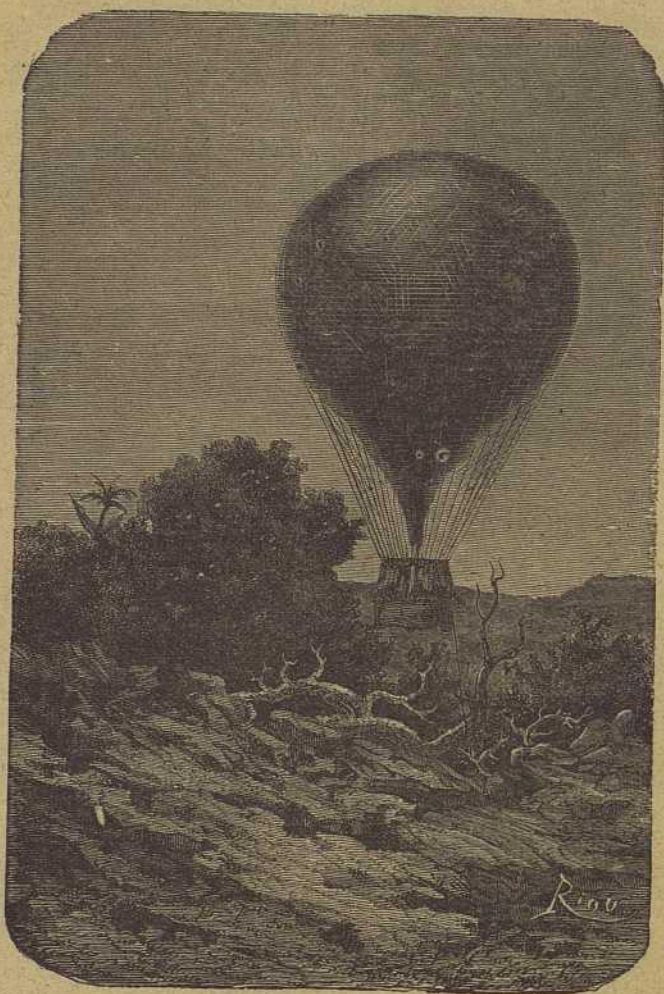
Joe se deslizó por la cuerda y la sujetó con la mayor solidez. Le tendieron la escala de seda; y se encaramó por ella con la agilidad de un mono. El aerostático, al abrigo de los vientos del Este, permanecía casi inmóvil.

Se preparó la cena, y los viajeros escitados por su paseo aéreo, abrieron ancha brecha á sus provisiones.

—¿Cuánto camino hemos andado hoy? preguntó Kennedy tragando enormísimos bocados.

El doctor fijó su posición por medio de observaciones lunares, y consultó la excelente carta que le servía de guía, la cual pertenecía al atlas «der Neuester Entdeckungen in Africa», publicado en Gotha por su sabio amigo Petermann, que se lo habia regalado. Aquel atlas debía servir para todo el viaje del doctor, pues contenia el itinerario de Burton y Speke á los Grandes Lagos, el Soldan segun el doctor Barth, el bajo Senegal segun Lejean, y el Delta del Níger por el doctor Baikie.

Fergusson se hallaba tambien provisto de una obra que en un solo volumen reunia todas las nociones adquiridas sobre el Nilo. Titulábase: «The sources of the Nil, being a general survey of the basin of taht



El globo se sujetó á una rama de nopal.

river ad of ils heab stream with the history of the Nilotic discovery by Charles Beke, th. D.»

Poseía igualmente las excelentes cartas publicadas en los Boletines de la sociedad de Londres, y no podía escapársele ningún punto de las comarcas descubiertas.

Consultando su carta, vió que su rumbo latitudinal era de 2° ó 120 millas hacia el Oeste (1).

Notó Kennedy que el rumbo era hacia el Mediodía. Pero esta dirección satisfacía al doctor, el cual quería reconocer en cuanto fuese posible las huellas de sus predecesores.

Se resolvió relevarse los tres en la vigilancia nocturna, á fin de ir atendiendo cada cual sucesivamente á la seguridad de los otros dos. El doctor debió entrar de guardia á las nueve. Kennedy á las doce y Joe á las tres.

Así, pues, Kennedy y Joe, envueltos en sus mantas, se tendieron bajo la tienda y durmieron á pierna suelta, mientras velaba el doctor Fergusson.

(1) 50 leguas.

CAPITULO X.I.

VARIACIONES DE TIEMPO.—CALENTURA DE KENNEDY.—
LA MEDICINA DEL DOCTOR.— VIAJE POR TIERRA.—EL
VALLE IMENGÉ.—EL MONTE RUB.—A 6,000 PIES.
—UN ALTO DEL DÍA.

La noche fue pacífica. Sin embargo, el sábado por la mañana Kennedy al despertarse, se quejó de quebrantamiento y calofríos. El tiempo variaba; el cielo, cubierto de nubes, parecía prepararse para un nuevo diluvio. Zungomero es un triste país, en que llueve continuamente, exceptuando tal vez unos quince días del mes de enero.

Notó una violenta lluvia en envolver á los viajeros, que veían desde su altura los caminos cortados por «nullabs», especie de torrentes momentáneos. Estaban por esta razón impracticables, y aparecían además cubiertos de maleza y de enredaderas gigantescas. Se percibían distintamente las emanaciones del hidrógeno sulfurado, de que habla el capitán Burton.

—Según él, dijo el doctor, y tiene razón, es de

creer que detrás de cada matorral se oculte un cadáver.

—Es un maldito país, respondió Joe, y me parece que el señor Kennedy se siente mal por haber pasado en él la noche.

—En efecto, tengo una calentura bastante fuerte, dijo el cazador.

—Nada tiene de particular, mi querido Dick; nos hallamos en una de las regiones mas insalubres de Africa. Pero no permaneceremos en ella mucho tiempo. En marcha.

Gracias á una diestra maniobra de Joe, se desenganchó el ancla, y por medio de la escala, el hábil guñasta volvió á subir á la barquilla. El doctor dilató considerablemente el gas, y el *Victoria* remontó su vuelo, impelido por un viento bastante fuerte.

Aparecía una que otra choza en medio de aquella niebla pestilencial. El país variaba de aspecto. Con frecuencia en Africa una region mítica y de poca estension confina con comarcas perfectamente salubres.

Kennedy sufría visiblemente, y la calentura abatía su vigorosa naturaleza.

—Sería mala cosa caer enfermo, dijo envolviéndose en su manta y echándose bajo la tienda.

—Un poco de paciencia, mi querido Dick, respondió el doctor Fergusson, y pronto recobrarás completamente la salud.

—¡Ojalá! Samuel; si en tu botiquín de viaje tienes alguna droga para curarme, adminístramela sin perder tiempo. La tragaré á ojos cerrados.

—Tengo un medicamento mejor que todas las drogas, amigo Dick, y voy naturalmente á darle un febrífugo que no costará nada.

—¿Y cómo lo harás?

—Muy sencillamente. Voy á subir encima de estas nubes que nos envuelven, y á alejarnos de esta atmósfera pestilencial. Diez minutos te pido para dilatar el hidrógeno.

No habian transcurrido los diez minutos cuando los viajeros estaban ya fuera de la zona húmeda.

—Aguarda un poco, Dick, y vas á experimentar la influencia del aire puro y del sol.

—¡Vaya un remedio! dijo Joe. ¡Pero es maravilloso!

—¡No! es muy natural.

—Ya sé yo que no es natural.

—Envío á Dick á tomar aires, como se hace todos los dias en Europa, y del mismo modo que en la Martinica le enviaré á los Pitons (1) para librarle de la fiebre amarilla.

—La verdad es que este globo es un paraíso, dijo Kennedy ya mas aliviado.

—O por lo menos conduce á él, respondió Joe con gravedad.

Era un espectáculo curioso el que ofrecían las nubes aglomeradas en aquel momento debajo de la barquilla. Rodaban unas sobre otras, y se confundían en un resplandor magnífico reflejando los rayos del sol. El *Victoria* llegó á una altura de 4,000 pies. El termómetro indicaba algun descenso en la temperatura. No se veía ya la tierra. A unas 50 millas al Oeste, el monte Rubeho levantaba su cabeza centelleante. Formaba el límite del país de Ugogo á los 36° 20' de longi. ud. El viento sopla con una velocidad de 25 millas por hora; pero los viajeros no se apercebían de su rapidez, ni tenían siquiera el sentimiento de la locomoción.

Tres horas después, la predicción del doctor se realizaba. Kennedy no experimentaba ningun calor, y almorzó con apetito.

—¿Y que aun haya quien tome sulfato de quinina! dijo con satisfacción.

—Decididamente, exclamó Joe, aquí es donde me retiraré cuando sea viejo.

(1) Montaña elevada de la Martinica.

A cosa de las diez de la mañana, se despejó la atmósfera. Se hizo un agujero en las nubes, la tierra reapareció, y el *Victoria* se acercó á ella insensiblemente. El doctor Fergusson buscaba una corriente que le llevase mas al Nordeste, y la encontró á 600 pies del suelo. El país se volvía accidentado y hasta montuoso. Al Este, el distrito de Zungomero se borraba con los últimos cocoteros de aquella latitud.

Luego las crestas de una montaña se presentaron mas acentuadas. Algunos picos se levantaban en distintos puntos del horizonte. Era menester costear á cada instante los conos agudos que salían al parecer como improvisados.

—Nos hallamos entre las rompientes, dijo Kennedy.

—Estad tranquilo, Dick, no tropezaremos.

—¡Hermosa manera de viajar! replicó Joe.

En efecto, el doctor manejaba su globo con una destreza maravillosa.

—Si viviésemos que andar, dijo, por este terreno encharcado, nos arrastraríamos por un lodo insalubre. Desde nuestra salida de Zanzibar hasta llegar donde estamos, la mitad de nuestras bestias de carga habrían muerto de fatiga, nosotros seríamos espectros, y llevaríamos la desesperación en el alma. Escribamos en incesante lucha con nuestros guías, y espuestos á su brutalidad desenfrenada. Durante el día, nos agobiaria un calor húmedo, insoportable, sofocante. Durante la noche, experimentaríamos un frío con frecuencia intolerable, y acabarían con nuestra paciencia las picaduras de ciertas moscas, cuyo aguijón atravesaba la tela mas gruesa, y es capaz de volver loco á cualquiera. ¡Y no digo nada de las bestias salvajes y de las tribus feroces!

—¡Dios nos libre de unas y otras! replicó simplemente Joe.

—No exagero nada, repuso el doctor Fergusson, pues no se pueden leer las narraciones de los viajeros que han tenido la audacia de penetrar en estas comarcas sin que se llenen los ojos de lágrimas.

A cosa de las once, se pasaba el valle de Imengé; las tribus que coronaban sus colinas amenazaban en vano con sus armas al *Victoria*, que llegaba, en fin, á las últimas ondulaciones montuosas que preceden al Rubeho, y forman la tercera y mas elevada cordillera de las montañas de Usagara.

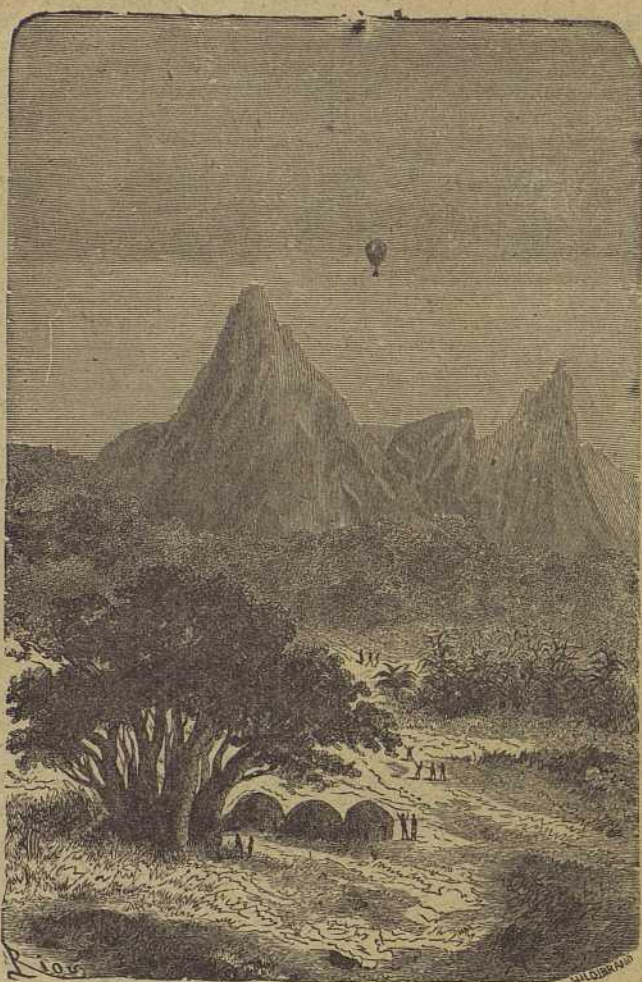
Los viajeros se daban perfectamente cuenta de la conformación orográfica del país. Aquellas tres ramificaciones, de que el Duthumi forma el primer eslabon, estaban separadas una de otra por vastas llanuras longitudinales, y las elevadas lomas se componen de conos redondeados, entre los cuales las gargantas están sembradas de pedruscos erráticos y de guijarros. El mas rápido declive de aquellas montañas está delante de la costa de Zanzibar, y las pendientes occidentales no son mas que llanuras inclinadas. Las depresiones del terreno están cubiertas de una tierra negra y fértil en que la vegetación es vigorosa. Varios riachuelos se infiltran hacia el Este, y afluyen en el Kingani, en medio de gigantescos ramilletes de sicomoros, tamarindos, guayabas y palmeras.

—¡Atencion! dijo el doctor Fergusson. Nos acercamos al Rubeho, cuyo nombre significa en la lengua del país: «Paso de los vientos.» Haremos bien en doblar á cierta altura los agudos picachos. Si mi carta es exacta, vamos á subir á una elevación de mas de 5,000 pies.

—¿Tendremos que llegar con mucha frecuencia á estas zonas superiores?

—Rara vez, la altura de las montañas de Africa es menor, segun parece, que la de las de Europa y Asia. Pero de todos modos, el *Victoria* las salvará sin dificultad alguna.

En poco tiempo se dilató el gas bajo la acción del



El monte Rubeho.

calor, y el globo tomó una marcha ascensional muy pronunciada. La dilatación del hidrógeno no ofrecía ningún peligro, y la vasta capacidad del aerostático no estaba llena mas que hasta las tres cuartas partes. El barómetro, por una depresión de unas 8 pulgadas, indicó una elevación de 6,000 pies.

—¿Podríamos estar subiendo así mucho tiempo? preguntó Joe.

—La atmósfera terrestre, respondió el doctor, tiene una altura de 6,000 toesas. Con un globo muy grande se iría lejos, como fueron MM. Brioschi y Gay-Lussac, pero entonces echaron sangre por la boca y los oídos. Faltaba aire respirable. Años atrás, MM. Barral y Bixio se lanzaron también á las altas regiones, pero el globo se rompió...

—¿Y cayeron? preguntó al momento Kennedy.

—Sin duda, pero como deben caer los sabios, sin hacerse ningún daño.

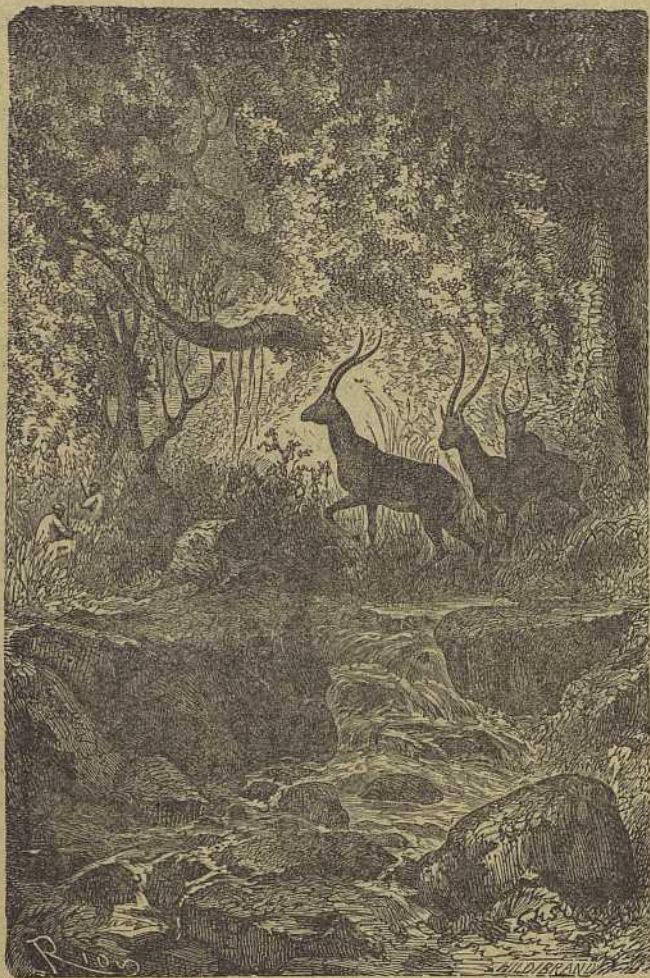
—¿Pues bien, señores sabios, dijo Joe, volved á caer cuantas veces lo tengais por conveniente! lo que es yo, que no soy mas que un ignorante, prefiero permanecer en un justo medio modesto, ni demasiado alto, ni demasiado bajo. No quiero ser ambicioso.

A 6,000 pies, la densidad del aire ha disminuido ya sensiblemente; se trasporta allí el sonido con dificultad, y la voz se oye mucho menos. Los objetos se ven confusamente. La mirada no percibe mas que grandes moles no bien determinadas; los hombres y los animales son absolutamente invisibles, y los caminos aparecen como cintas y los lagos como estanques.

El doctor y sus compañeros se hallaban en un estado anormal; y una corriente atmosférica de una velocidad suma les arrastraba mas allá de las montañas áridas, cuyas cimas coronadas de nieve deslumbraban; su aspecto convulsionado demostraba algún trabajo neptuniano de los primeros días del mundo.

El sol brillaba en el cenit, y sus rayos caían á plomo sobre aquellas desiertas cimas. El doctor tomó una copia exacta de las montañas, formadas de cuatro cumbres distintas casi en línea recta, de las cuales la mas septentrional era la que mas se prolongaba.

El *Victoria* descendió luego la vertiente opuesta del Rubeho, costeando una llanura poblada de árboles de un verde muy sombrío. A esta llanura sucedieron crestas y barrancos colocados en una especie de desierto que precedía al país de Ugogo. Mas abajo



La caza de antilopej.

se presentaban llanuras amarillentas, tostadas, agrietadas, salpicadas á trechos de plantas salinas y de matorrales espinosos.

Algunos bosquecillos, que fueron mas adelante verdaderas selvas, embellecieron el horizonte. El doctor se aproximó á tierra, se echaron las anclas, y una de ellas quedó luego agarrada á las ramas de un corpulento sicomoro.

Joe, deslizándose rápidamente, sujetó el ánclora con precaucion, y el doctor dejó el soplete en actividad para conservar al aerostático cierta fuerza ascensional que le mantuvo en el aire. El viento quedó en calma casi súbitamente.

—Ahora, amigo Dick, dijo Fergusson, coge dos fusiles, uno para tí, otro para Joe, y procurad entre los dos traer algunas buenas magras de antilope para la comida de hoy.

—¡De caza! exclamó Kennedy.

Echó la escala y bajó. Joe fue brincando de una á otra rama y aguardó desperezándose á Kennedy. El doctor, aliviado del peso de sus dos compañeros, pudo apagar enteramente su soplete.

—No os echeis á volar, mi amo, exclamó Joe.

—Puedes estar tranquilo, muchacho, estoy sólida-

mente anclado. Voy á poner en orden mis apuntes. Cazad bien y sed prudentes. Yo desde aquí observaré el pais, y á la menor sospecha que conciba dispararé la carabina. El tiro será la señal de reunion.

—Corriente, respondió el cazador.

CAPITULO XIV.

EL BOSQUE DE GOMEROS.—EL ANTILOPE BLANCO.—LA SEÑAL DE REUNION.—UN ASALTO INESPERADO.—EL KANYENYE.—UNA NOCHE AL AIRE.—EL MAHUMBURU.—JIHOUE LA MKOA.—PROVISION DE AGUA.—LLEGADA A KANCH.

El pais, árido, seco, formado de una tierra arcillosa que el calor agrietaba, parecia desierto. A trechos se encontraban algunos vestigios de caravanas, osamentas blanqueadas de hombres y de bestias, medio roídas, y confundidas en el mismo polvo.

Dick y Joe, despues de una media hora de marcha, se internaron en un bosque de gomerós, con los ojos en acecho y el dedo en el gatillo de la escopeta. No sabian con quién tendrían que habérselas. Joe, sin

ser un tirador de primera, manejaba bien un arma de fuego.

—Este paseo nos conviene, señor Dick, y sin embargo, el terreno que pisamos no es muy cómodo, dijo Joe tropezando con los fragmentos de cuarzo de que estaba sembrado el suelo.

Kennedy indicó con un gesto á su compañero que callase y se detuviese. Faltaban perros, y la agilidad de Joe, por mucha que fuese, no equivalía al olfato de un pacho ó de un podenco.

En el lecho de un torrente, en que quedaban algunas aguas estancadas, estaba bebiendo un grupo compuesto de diez antílopes. Aquellos graciosos animales, oliendo un peligro, parecían inquietos; á cada sorbo de agua que bebían levantaban la cabeza con azoramiento, husmeando con sus narices móviles las emanaciones de los cazadores.

Kennedy fue rodeando por algunos espesillos, en tanto que Joe permanecía inmóvil. Llegó á tiro de los antílopes, y disparó su escopeta. El grupo desapareció en un abrir y cerrar de ojos, quedando allí solamente un antílope macho que cayó como herido de un rayo. Kennedy se precipitó contra su víctima.

Era un *blawe-bock*, un magnífico animal de un azul claro, casi blanco, con el vientre y la parte anterior de las piernas de una blancura deslumbradora.

—¡Buen tiro! exclamó el cazador. Es una especie de antílope muy raro, y quiero preparar su piel para conservarla.

—¿Qué estás diciendo, señor Dick?

—Lo que oyes; ¡mira qué pelaje tan espléndido!

—Pero el doctor Fergusson no admitirá un exceso de peso.

—¡Tienes razón, Joe! Triste cosa es, sin embargo, no aprovechar nada de una pieza tan magnífica.

—¿Nada? No, señor Dick; vamos á sacar del animal todas las ventajas nutritivas que posee, y con vuestro permiso, lo haré ahora mismo pedazos tan bien como pudiera hacerlo el síndico de la ilustre corporación de cortadores de Londres.

—Pues ya puedes empezar, camarada; aunque no ignorarás que, á fuer de cazador, sé desollar una res como sé matarla.

—Estoy de ello seguro, señor Dick, como lo estoy también de que, en menos que canta un gallo, con tres piedras armareis un hornillo. Leña seca no falta, y si echais un poco de lumbre, vereis cuán pronto haremos chillar la carne en las ascuas.

—La operación no es larga, replicó Kennedy.

Y procedió á la construcción del hornillo, de que algunos instantes después salían numerosas llamas.

Joe sacó del cuerpo del antílope una docena de chuletas y pedazos de lomo, que se convirtieron muy pronto en un asado delicioso.

—El amigo Samuel, dijo el cazador, se va á chupar los dedos de gusto.

—¿Sabeis en lo que estoy pensando, señor Dick?

—¿En qué has de pensar mas que en lo que estás haciendo?

—Pues, no señor. Pienso en la cara que pondríamos si no encontráramos el globo.

—¡Vaya una ocurrencia! ¿había el doctor de abandonarnos?

—¿Pero y si se desenganchara el ancla?

—Imposible. Y aunque se desenganchara, ya sabría Samuel bajar con su globo.

—¿Pero y si el viento se lo llevase?

—Mala cosa sería; pero no hagas semejantes suposiciones que nada tienen de agradable.

—No hay nada imposible en este mundo, señor, y por tanto preciso preverlo todo...

En aquel mismo momento se oyó un tiro.

—¡Oh! gritó Joe.

—¡Mi carabina! conozco su estampido.

—¡Una señal!

—¡Un peligro que nos amenaza!

—¡A él tal vez! replicó Joe.

—¡En marcha!

Los cazadores recogieron en un momento la carne que había asado, y empezaron á desandar su camino, guiándose por las ramas que Kennedy había esparcido con intención. Lo muy espeso de la arboleda les impedía percibir el *Victoria* del cual no podían estar lejos.

Se oyó un segundo disparo.

—La cosa apremia, dijo Joe.

—¡Otro tiro!

—Eso tiene trazas de una defensa personal.

—¡Corramos!

Y echaron á correr con todo el vigor de sus piernas. Al salir del bosque, vieron el *Victoria*, con el doctor en la barquilla.

—¿Qué pasa, pues? preguntó Kennedy.

—¡Gran Dios! exclamó Joe.

—¿Qué hay?

—¡Mirad! ¡Una caterva de negros que asaltan el globo.

En efecto, á la distancia de 2 millas de donde ellos estaban, vieron unos treinta individuos que brincaban al pie del sicomoro. Algunos, encaramándose por el árbol, subían hasta las ramas mas altas. El peligro parecía inminente.

—¡Mi amo está perdido, exclamó Joe.

—¡Calma, Joe, apuntar bien! En nuestras manos tenemos la vida de cuatro de esos monigotes. ¡Adelante!

Habían corrido una milla con una rapidez suma, cuando partió de la barquilla otro tiro que echó abajo á un animalazo que se encaramaba por la cuerda del áncora. Un cuerpo sin vida cayó de rama en rama, y á 20 pies del suelo quedó colgado, con las piernas y los brazos abiertos.

—¿Por dónde diablos se sostiene ese bárbaro? exclamó Joe.

—¿Qué nos importa? respondió Kennedy. ¡Corramos! ¡Corramos!

—¡Ah! señor Kennedy, exclamó Joe sin poder contener la risa. ¡Qué rabo tienen! ¡es un mono! ¡un asalto de monos!

—Mejor, mas vale que sean monos que hombres, replicó Kennedy, precipitándose en medio del asaltador enjambre.

Era una chusma de cinocéfalos bastante terribles, feroces y brutales, dotados de un hocico de perro que les daba un aspecto repugnante. Sin embargo, unos cuantos tiros bastaron para obligarles á levantar el sitio y abandonar el campo de batalla en que dejaron no pocos cadáveres.

Kennedy se encaramó por la escala. Joe subió al sicomoro, desenganchó el áncora, y bajándose la barquilla, subió á ella sin dificultad. Algunos minutos después, el *Victoria* volvía á remontarse y se dirigía hácia el Este á impulsos de un viento moderado.

—¡Vaya un asalto! dijo Joe.

—Creíamos que estabas sosteniendo un sitio contra indígenas.

—Afortunadamente no eran mas que monos, respondió el doctor.

—De lejos, la diferencia no es grande, amigo Samuel.

—Ni de cerca tampoco, replicó Joe.

—Ello es, repuso Fergusson, que las consecuencias del ataque podían ser funestas. Si con sus sacudimientos repetidos llegan á desenganchar el áncora, no sé dónde me hubiera llevado el viento.

—No os lo decía yo, señor Kennedy?

—Tenías razón, Joe, lo que no impedía que en aquel momento estuvieses dorando el fuego unas su-

culentas magras de antilope que me abrieron el apetito.

—Lo creo, respondió el doctor; la carne de antilope es esquísima.

—Ahora vamos á probarla, señor; la mesa está puesta.

—En verdad, dijo el cazador, que esas tajadas de venado echan un humillo montaraz que dá gusto.

—¡Y tanto! respondió Joe con la boca llena. Yo me comprometería á no comer mas que antilope en todos los dias de mi vida, con tal que no me faltase un buen vaso de grog para digerirlo mas fácilmente.

Joe preparó la codiciada pócima, y los tres la paladearon con recogimiento.

—La cosa marcha, dijo.

—A pedir de boca, respondió Kennedy.

—¿Qué tal, señor Dick? ¿sentís habernos acompañado?

—¿Quién era capaz de impedírmelo? respondió el cazador resueltamente.

Eran entonces las cuatro de la tarde. El *Victoria* encontró una corriente mas rápida. El terreno se elevaba insensiblemente, y luego la columna barométrica indicó una altura de 1,500 pies sobre el nivel del mar. El doctor se vió entonces obligado á sostener su aerostático por una dilatación de gas bastante fuerte, y el soplete funcionaba incesantemente.

A cosa de las siete, el *Victoria* se cernía sobre la cuenca de Kanyemé. El doctor reconoció al momento aquel vasto desmonte de 6 millas, con sus aldeas ocultas entre boabales y guayavos. Allí está la residencia de uno de los sultanes del país del Ugogo, donde está menos atrasada la civilización, y se comercia rara vez con carne humana; pero hombres y animales viven todos juntos en miserables chozas sin armazon de madera que parecen baces de heno.

Cerca de Kanyemé, el terreno se va haciendo árido y pedregoso, pero á una hora de distancia, cerca de Mbaburo, hay un valle fértil que en la vegetación recobra todo su vigor. El viento cayó al anochecer, y la atmósfera pareció dormirse. El doctor buscó en vano una corriente á diferentes alturas, y al ver la calma de la naturaleza, resolvió pasar la noche en el aire, y para mayor seguridad, se elevó cosa de 1,000 pies. El *Victoria* permanecía inmóvil, y la noche magníficamente estrellada, fue silenciosa.

Dick y Joe se echaron pacíficamente envueltos en su manta, y durmieron de un tiron todo el tiempo que estuvo el doctor de guardia, hasta que éste fue reemplazado por el escocés.

—Si sobreviene cualquier incidente, dijo á Dick, despiértame, y sobre todo no pierdas de vista el barómetro. El barómetro es nuestra brújula.

La noche fue fría, habiendo entre su temperatura y la del dia la diferencia de 27° (1). Con las tinieblas habia empezado el concierto nocturno de animales, á quienes la sed y el hambre obligaban á abandonar sus guaridas. Las ranas hicieron oír su voz de soprano, acompañada de los ahullidos de los chacales, en tanto que en aquella orquesta viviente hacia el papel de bajo profundo algun leon que atronaba el espacio.

Por la mañana, al volver á su puesto, el doctor Fergusson consultó su brújula, y notó que durante la noche habia variado el viento. Hacia cosa de dos horas que el *Victoria* derivaba unas 30 millas hacia el Nordeste. Pasaba por encima de Mabunguru, país pedregoso, sembrado de sapearos ó ciánitas perfectamente pulimentadas, y de abolladuras de rocas que afectaban la forma de sillas de montar; moles cónicas análogas á los peñascos de Karnack, erizaban el terreno á manera de construcciones drúidicas; blanqueaban á trechos numerosas osamentas de búfalos

y elefantes, y esceptuando la parte del Este, en que se levantaban profundos bosques, bajo los cuales se ocultaban algunas aldeas, habia pocos árboles.

A cosa de las siete, una roca esférica, que tendria dos millas de estension, apareció como una inmensa concha de galápagos.

—Llevamos buen camino, dijo el doctor Fergusson. Allí está Jihoue-la-Mkoa, don le vamos á detenernos un rato. Quiero rehacer la provision de agua que necesitamos para alimentar mi soplete, y hemos de ver dónde echamos el ancla.

—Pocos árboles hay, respondió el cazador.

—Probemos. Echa las áncoras, Joe.

El globo, perdiendo poco á poco en fuerza ascensional, se acercó á tierra, echáronse las anclas, una de ellas hincó una uña en la hendidura de una roca, y el *Victoria* permaneció sujeto.

No se crea que el doctor durante sus altos pudiese apagar completamente el soplete. El equilibrio del globo habia sido calculado al nivel del mar, y como el país iba siempre elevándose y se hallaba á una altura de 600 á 700 pies, el globo habia tenido una tendencia á descender mas abajo aun que el mismo terreno, por lo que era preciso sostenerle por medio de una dilatación del gas. Solo en el caso de faltar completamente el viento, el doctor habria podido dejar la barquilla descansando en el suelo, y entonces el aerostático, libre de un peso considerable, se habria mantenido en el aire sin ayuda del soplete.

Las cartas indicaban vastas ciénagas en la vertiente occidental de Jihoue-la-Mkoa. Joe se dirigió allí solo con un barril que podria contener unos 10 galones: encontró sin trabajo el punto indicado, no lejos de un lugarejo desierto, hizo su provision de agua, y en menos de tres cuartos de hora estuvo ya de vuelta. Nada mas habia visto de particular que algunas trampas para coger elefantes, y estuvo próximo á caer en una de ellas, en que yacia un esqueleto medio roído.

Trajo de su escursión una especie de níscolas que los monos comian ávidamente. El doctor reconoció el fruto del «mbembú» árbol que abunda mucho en la parte occidental de Jihoue-la-Mkoa. Fergusson aguardaba á Joe con impaciencia, porque en aquella tierra inhospitalaria una detencion por breve que fuese le inspiraba siempre zozobras.

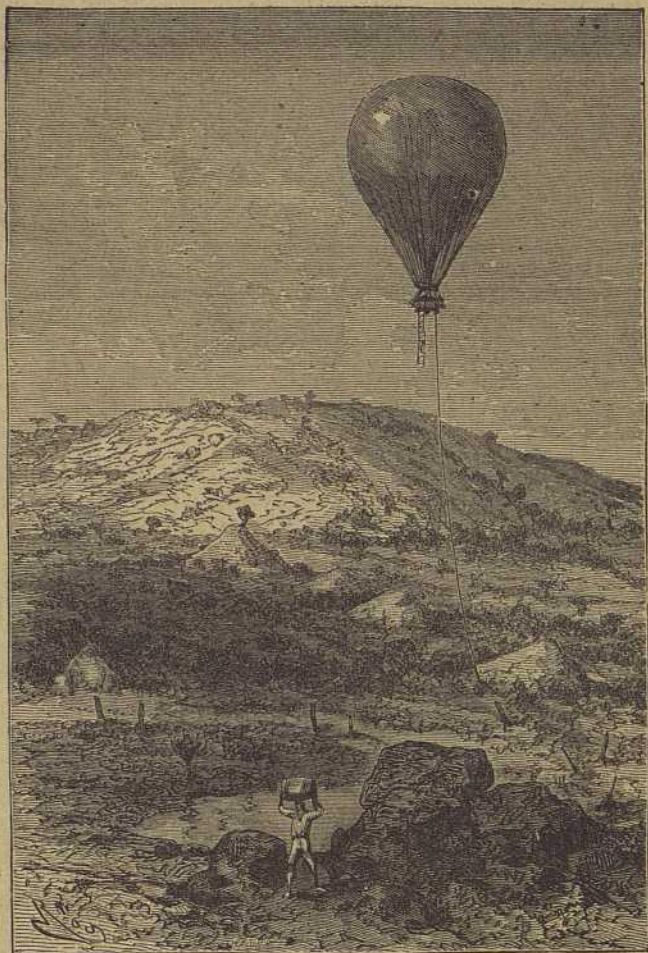
Se hallaba entonces á unas 100 millas de Kazeh, importante establecimiento del interior de Africa, donde, gracias á una corriente de Sudeste, podian prometerse los viajeros llegar durante aquel dia. Andaban con una velocidad de 14 millas por hora. La conduccion del aerostático se hizo entonces bastante difícil, no siendo posible elevarse á grande altura sin dilatar escesivamente el gas, porque el país se hallaba ya á una elevación media de 3,000 pies. Y el doctor preferia en lo posible no forzar su dilatación, por lo que siguió muy hábilmente las tortuosidades de una pendiente bastante pína, y pasó casi rozando las aldeas de Thembo y de Tura-Wels. Esta última forma parte del Unyamwezy, magnífica comarca, en que alcanzan los árboles las mas colosales dimensiones, especialmente los cactós, que son gigantescos.

A cosa de las dos, estando el tiempo magnífico, y bajo un sol de fuego que devoraba la menor corriente de aire, el *Victoria* se cernía sobre la ciudad de Kazeh, situada á 350 millas de la costa.

—Partimos de Zanzíbar á las nueve de la mañana, dijo el doctor Fergusson consultando sus notas, y en dos dias de travesía hemos recorrido por nuestras desviaciones mas de 500 millas geográficas (1). En andar el mismo camino los capitanes Burton y Speke invirtieron cuatro meses y medio.

(1) Cerca de 200 leguas.

(1) 14° centígrados.



Joe se dirigió allí solo con un barril.

CAPÍTULO XV.

KAZEH — EL MERCADO BULLICIOSO. — APARICION DEL «VICTORIA». — LOS WANGANGAS. — LOS HIJOS DE LA LUNA. — PASEO DEL DOCTOR. — POBLACION. — EL TEMBÉ REAL. — LAS MUJERES DEL SULTÁN. — UNA BORRACHE-RA REAL. — JOE ADORADO. — CÓMO SE BAILA EN LA LUNA. — PERIPECIA. — DOS LUNAS EN EL FIRMAMENTO. — INESTABILIDAD DE LAS GRANDEZAS DIVINAS.

Hablando con propiedad, Kazeh, punto importante del África central, no es una ciudad; el interior del África no tiene ciudades. Kazeh no es mas que un conjunto de seis escavaciones, en que hay encerradas barracas, chozas de esteras, con patios y huertecillos cuidadosamente cultivados en que se dan abundantemente cebollas, patatas, berengenas, calabazas y setas de un sabor delicioso.

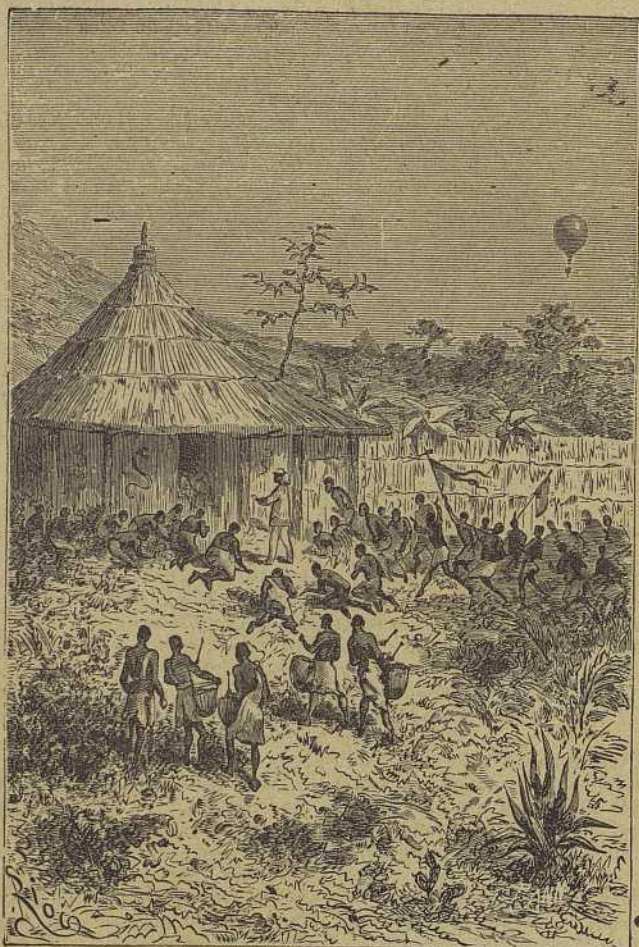
El Unyamwezy es la tierra de la Luna por excelencia, es el parque fértil y espléndido de África en cuyo centro se encuentra el distrito de Unyanembé, comarca deliciosa en que vegetan muellemente algunas familias de Omani, que son árabes de origen muy puro.

Se han dedicado durante mucho tiempo al comercio en el interior de África y en la Arabia; han traficado con gomas, marfil, telas de algodón y esclavos; sus caravanas surcaban aquellas regiones ecuatoriales, y aun ahora van á buscar los objetos de lujo y de placer para aquellos mercaderes enriquecidos, que, en medio de mujeres y criados, llevan en aquella encantadora comarca una existencia lo menos agitada y mas horizontal posible, siempre echados, riendo, fumando ó durmiendo.

Alrededor de aquellas escavaciones, numerosas barracas de indígenas, vastos mercados, campos de canabina y de cutroa, hermosos árboles y frescas sombras, hé aquí Kazeh.

Kazeh es el punto de cita general de las caravanas á que acuden los del Sur, con sus esclavos y cargamentos de marfil, y los del Oeste que esportan algodón y bujías de vidrio para las tribus de los grandes lagos.

Así es que en los mercados reina una agitación perpétua, un run run sin nombre, compuesto de gritos de vendedores ambulantes mestizos, de ruido de tambores y cornetas, relinchos de machos, rebuznos de asnos, cantos de mujeres, chillidos de chiquillas



El palacio del sultán africano.

y quinquilleros del Imadar (4), que en aquella sinfonía pastoril es quien dirige la orquesta.

Allí sin orden, ó por mejor decir, con un desorden encantador, se ponen de muestra telas chillonas, sartales de abalorios, llamados vulgarmente rocalla; objetos de marfil, dientes de rinoceronte y de tiburón, algodón, miel, tabaco; allí se celebran las mas extravagantes transacciones mercantiles en que cada objeto no tiene mas valor que el que le dan los deseos que escita.

De repente aquella agitacion, aquel movimiento, aquel ruido cesaron como por encanto. El *Victoria* acababa de aparecer en el aire; se cernia magestuosamente, descendia poco á poco sin desviarse de la vertical. Hombres, mujeres, niños, esclavos, mercaderes, árabes y negros, todos desaparecieron, agazapándose mas que de prisa en los «tembes» y en las chozas.

—Amigo Samuel, dijo Kennedy, si seguimos causando el mismo efecto en todas partes, trabajo nos ha de costar establecer con estas gentes relaciones mercantiles.

—Sin embargo, dijo Joe, podríamos hacer una

(4) Jefe de la caravana.

operacion comercial muy sencilla. Bajando tranquilamente y cargando con las mercancías de mas valor, sin cuidarnos de entrar en tratos con los vendedores, haríamos la jugada.

—¡Sí! replicó el doctor, pero esos indígenas pasado el primer sobresalto, no tardarán en volver, movidos por su supersticion ó su curiosidad.

—¿Lo creéis así, mi amo?

—Pronto lo veremos. Por si acaso conviene no acercarnos á ellos demasiado. El *Victoria* no es un globo acorazado, y una flecha ó una bala no le harían ningun beneficio.

—¿Piensas, amigo Samuel, entrar en tratos con esos africanos?

—¿Por qué no, si se puede? respondió el doctor; en Kazeh debe haber mercaderes árabes mas instruidos y menos salvajes. Recuerdo que MM. Burton y Speke no tenían bastante boca para alabar la hospitalidad de los habitantes de este pueblo. Podemos, pues, aventurarnos algo.

Habiéndose el *Victoria* acercado insensiblemente á tierra, enganchó una de sus anclas en la copa de un árbol cerca de la plaza del mercado.

En aquel momento toda la poblacion salia de sus

madrigueras asomando la cabeza con circunspeccion. Varios «wagangas», á quienes se reconocia por sus divisas de conchas cónicas, se acercaron resueltamente á los viajeros. Eran los magos de la comarca. Llevaban colgando de la cintura calabacitas negras untadas con grasa y varios objetos de magia de una sutileza verdaderamente doctoral.

Poco á poco la muchedumbre, animada por los magos, siguió su ejemplo, salieron de todas partes niños, mujeres, y hubo ruido de tambores, y palmo-teos, y millares de manos levantadas hácia el cielo.

—Esa es su manera de orar, dijo el doctor Fergusson; me parece que estamos llamados á desempeñar un papel de protagonistas.

—Pues bien, señor, lo desempeñaremos lo mejor posible.

—Tú mismo, Joe, vas tal vez á convertirte en un Dios.

—No lo sentiria, señor, no me disgusta el olor del incienso.

En aquel mismo momento, uno de los magos, un «myanga», hizo un ademan, y reinó un profundo silencio. En una lengua desconocida, dirigió algunas palabras á los viajeros.

El doctor Fergusson, que no entendió una palabra, dijo á salga lo que saliere algunas palabras en árabe, en cuya lengua obtuvo inmediatamente respuesta.

El orador pronunció con una verbosidad suma una arenga muy florida, que fue escuchada con religiosa atencion, y por ella supo el doctor que el *Victoria* en concepto de aquella gente, era la misma Luna en persona; que se habia dignado, no obstante ser toda una diosa, acercarse á la ciudad con sus tres hijos, honra incomparable que permanecería eternamente grabada en la memoria de aquella tierra amada del Sol.

El doctor respondió con una gran dignidad, que la Luna giraba cada mil años su visita á todas las provincias para que sus adoradores la viesen mas de cerca, y les suplicó que la diesen á conocer sus necesidades y deseos sin miedo de abusar de su divina presencia.

El mago dijo entonces que el sultan, el Mwani, enfermo desde hacia muchos años, imploraba la ayuda del cielo, y suplicaba á los hijos de la Luna que fuesen á visitarle.

El doctor dió á conocer á sus compañeros el deseo del sultan.

—¿Y serás capaz de ir á visitar al rey negro? dijo el cazador.

—¿Qué inconveniente hay? Me parece que los ánimos están dispuestos á nuestro favor; la atmósfera está tranquila, no se mueve ni la hoja de un árbol. Por el *Victoria* nada tenemos que temer.

—¿Y qué harás?

—No tengas cuidado, amigo Dick; con un poco de medicina saldré del paso.

Dirigiéndose luego al público, dijo.

—La Luna, compadeciéndose del soberano á quien «an acendrado cariño profesan los hijos del Unyamwezy, nos ha confiado su curacion. ¡Prepárese, pues, á recibirnos!

Se multiplicaron los gritos, los cantos, y las demostraciones, y se puso en movimiento todo aquel hormiguero de cabezas negras.

—Ahora, amigos, debemos tenerlo previsto todo. En un momento dado, podemos vernos obligados á parar rápidamente. Quédese, pues, Dick en la barquilla, y procure, por medio del soplete, mantener una fuerza ascensional suficiente. El áncora está sólidamente sujeta, y no hay que temer nada. Voy á apear-me, y Joe me acompañará pero se quedará al pie de la escala.

—¿Cómo! dijo Kennedy, ¿vais á ir solo á casa de ese salvaje?

—¿No queréis, señor, exclamó Joe, que os acompañe hasta la conclusion de la aventura?

—No, yo iré solo. Esos bobos se figuran que ha venido á visitarles su gran diosa la Luna, y la superstición me protege. Nada temais, pues, y permaneced donde os digo.

—Puesto que es empeño tuyo; respondió el cazador.

—No descuideis la dilatacion del gas.

—Estad tranquilo.

Los gritos de los indígenas, reclamando la intervencion del cielo, iban en aumento.

—¡Silencio! gritó Joe con voz de trueno. Sois demasiado exigentes con los divinos hijos de la divina Luna.

El doctor, provisto de su botiquin de viaje, bajó á tierra precedido de Joe. Este, grave y digno como exigian las circunstancias, se sentó junto á la escala con las piernas cruzadas á la usanza árabe, y á su alrededor se formó un círculo de gente respetuoso.

Entre tanto, el doctor Fergusson, conducido al son de numerosos instrumentos, y escoltados por danzarines que bailaban pírricos religiosos, marchó lentamente hácia el «tembe» real, situado algo lejos de la ciudad. Eran las tres, y el Sol, haciéndose sin duda cargo de la solemnidad del acto, brillaba con sus mas vivos resplandores.

El doctor, andaba con afectada dignidad, y los «wagangas», que le rodeaban, contenian á la multitud que se agolpaba á su paso. Se unió luego á la comitiva un jovencito de buena figura, que era hijo natural del sultan, por cuyo motivo, segun la costumbre del pais, era el único heredero de los bienes de su padre, con exclusion de los hijos legítimos. El príncipe se prosternó reverentemente delante del hijo de la Luna, el cual, con un ademan solemne, le hizo levantarse.

Después de tres cuartos de hora de marcha por senderos sombríos, en medio de todo el lujo de una vegetacion tropical, la procesion entusiasmada llegó al palacio del sultan, que era una especie de edificio cuadrado, llamado Yitenya, situado en la vertiente de una colina. El techo de balago, apoyado en pies derechos que querian parecer esculturados, formaba aleros sumamente salientes. Adornaban las paredes largas líneas de arcilla rojiza que intentaban reproducir figuras de hombres y de serpientes, pareciéndose mas al natural éstas que aquellos. No habia ventanas, no habia mas que una puerta de muy poca consideracion, y sin embargo, el aire circulaba interiormente con la mayor libertad, gracias á la abertura que dejaba la techumbre no descansando inmediatamente sobre las paredes del edificio.

El doctor Fergusson fue recibido con grandes honores por los guardias y los favoritos, en quienes se conservaba puro el tipo de las poblaciones del Africa central, la hermosa raza de los wanyambezy, raza de hombres fuertes y robustos, muy sanos y muy bien formados. Caian sobre sus hombros sus cabellos divididos en mechones minuciosamente trenzados, y desde las sienes hasta la boca surcaban sus mejillas numerosas incisiones negras ó azules. Sus orejas, sumamente grandes estaban, adornadas con discos de madera y placas de goma copal, y cubrian su cuerpo de telas de los colores mas chillones que puedan imaginarse. Los soldados estaban armados de azagayas, arcos, flechas envenenadas con el zumo del enforbio, cuchillo y un largo sable llamado «sime» dentellado como una sierra, amen de una hacha de armas.

El doctor penetró en el palacio; y á su llegada, á pesar de la enfermedad del sultan, subió de pu to el bullicio, que era ya terrible. En el dintel de la puerta el doctor notó algunas colas de liebre y crines de cabra colgadas á manera de talismanes. Fue recibido

por las numerosas damas de su majestad, al armonioso són del «pater», especie de címbalo hecho con el fondo de una cacerola de cobre, y el no menos armonioso són del «kilindin», especie de bombo de cinco pies de elevación abierto en el tronco de un árbol, que dos músicos, que nada dejaban que desear, tocaban á puñetazos.

La mayor parte de las mujeres parecían muy lindas, y fumaban riendo en grandes pipas negras thap y tabaco; envueltas con cierta gracia en largas túnicas revelaban muy buenas formas, y ceñía su cuerpo el «kilt» formado de fibras de calabaza entretejidas.

Seis había que no eran las que estaban menos alegres, y sin embargo formaban un grupo separado de las demás por el cruel suplicio á que se les tenía destinadas. A la muerte del sultan debían ser enterradas vivas junto al cadáver de éste para proporcionarle alguna distracción en su eterna soledad.

El doctor Fergusson, despues de haber abarcado todo el conjunto de una sola ojeada, se acercó á la cabecera de la cama del augusto enfermo. Este era un hombre de unos cuarenta años, embrutecido por la crápula, y que no tenía compostura. Su enfermedad era ya de antigua fecha, y consistía principalmente en una borrachera crónica y continua. El real borracho había casi perdido el conocimiento, siendo insuficiente para el restablecimiento de sus facultades todo el amoníaco de todas las boticas.

Durante la visita solemne, los favoritos y las mujeres se inclinaban y doblaban las rodillas. El doctor, por medio de algunas gotas de una violenta mistura cardiaca capaz de matar un caballo, consiguió reanimar instantáneamente aquel cuerpo embrutecido. El sultan hizo un movimiento, lo que era mucho para un hombre casi cadáver que hacia ya muchas horas que no daba indicio alguno de existencia. Este síntoma fue acogido por los circunstantes con gritos en honor del médico.

Este, cansado ya de tanta farsa, se abrió paso por entre sus adoradores demasiado entusiastas, y salió del palacio dirigiéndose al *Victoria*. Eran las seis de la tarde.

Joe, durante su ausencia, aguardaba tranquilamente al pie de la escala, siendo objeto de la mayor veneración como verdadero hijo de la Luna. El se dejaba adorar, si bien para divinidad tenía un empaque poco altanero y demasiado vulgarote, pues se familiarizaba hasta con las jóvenes africanas que no se cansaban de contemplarle. El les dirigía las mas amables frases.

—Adorad, señoritas, adorad; yo soy humilde aunque hijo de Dios.

Le presentaron dones propiciatorios, depositados ordinariamente en los «nozimus» ó chozas de los idólos. Los dones consistían en espigas de cebada y en «pombe». Joe quiso probar aquella especie de cerveza sumamente fuerte; pero no pudo resistirla su paladar, aunque estaba acostumbrado al gin y al whiskey. Hizo un gesto horrible, que sus adoradores tomaron por una amable sonrisa.

Y luego, las jóvenes cantando á coro una melopea deliciosa, ejecutaron á su alrededor una danza muy grave.

—¿Con que sabeis bailar! dijo. Pues yo no he de quedarme corto con vosotras, y os enseñaré un baile de mi país.

Y empezó una giga aturdidora, estirándose, encogiéndose, retorciéndose, bailando sobre los pies, sobre las rodillas, sobre las manos, girando de mil maneras á cual mas estravagantes, tomando actitudes increíbles, haciendo gestos imposibles, dando á aquellas poblaciones una estraña idea de la manera que tienen los dioses de bailar en la Luna.

Y todos aquellos africanos, imitadores como mo-

nos, quisieron luego reproducir sus maneras, sus cabriolas, sus movimientos; no perdían un gesto, no olvidaban una postura, y aquello fue entonces un delirio, una tremolina, una tempestad de carne y huesos de que no es posible dar la mas pequeña idea. A lo mejor de la fiesta, Joe vió venir al doctor.

Este venía precipitadamente, en medio de una chusma ahulladora y desahucada. Los magos y los jefes estaban al parecer muy enojados. Todos rodeaban al doctor, y le empujaban, y le amenazaban.

—¿Estraña peripecia! ¿Qué había sucedido? ¿Había el sultan sucumbido torpemente entre las manos de su médico celestial?

Kennedy vió desde la barquilla el peligro sin comprender la causa. El globo, imperiosamente solicitado por la dilatación del gas, ponía tirante la cuerda que le sujetaba con la mayor impaciencia.

El doctor llegó al pie de la escala. Un temor supersticioso contenía aun á la multitud y la impedía entregarse á vías de hecho. El doctor ganó rápidamente los escalones, y Joe le siguió con su agilidad característica.

—No hay que perder un instante, le dijo su amo. ¡No pienses en desenganchar el áncora! ¡Cortaremos la cuerda! ¡Sígueme!

—¿Pero qué pasa? preguntó Joe entrando en la barquilla.

—¿Qué ha sucedido? dijo Kennedy con la carabina en la mano.

—Mirad, respondió el doctor mostrando el horizonte.

—¿Y qué? preguntó el cazador.

—¿Y qué! ¡La Luna!

La Luna, en efecto, roja y espléndida, se destacaba como un globo de fuego en un fondo azul. ¡Era ella! ¡Ella y el *Victoria*!

—¿O había dos lunas, ó los extranjeros eran unos impostores, unos intrigantes, unos falsos dioses!

Tales habían sido las reflexiones naturales de la muchedumbre. Hé aquí explicada la peripecia.

Joe saltó una carcajada. La población de Kazeh, comprendiendo que se le escapaba la presa, lanzó prolongados ahullidos, y arcos y mosquetes amenazaron el globo.

Pero uno de los magos hizo un signo. Se bajaron las armas; el mago se encaramó al árbol, con intención de coger la cuerda del áncora y obligar á la máquina á bajar.

Joe cogió el hacha.

—¿Corto? dijo.

—Aguarda, respondió el doctor.

—¿Pero este negro?...

—Acaso podamos salvar el áncora, y me conviene no perderla. Para cortar, siempre habrá tiempo.

El mago, llegado ya al árbol, desenganchó el áncora rompiendo las ramas, y el áncora, violentamente arrastrada por el aerostático, agarró entre las piernas al pobre negro, el cual montando en aquel hipógrifo imprevisto, partió por las regiones del aire.

Inmenso fue el asombro de la multitud al ver lanzarse en el espacio uno de sus wagangas.

—¡Hurra! exclamó Joe en tanto que el *Victoria* gracias á su poder ascensional, subía con una rapidéz suma.

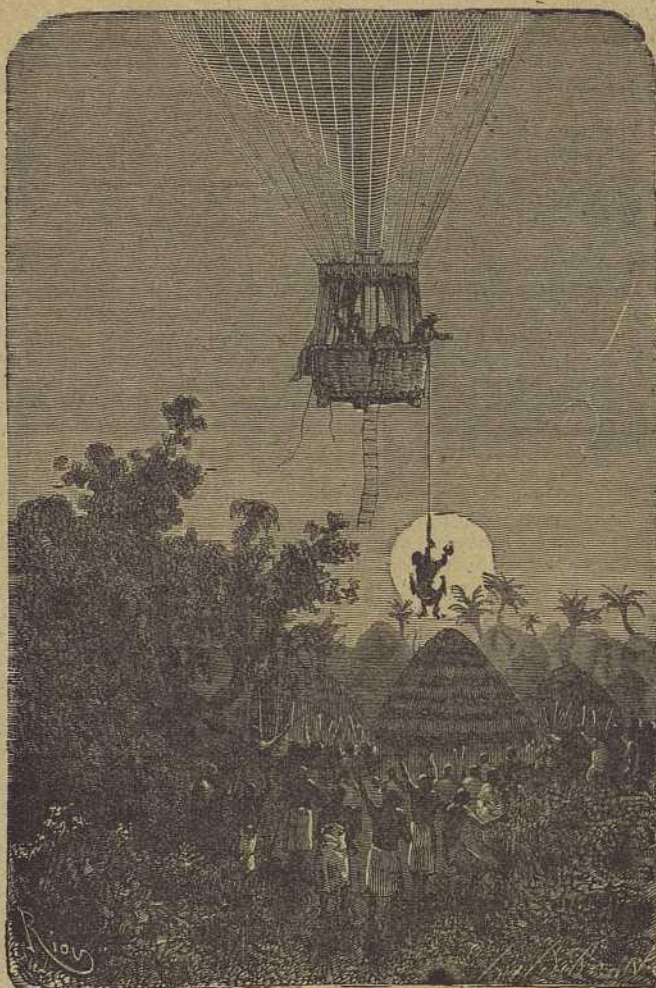
—Se agorra bien, dijo Kennedy; un paseito no le vendrá mal.

—¿Vamos á soltarle de golpe? preguntó Joe.

—¡No tal! replicó el doctor. Le dejaremos en tierra tranquilamente, y creo que despues de esta aventura su poder de mago crecerá singularmente en el ánimo de sus contemporáneos.

—Capaces son de convertirle en Dios, exclamó Joe.

El *Victoria* había llegado á una altura de 4,000 pies próximamente. El negro se agarraba á la cuerda con una energía terrible. Callaba y sus ojos esta-



El negro se agarraba á la cuerda con una energía terrible.

ban inmóviles. Había en su terror algo de asombro. Un ligero viento del Oeste empujaba el globo mas allá de la ciudad.

Media hora despues el doctor, viendo el pais desierto, moderó la llama del soplete, y se acercó á tierra. Al llegar á 20 pies de ella, el negro tomó rápidamente su partido; soltó la cuerda, cayó de pies, y echó á correr hácia Kazeh, en tanto que el *Victoria* súbitamente libre de aquel lastre, subió otra vez á grande altura.

CAPITULO XVI.

SINTOMAS DE TEMPESTAD.—EL PAIS DE LA LUNA.—EL PORVENIR DEL CONTINENTE AFRICANO.—LA MAQUINA DE LA ÚLTIMA HORA.—VISTA DEL PAIS AL PONERSE EL SOL.—FLORA Y FAUNA.—LA TEMPESTAD.—LA ZONA DE FUEGO.—EL CIELO ESTRELLADO.

—He aquí lo que tiene, dijo Joe, el hacerse los nombres hijos de la Luna sin permiso de esta señora, que ha querido jugarnos una mala pasada. ¡Habeis, mi amo, comprometido acaso su reputacion con vuestra medicina?

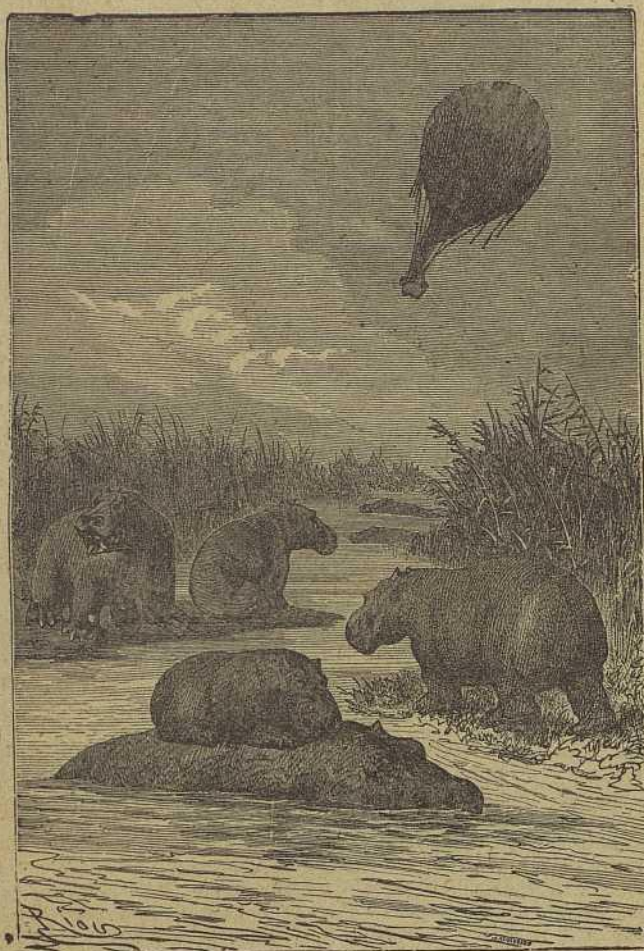
—En resumidas cuentas, dijo el cazador, ¿quién era el sultan de Kazeh?

—Un borracho como una cuba, respondió el doctor, ya casi muerto, cuya pérdida será poco sentida. Pero la moral de todo lo que ha pasado es que los honores son efimeros, y no conviene aficionarse á ellos demasiado.

—Tanto peor, replicó Joe. La cosa me iba á pedir de boca. ¡Ser adorado! ¡Hacer el Dios á mi arbitrio! ¿Qué le hemos de hacer? Se ha presentado la Luna, y segun lo roja que se manifiesta, debe estar rabiosa.

Durante estos razonamientos y otros varios, en que Joe examinó el astro de la noche bajo un punto de vista enteramente nuevo, el cielo por la parte del Norte se cargó de densas nubes, de nubes siniestras y pesadas. Un viento bastante fuerte, que soplabá á 300 pies del suelo, impelia al *Victoria* hácia el Nordeste. Encima del globo, la bóveda del cielo estaba azulada y pura, pero abrumadora.

A cosa de las ocho de la noche se encontraron los viajeros á los 33° 40' de longitud y 4° 17' de latitud. Las corrientes atmosféricas, bajo la influencia de una tormenta próxima, les empujaba con una vio-



Los hipopótamos en los estanques.

lencia de 30 millas por hora. Pasaban rápidamente bajo sus pies las llanuras inclinadas y fértiles de Mfuto. Los areonautas admiraron aquel espectáculo, que era realmente admirable.

—Nos hallamos en pleno país de la Luna, dijo el doctor Fergusson, país que ha conservado este nombre, que le dió la antigüedad, porque en él se adora actualmente la Luna como se adoraba antes. Es verdaderamente una comarca magnífica, y difícilmente se encontraría en el mundo otra vegetación mas bella.

—Si se la encontrase cerca de Londres, respondió Joe, no sería natural pero sería muy agradable. ¿Por qué tantas bellezas están reservadas á países tan bárbaros?

—¿Quién sabe, replicó el doctor, si no será algún día esta comarca el centro de la civilización? Aquí se establecerán tal vez los pueblos venideros, cuando estenuadas las regiones de Europa no puedan ya nutrir á sus habitantes.

—¿Lo creís así? preguntó Kennedy.

—Sin duda, mi querido Dick. Mira la marcha de los acontecimientos; considera las emigraciones sucesivas de los pueblos, y llegarás á la misma conclusión

que yo. ¿No es verdad que el Asia es la primera nodriza del mundo? Por espacio tal vez de cuatro mil años, trabaja, es fecunda, produce y despues, cuando no se ven mas que piedras y áridos arenales donde antes brotaban las doradas mieses de Homero, sus hijos abandonan aquel seno agotado y marchito. Entonces se dirigen á Europa, que es joven y vigorosa, y hasta hace ya dos mil años que les está alimentando. Pero Europa se aniquila á su vez, sus facultades productoras disminuyen de día en día; todos los años nuevas enfermedades atacan los productos de la tierra, menudean las malas cosechas, los recursos van siendo insuficientes, y todo es indicio cierto de una vitalidad que se altera y de una estenuación próxima. Así es que ya vemos á los pueblos precipitarse á los turgentes pechos de América, como á un manantial que no es inagotable, pero que no está aun agotado. A su vez el nuevo continente se hará viejo, sus bosques vírgenes desaparecerán bajo el hacha de la industria, su terreno se debilitará por haber producido, en demasía lo que en demasía se le habrá pedido, y en terrenos que anualmente se cogen docosechas, difícilmente se cogerá una á fuerza de sudor y de trabajo. Entonces Africa ofrecerá á las

nuevas razas los terrenos que por espacio de siglos ha ido acumulando en su regazo. Estos climas fatales á los extranjeros se sanearán por medio de la desecación y las canalizaciones que reunirán en un lecho común las aguas dispersas para formar una arteria navegable. Y este país, sobre el cual nos cernemos, mas fértil, mas rico, mas lleno de vida que los otros se convertirá en un gran reino en que se producirán descubrimientos mas asombrosos aun que el vapor y la electricidad.

— ¡Ah! señor, dijo Joe, quisiera ver todo eso.

— Te has levantado demasiado temprano, muchacho.

— Además, dijo Kennedy, será tal vez una época bien desdichada aquella en que la industria lo absorba todo en su provecho. A fuerza de inventar máquinas, los hombres se harán devorar por ellas. Yo me he figurado siempre que el último día del mundo será aquel en que alguna inmensa caldera calentada á miles de millones de atmósferas haga saltar nuestro globo.

— Y yo añado, dijo Joe, que no serán los americanos los que menos contribuyan á la construcción de esa caldera.

— ¡En efecto, respondió el doctor, son grandes caldereros! Pero, prescindiendo ahora de semejantes discusiones, limitémonos á admirar esta tierra de la Luna, ya que nos hallamos en disposición de verla.

El sol, filtrando sus últimos rayos por el cúmulo de nubes amontonadas, adornaba con una cresta de oro los menores accidentes del terreno. Árboles gigantescos, verbas arborescentes, musgos al nivel de la tierra todo participaba de aquel luminoso éfluvio.

El terreno, ligeramente ondeado, formaba á trechos pequeñas colinas cónicas. Ninguna montaña limitaba el horizonte. Inmensas palizadas cubiertas de maleza, impenetrables sotos, espinosos juncuales circunscribían los rasos en que se levantaban numerosas aldeas, que los gigantescos euforbios cercaban de fortificaciones naturales, entrelazándose con las ramas cordiformes de los arbustos.

Se vió luego el Malagazari, principal afluente del lago Tanganayika, serpenteando bajo el follaje. En su seno recogía numerosos riachuelos, derivados de los torrentes que se formaban en la época de las crecidas y de los estanques abiertos en la capa arcillosa del terreno. Aquel panorama, para los que observaban á vista de pájaro, era una red de cascadas tendida sobre toda la superficie occidental del país.

Animales provistos de jibas monstruosas pacían el menudo césped de las fértiles praderas y desaparecían bajo la crecida yerba. Los bosques que exhalaban magníficas esencias, se ofrecían á los ojos como inmensos ramilletes, pero en aquellos ramilletes se refugiaban para ponerse á cubierto de los últimos calores del día, leones, leopardos, hienas y tigres. De cuando en cuando, un elefante hacia ondear la cima de las selvas, y se oía el crujido de los árboles que cedían á sus ebúrneos colmillos.

— ¡Que país de caza! exclamó Kennedy entusiasmado. Una bala disparada al azar en medio del bosque tropezaría siempre con una res digna de ella. ¿No podríamos cazar un poco?

— No, amigo Dick, viene la noche, noche amenazadora, y viene escoltada de una tormenta. Y las tormentas son terribles en esta comarca, cuyo suelo está dispuesto como una inmensa batería eléctrica.

— Teneis razon, señor, dijo Joe; el calor sofoca, y el viento ha cesado completamente. Este bochorno me dice que se prepara algo.

— La atmósfera está sobrecargada de electricidad, respondió el doctor; todo sér viviente es sensible á este estado del aire que precede á la lucha de los elementos y confieso que yo nunca había experimen-

tado tanto como ahora su influencia. Me siento impregnado de no sé qué éfluvios.

— ¿No convendría, pues, descender? preguntó el cazador.

— Al contrario, Dick, preferiría subir, y hubiera ya subido, si no temiese ser arrastrado mas allá de donde vamos durante estos cruzamientos de corrientes atmosféricas.

— ¿Quieres, pues, abandonar el rumbo que seguimos desde la costa?

— Si puedo, respondió Fergusson, me echaré 7 ú 8° mas al Norte, y procuraré subir hacia las presuntas latitudes de las fuentes del Nilo. Acaso percibamos algunos indicios ó huellas de la expedición del capitán Speke, ó la caravana de M. Heglin. Si mis cálculos son exactos, nos hallamos á los 32° 40' de longitud, y quisiera subir directamente mas allá del Ecuador.

— ¡Mira! exclamó Kennedy interrumpiendo á su compañero, ¿no ves esos hipopótamos que se deslizan fuera de los estanques, esas moles de carne sanguiolenta, y esos cocodrilos que aspiran el aire con estrépito?

— ¿Parece que se ahogan? dijo Joe. ¡Qué manera de viajar tan deliciosa es la nuestra, que nos permite despreciar toda esa chusma de malhechores! ¡Señor Samuel! ¡Señor Kennedy! ¡Mirad qué bandadas de animales que marchan en columna cerrada! No bajan de doscientos; son lobos.

— No, Joe, son perros salvajes, pertenecientes á una famosa raza que no teme en luchar con el león. Su encuentro es para los viajeros el peligro mas terrible. El que tropieza con ellos es inmediatamente hecho pedazos.

— No será Joe quien se encargue de ponerles bozal, respondió el buen criado. A mas de que si su ferocidad procede de su naturaleza, no se les puede hacer por ella ningun cargo.

El silencio se establecía poco á poco bajo la influencia de la tempestad; parecia que el aire condensado era impropio para transmitir los sonidos; la atmósfera estaba como acolchada, y perdía toda sonoridad le mismo que una sala enteramente cubierta de gruesos tapices. El pájaro remero, la grulla coronada, los grájos rojos y azules, el pájaro burlon y la moscareta se ocultaban entre las ramas de los grandes árboles. La naturaleza entera ofrecía los síntomas de un cataclismo próximo.

A las nueve de la noche el *Victoria* permanecía inmóvil encima de Msene, reunion de aldeas difíciles de distinguir en la penumbra. Algunas veces la reverberación de un rayo estraviado en el agua dormida indicaba hoyos regularmente distribuidos, y por un último resplandor crepuscular pudo la mirada apoderarse de la forma tranquila y sombría de las palmeras, de los tamarindos, de los sicomoros y de los euforbios gigantescos.

— ¡Me ahogo! dijo el escocés, bebiendo, si así puede decirse con toda la fuerza de sus pulmones aquel aire enrarecido. ¡Permanecemos inmóviles! ¿Vamos á bajar?

— Pero, ¿y la tormenta? dijo el doctor bastante inquieto.

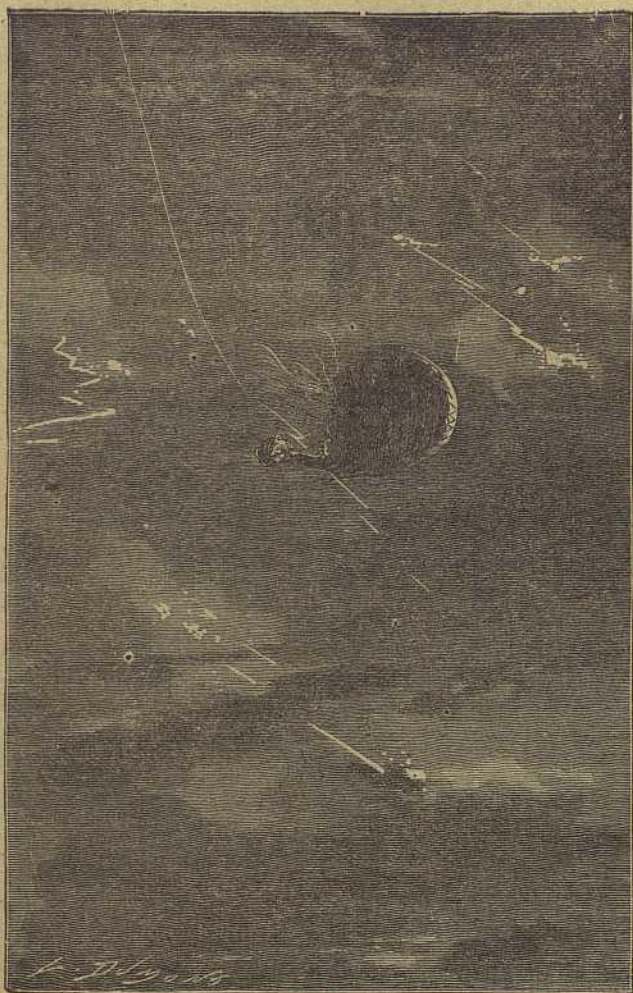
— Si temes ser arrastrado por el viento, me parece que no puedes tomar otro partido.

— Acaso la tormenta no estalle esta noche, repuso Joe; las nubes están muy altas.

— Una razon mas que me impide traspasarlas. Seria menester subir á mucha altura, perder la tierra de vista, y estar toda la noche sin saber si avanzamos, ni hacia qué lado nos dirigimos.

— Pues mira lo que determinas, Samuel, porque la cosa urge.

— Ha sido una fatalidad que cesase el viento, repuso Joe; él nos hubiera apartado de la tormenta.



CRUZABAN EL CIELO CENTELLAS ELÉCTRICAS.

—En efecto, es sensible, amigos, porque las nubes son para nosotros un peligro. Las nubes encierran corrientes opuestas que pueden envolvernos en sus torbellinos, y rayos capaces de incendiarnos. Además, las fuerzas de las ráfagas puede precipitarnos si echamos el ancla encima de un árbol.

—¿Qué hacemos, pues?

—Es preciso mantener el *Victoria* en una zona media entre los peligros de la tierra y los del cielo. Agua tenemos bastante para el soplete; y conservamos intactas doscientas libras de lastre, de que nos desprenderemos si es preciso.

—Vamos á hacer la guardia contigo, dijo el cazador.

—No, amigos; poned las provisiones á cubierto y acostaos; yo os despertaré si sobreviene alguna novedad.

—Pero, señor, ¿por qué vos no os echais tambien un poco, puesto que nada nos amenaza aun?

—No, muchacho, yo prefiero velar. Estamos inmóviles, y si no varían las circunstancias, mañana amaneceremos exactamente en el mismo sitio.

—Buenas noches, señor.

—Buena noche, si es posible.

Kennedy y Joe se acurrucaron entre mantas, y el doctor permaneció solo en la inmensidad.

Sin embargo, el cinborrio de nubes bajaba insensiblemente, y la oscuridad se hacia profunda. Aquella negra bóveda se condensaba alrededor del globo terrestre como si intentara aplastarle.

De repente un relámpago brillante, rápido, incisivo rasgó las tinieblas, y no estaba aun cerrada la herida que abrió en ellas, cuando un espantoso trueno rodó por las profundidades del cielo.

—¡Alerta! gritó Fergusson.

Los dos compañeros del doctor, á quienes despertó el estampido del trueno, estaban ya á sus órdenes.

—¿Vamos á bajar? pregunto Kennedy.

—¡No! el globo se haria pedazos. ¡Subamos antes que estas nubes se resuelvan en agua y se desencadenen el viento! Y activo la llama del soplete en las espirales de la serpiente.

Las tempestades de los trópicos son no menos notables por la rapidez con que se desenvuelven que por su violencia. Un segundo relámpago desgarró la nube, y otros muchos le sucedieron instantáneamente. Cruzaban el cielo centellas eléctricas que parecían acurrucarse bajo las anchas gotas de la lluvia.



El Victoria remolcado por un elefante.

—Nos hemos retardado, dijo el doctor. ¡Ahora tenemos que atravesar una zona de fuego con nuestro globo lleno de aire inflamable!

—¡A tierra! ¡a tierra! repetía sin cesar Kennedy.

—El peligro de ser incendiados por un rayo sería casi el mismo, y quedaríamos, además, espuestos á hacernos pedazos entre las ramas de los árboles.

—¡Subimos, señor Samuel!

—¡No tan deprisa aun como yo quisiera!

Durante las borrascas ecuatoriales es muy comun en aquella parte de Africa contar de treinta á treinta y cinco relámpagos por minuto. El cielo se convierte materialmente en una inmensa fragua, y los truenos se suceden sin interrupcion.

En aquella atmósfera abrasada se desencadenaba el viento con una violencia aterradora, y retorcia las nubes candentes, como si el sople de un ventilador inmenso activase toda aquella inmensa hoguera.

El doctor Fergusson mantenía su soplete en pleno calor; el globo se dilataba y subía, y Kennedy de rodillas en el centro de la barquilla, sujetaba las cortinas de la tienda. El globo se arremolinaba hasta el punto de no podersele mirar sin que causase vértigos, y los viajeros experimentaban neligrosas oscila-

ciones. Formábanse grandes huecos en la envoltura del aerostático, y el viento se introducía en ellos con fuerza y hacia crugir el embreado tafetan. Una especie de granizada, á que precedió un rumor tumultuoso surcaba la atmósfera, y sonaba en el Victoria como un redoble. El globo, sin embargo, seguía su curso ascensional, trazando los relámpagos en su circunsferencia tangentes inflamadas que le daban la apariencia de una esfe a de fuego.

—¡Confíémonos á Dios! dijo el doctor Fergusson; estamos entre sus manos, y solo él puede salvarnos. Resignémonos de antemano á cuanto pueda sobrevenir aunque sea un incendio. Nuestra caída podrá ser gradual y no súbita.

La voz del doctor llegaba apenas al oído de sus compañeros, pero éstos podían ver su fisonomía tranquila en medio de los surcos que abrian los relámpagos. El miraba los fenómenos de fosforescencia producidos por el fuego de San Telmo que parecia estar jugando con la red del aerostático.

Este giraba, se arremolinaba, pero no dejaba de subir, y al cabo de un cuarto de hora habia traspasado la zona de las nubes tempestuosas. Los efluvios eléctricos se desenvolvían debajo de él como una jis



Muerte del paquidermo.

gantesca corona de fuegos artificiales suspendida de su barquilla.

Aquel era uno de los mas bellos espectáculos que puede la naturaleza ofrecer al hombre. Abajo la tempestad. Arriba, el cielo estrellado, tranquilo, mudo, impasible, con la Luna que proyectaba sus pacíficos rayos sobre las nubes enfurecidas.

El doctor Fergusson consultó el barómetro. Marcaba doce mil pies de elevación. Eran las once de la noche.

—¡Gracias á Dios, el peligro ha pasado! dijo; nos basta mantenernos á esta altura.

—¡De buena hemos librado! respondió Kennedy.

—Corriente, replicó Joe; eso ha dado alguna variedad al viaje, y no me pesa haber visto una tempestad desde cierta altura. ¡Es un espectáculo grandioso!

CAPÍTULO XVII.

LAS MONTAÑAS DE LA LUNA.—UN OCÉANO DE VERDURA.

—SE ENHA EL ÁNCORA.—EL ELEFANTE REMOLCADOR.—FUEGO NUTRIDO.—MUERTE DEL PAQUIDERM.

—EL HORNO DE CAMPAÑA.—COMIDA SOBRE LA YERBA.

—UNA NOCHE EN TIERRA.

A cosa de la seis de la mañana del lunes, el sol se elevó sobre el horizonte; las nubes se disiparon, y un

agradable vientecillo refrescó el ambiente durante la alborada.

La tierra, enteramente perfumada, reapareció á los ojos de los viajeros. El globo, girando alrededor de sí mismo en medio de las corrientes antagonistas, habia derivado muy poco, y el doctor, dejando al gas contraerse, descendió con objeto de tomar una direccion mas septentrional. Sus tentativas fueron durante mucho tiempo infructuosas. El viento le empujó hacia el Oeste hasta dar vista á las célebres montañas de la Luna, que forman un semicírculo alrededor de la punta del lago Tanganayika.

Su cordillera, poco accidentada, se destacaba en el azulado horizonte como una fortificación natural, inasecible á los exploradores del centro de Africa; algunos conos aislados ostentaban el sello de las nieves perpétuas.

—¡Hénos, dijo el doctor, en un país inexplorado. El capitán Burton avanzó mucho hacia el Oeste, pero no pudo llegar á estas montañas céebres, y hasta negó su existencia, segun dice su compañero Spoke; pretendiendo que han sido engendradas en la imaginación de éste. Nosotros, amigos, las estamos viendo, no soñamos.

—¿Y las traspasaremos? preguntó Kennedy.

—No quiera Dios. Espero hallar un viento favora-

ble que me vuelva hacia el Ecuador, y si es necesario, me detendré como se detiene un buque que quiere estar fondeado, á esponderse á vientos de proa que le hacen perder el rumbo.

Pero las previsiones del doctor no tardaron en realizarse. Después de haber tanteado diferentes alturas, el *Victoria* fue impelido hacia el Nordeste con regular velocidad.

—Nos hallamos en buena dirección, dijo consultando la brújula, escasamente á 200 pies de tierra. Todas estas circunstancias nos favorecen para reconocer estas nuevas regiones. El capitán Speke, yendo al descubrimiento del lago Ukereoué, remontó mas al Este, en línea recta de Kazeh.

—¿Iremos mucho tiempo del mismo modo? preguntó Kennedy.

—Tal vez. Nuestro objeto es reconocer el nacimiento del Nilo, y aun nos quedan que recorrer 600 millas antes de llegar al límite extremo que han alcanzado los exploradores procedentes del Norte.

—¿Y no echaremos pie á tierra, preguntó Joe, para estirar un poco las piernas?

—Sí por cierto. Preciso será procurarnos víveres; y tú, amigo Dick, nos procurarás de paso alguna carne fresca.

—Cuando quieras, amigo Samuel.

—Tendremos también que reponer la aguada.

—¿Quién nos ha dicho que no vayamos á pasar algunas comarcas áridas? Todas las precauciones son pocas.

Al medio día el *Victoria* se hallaba á los 2° 15' de longitud y 3° 15' de latitud. Había pasado mas allá de la aldea de Oyufu, último límite septentrional del Uyamwezy, á la altura del lago de Ukereoué, que los viajeros no tenían aun al alcance de sus miradas.

Los pueblos que están cerca del Ecuador parecen algo mas civilizados, no obstante estar dominados por monarcas absolutos, cuyo despotismo no reconoce ningún límite. Su estado mas compacto es la provincia Kragwah.

Quedó resuelto entre los tres viajeros echar pie á tierra luego que encontrasen un sitio favorable, y hacer un alto prolongado para inspeccionar cuidadosamente el aerostático. Se moderó la llama del soplete, y se echaron fuera de la barquilla las anclas, que corrían rozando con sus uñas las altas yerbas de una inmensa pradera. Esta, á cierta altura, parecía cubierta de menudo césped, pero este césped tenía en realidad de siete á ocho pies de largo.

El *Victoria*, besando aquellas yerbas sin encorvarlas, parecía una mariposa gigantesca. La vista no tropeza con ningún obstáculo. El paisaje todo daba la idea de un océano de verdura sin ninguna rompiente.

—Podríamos correr mucho tiempo como corremos, dijo Kennedy, pues no distingo un solo árbol al cual podamos acercarnos. Me parece que tendré que renunciar á la caza.

—Aguarda, amigo Dick, aguarda. Imposible te sería cazar en medio de estas yerbas que son mas altas que tú; mas ó menos pronto hallaremos un buen cazadero.

Aquel paseo era verdaderamente delicioso, era una verdadera navegación en aquel mar tan verde y tan trasparente, que el soplo del viento tenía también su oleaje. La barquilla justificaba perfectamente su nombre, pues parecía realmente que hendía las olas, levantando de cuando en cuando bandadas de pájaros de espléndidos colores que se escapaban despidiendo alegres gritos. Las áncoras se abismaban en aquel lago de flores, y trazaban surcos en la yerba que se cerraban luego que habían pasado, como la estela de un buque.

De pronto experimentó el globo una inmensa sacudida. Sin duda el áncora había hincado sus uñas

en la hendidura de una roca oculta bajo el gigantesco césped.

—Estamos anclados, dijo Joe.

—Pues bien, echa la escala, replicó el cazador.

No bien hubo pronunciado estas palabras, cuando resonó un grito agudo, y de la boca de los tres viajeros se escaparon las siguientes frases, entrecortadas por exclamaciones.

—¿Qué es eso?

—¡Un grito singular!

—Y seguimos andando!

—Se habrá desprendido el áncora.

—¡No tal! ¡está asegurada! dijo Joe tirando de la cuerda.

—¡Sin duda con el ancla arrastramos la roca!

Las yerbas se removieron á bastante distancia, y encima de ellas apareció luego una forma prolongada y tortuosa.

—¡Una serpiente! exclamó Joe.

—¡Una serpiente! repitió Kennedy amartillando su carabina.

—¡No! dijo el doctor, es la trompa de un elefante.

—¡Un elefante, Samuel!

Y así diciendo, Kennedy se echó la escopeta á la cara.

—Aguarda, Dick, aguarda.

—No, no tireis, señor, el animal nos remolca.

—Y en buena dirección, Joe, en muy buena dirección.

El elefante, que avanzaba con cierta rapidez, no tardó en llegar á un raso, donde se le pudo ver enteramente. Su talla gigantesca dió á conocer al doctor que era un macho de una magnífica especie. Las uñas del ancla habían quedado enclavadas entre sus dos blancos colmillos, admirablemente encorvados, cuya longitud no bajaba de ocho pies.

El animal forcejeaba en vano para desprenderse con la trompa de la cuerda que le sujetaba á la barquilla.

—¡Arre, valiente! exclamó Joe en el colmo de la alegría, arreando al proboscideo como si fuese una bestia de tiro. ¡Hé aquí una nueva manera de viajar! Mejor tira este animal que un par de mulas.

—Pero ¿á dónde irá á dar con nuestros huesos? preguntó Kennedy, que agitaba con impaciencia su carabina como si le quemase las manos.

—Nos lleva donde queremos ir, amigo Dick. Ten un poco de paciencia.

—¡Wig a more! wig a more! como dicen los escoceses, gritaba Joe, alegre como unas pascuas. ¡Adelante, adelante!

El animal tomó un galope muy rápido. Agitaba su trompa de derecha á izquierda, y con sus bruscos movimientos sacudía violentamente la barquilla. El doctor, con el macho en la mano, estaba preparado para cortar la cuerda en el momento perentorio.

—Pero, dijo, no abandonaré mi áncora hasta que llegue al último extremo.

Aquella carrera, á discreción de un elefante, duró cerca de hora y media. El animal, al parecer, no sentía la menor fatiga. Aquellos enormes paquidermos pueden estar mucho tiempo galopando, y de un día á otro se les encuentra á distancias inmensas, como las ballenas, de quienes tienen casi la velocidad y la mole.

—Si bien se mira, dijo Joe, nos hallamos á poca diferencia como si hubiésemos hincado el arpon en una ballena, y no hacemos mas que remedar la maniobra de los balleneros cuando se encuentran en un caso análogo al nuestro.

Pero una modificación en la naturaleza del terreno obligó al doctor á modificar también su medio de locomoción.

Al norte de la pradera y á la distancia de unas tres millas, aparecía un espeso bosque de sicomoros, por

lo que fue necesario cortar todas las relaciones del globo con su improvisado conductor.

Kennedy tomó a su cargo detener al elefante en su carrera, y al efecto se echó la carabina á la cara; pero estaba mal colocado para herir al animal con éxito. Una primera bala le dió en el cráneo, como si hubiese dado en una plancha de hierro fundido, sin causar la menor impresión á la enorme bestia, la cual, al estampido del arma, no hizo mas que acelerar el paso, y su velocidad fue la de un caballo lanzado á galope.

—¡Diablo! dijo Kennedy.

—¡Vaya una cabeza dura! exclamó Joe.

—Vamos á ensayar algunas balas cónicas, repuso Dick cargando su carabina en toda regla, é hizo fuego.

El animal lanzó un grito terrible, y siguió galopando como si tal cosa.

—Pues señor, dijo Joe escopetando una escopeta, es preciso que yo os ayude, M. Dick, ó esto va á ser la vida perjurable.

Y dos balas entraron en el costado del elefante.

Este se detuvo, levantó su trompa y emprendió de nuevo la marcha á todo escape hacia el bosque. Sacudía su colosal cabeza, y empezaba la sangre á brotar copiosamente de sus heridas.

—¡Sigan haciendo fuego, señor Dick.

—¡Y que sea muy nutrido! añadió el doctor, tenemos el bosque á menos de veinte toesas.

Resonaron otros diez tiros. El elefante dió un salto tan espantoso, que la barquilla y el globo rechinaron como si hubiese sufrido alguna grave avería, y el sacudimiento hizo caer el hacha de las manos del doctor.

La pérdida del hacha, que fué á parar al suelo, complicaba la situación de una manera terrible. El cable del áncora, recién asegurado, no podía desatarse, ni los cuchillos de los viajeros eran bastante fuertes para cortarlo, y ya el globo se aproximaba rápidamente al bosque, cuando el animal recibió un balazo en un ojo en el momento de levantar la cabeza. Entonces se detuvo, vaciló, sus rodillas se doblaron, y presentó su pecho al cazador.

—Una bala en el corazón, dijo éste descargando su cabina.

Fue el último tiro. El elefante lanzó un grito de dolor y de agonía; se incorporó momentáneamente, blandió su trompa y cayó desplomado, dando en tierra con uno de sus colmillos que se rompió de medio á medio. Estaba muerto.

—¡Su colmillo está roto! exclamó Kennedy. El marfil en Inglaterra se paga á 35 guineas las 100 libras.

—¡Tanto vale! dijo Joe, bajando á tierra por la cuerda del áncora.

—¿De qué sirve echar cuentas, amigo Dick? respondió el doctor Fergusson. ¿Tráficamos acaso nosotros con marfil? ¡Hemos venido aquí para hacer fortuna!

Joe contempló el áncora, que estaba sólidamente agarrada al colmillo que había quedado ileso. Samuel y Dick tomaron también tierra, en tanto que el aerostático medio deshinchado se balanceaba sobre el cuerpo del animal.

—¡Magnífica pieza! exclamó Kennedy. ¡Qué mole! ¡Nunca en la India he visto un elefante de esta talla!

—Es claro que no, amigo Dick; los elefantes del centro del Africa son los mas corpulentos. Cazados con encarnizamiento por los Anderson y los Cumming en las inmediaciones del cabo, emigran hacia el Ecuador, donde encontraremos con frecuencia manadas de ellos muy numerosas.

—Entre tanto, respondió Joe, creo que podremos saborear un poco de éste. Me comprometo á procurarnos una comida succulenta á espensas de este anima-

lazo. El señor Kennedy va ahora á cazar una ó dos horas; el señor mi amo va inspeccionar el *Victoria* y yo voy á desempeñar mis funciones de cocinero.

—Muy bien ordenado, respondió el doctor. Tienes carta blanca para obrar culinariamente como mejor te parezca.

—Y yo, dijo el cazador, voy á hacer uso de las dos horas de libertad que Joe se ha dignado otorgarme.

—Si, amigo; pero no cometas ninguna imprudencia. No te alejes.

—Puedes estar tranquilo.

Y Dick, armado de su fusil, se internó en el bosque.

Entonces Joe entró en el ejercicio de sus funciones. Hizo en tierra un hoyo de 2 pies de profundidad, y lo llenó de ramas secas de que estaba cubierto el suelo, procediendo de los boquetes hechos en el bosque por los elefantes, cuyas huellas veía. Llenó el agujero, levantó encima una pila de leña que tenía unos 4 pies, y la prendió fuego.

En seguida se dirigió á los inanimados restos del elefante, que había caído á unas 10 toesas del bosque; descoyuntó diestramente la trompa, que en su raíz media 2 pies de longitud, escogió la parte mas delicada, y á ella juntó uno de los esponjosos pies del animal, porque en efecto estas partes son el mejor bocado, como la jiba del bison, la pata del oso y la cabeza del jabalí.

Cuando interior y exteriormente se hubo la hoguera consumido del todo, el agujero limpio de la ceniza, ofreció una temperatura muy elevada. Los trozos del elefante, envueltos en hojas aromáticas fueron metidos en el fondo de aquel horno improvisado y cubiertos de ceniza caliente sobre la cual Joe encendió una nueva hoguera, y cuando se hubo consumido la leña, la carne estaba á punto de comerse.

Entonces Joe sacó la carne del horno y la dejó sobre hojas verdes. Dispuso la comida en medio de una magnífica alfombra de yerba, en la cual colocó galleta, aguardiente, café, y una agua fresca y cristalina que cogió de un arroyo inmediato.

Daba gusto ver aquella comida así dispuesta, y Joe sin ser demasiado vanidoso, era de opinión de que mas gusto daría aun comerla.

—¡Un viaje sin fatiga y sin peligro! repetía. ¡Una comida á tiempo! ¡Una hamaca perpétua! Pedir mas seria gollería. ¡Y el bueno del señor Kennedy que no quería venir!

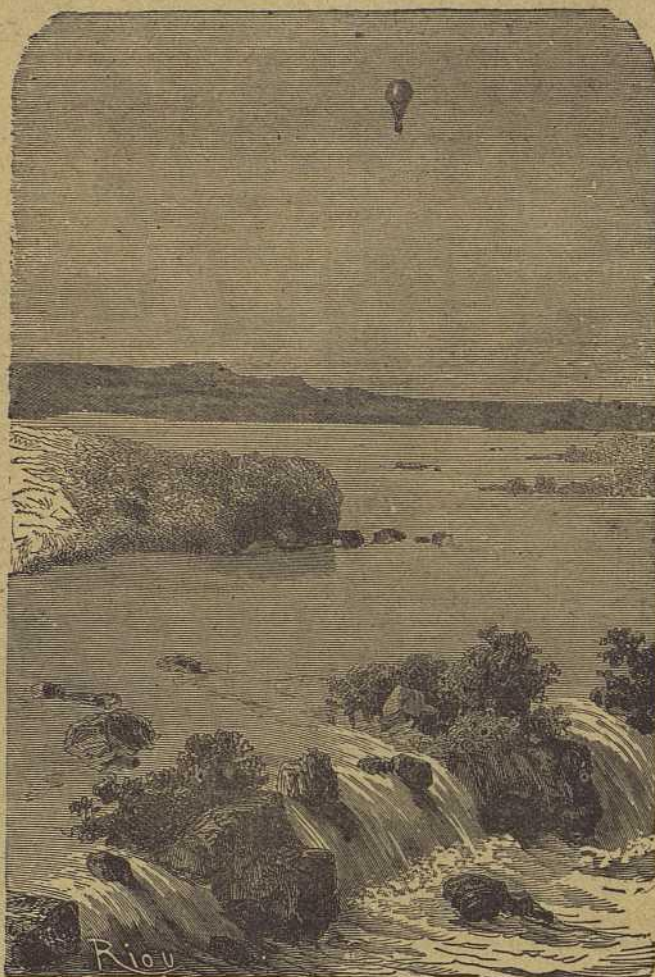
Por su parte, el doctor Fergusson se ocupaba en la inspección minuciosa de su aerostático, el cual no había sufrido en la tormenta avería alguna. El tafetan y la goma elástica había resistido á las mil maravillas. Teniendo en cuenta la altura actual del terreno, y calculando la fuerza ascensional del globo vió el doctor con satisfacción que había la mismacantidad de hidrógeno, y que hasta entonces la envoltura se había conservado perfectamente impermeable.

No hacía mas que cinco días que habían los viajeros salido de Zanzibar. La provision de pemmican estaba incólume; la de galleta y la de carne en conserva bastaban para un largo viaje, y de consiguiente lo único que había que renovar era la reserva de agua.

Los tubos y la serpentina se hallaban en perfecto estado. Gracias á sus articulaciones de cauchuc, se habían prestado dócilmente á todas las oscilaciones del aerostático.

Terminado su exámen, el doctor puso en orden sus apuntes. Traxó un croquis muy exacto de la campaña circunstante, con la larga pradera, que se perdía de vista, el bosque de sicomoros, y el globo inmóvil sobre el cuerpo del monstruoso elefante.

Pasadas las dos horas que tenía á su disposición, Kennedy volvió con una sarta de mantecosas perdices, y un penil de macho cabrío silvestre, especie



La última catarata del Nilo.

de gansbok, perteneciente á la especie mas ágil de antílopes. Joe se encargó de guisar este aumento de provisiones.

—La mesa está puesta, gritó luego con cierta propopeya.

Y los tres viajeros no tuvieron que hacer mas que sentarse sobre la alfombra de verdura. Los pies y la trompa del elefante fueron declarados esquisitos por unanimidad; se bebió á la salud de Inglaterra como de costumbre, y deliciosos habanos perfumaron por primera vez aquella encantadora comarca.

Kennedy comia, bebia y hablaba por los codos; estaba un si es no es achispado, y propuso seriamente á su amigo el doctor establecerse en aquel bosque, construir en él una cabaña, y comenzar allí la dinastía de los Robinsones africanos.

La proposición no tuvo consecuencias, si bien Joe se propuso á sí mismo para desempeñar el papel de Vendredi.

La campaña parecia tan tranquila, tan desierta, que el doctor resolvió pasar la noche en tierra. Joe levantó un círculo de hogueras, barricada indispensable contra las bestias feroces. Las hienas, los naguardos y los chacales, atraídos por el olor de la carne del

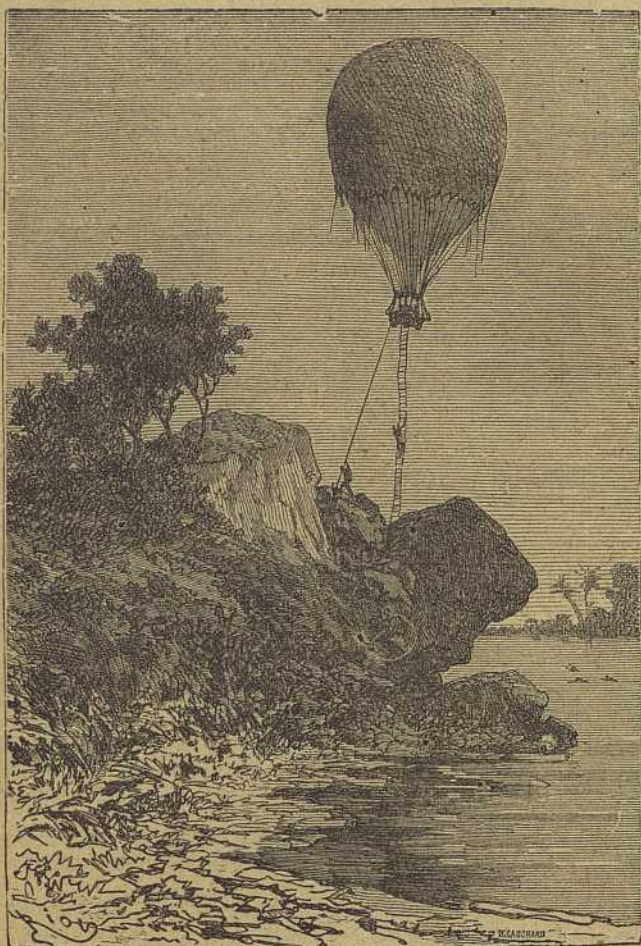
elefante, vagaban por los alrededores. Kennedy tuvo que hacer algunos disparos para ahuyentar á visitantes demasiado audaces; pero en fin la noche se pasó sin ningun incidente desagradable.

CAPITULO XVIII.

EL KARAGWAH.—EL LAGO DE UKEREQUÉ.—UNA NOCHE EN UNA ISLA.—ECUADOR.—TRAVESÍA DEL LAGO.—LAS CAICADAS.—VISTA DEL PAIS.—LAS FUENTES DEL NILO.—LA ISLA BENGÁ.—LA FIRMA DE ANDREA DEBONO.—EL PABELLON CON LAS ARMAS DE INGLATERRA.

A las cinco de la mañana siguiente, empezaron los preparativos de marcha. Joe con el hacha que habia tenido la fortuna de encontrar, rompió los colmillos del elefante. El *Victoria*, recobrando su libertad, arrastró á los viajeros hácia el Nordeste con una velocidad de 18 millas.

Durante la noche anterior, el doctor habia hecho cuidadosamente su estima guiándose por la altura de las estrellas. Se hallaba á los 2° 4' de latitud bajo el Ecuador, ó sea 160 millas geográficas. Atravesó numerosas aldeas sin hacer ningun caso de los gritos que provocaba su aparición; tomó nota de la confer-



Vista de la isla Benga.

tuacion de los lugares, sacando de ellos algunas vistas; salvó las cuestas de Rubenbé, casi tan pinas como las cimas del Ousagara, y mas adelante, en Tenga, encontró las primeras lomas de las cordilleras de Karagwah, que, en su concepto, derivan necesariamente de las montañas de la Luna. La antigua leyenda que hace de aquellas sierras la cuna del Nilo, se acerca á la verdad, puesto que confinan con el lago Ukereoué, presunto receptáculo de las aguas del gran río.

Desde Kafuro, gran distrito de los mercaderes del país, distinguió por fin en el horizonte aquel lago tan buscado, que el capitán Speke entrevió el 3 de agosto de 1858.

Samuel Fergusson se sentia conmovido. Estaba casi tocando uno de los principales puntos de exploracion, y sin soltar un momento el antejo, no perdía el menor accidente de aquella comarca misteriosa que su mirada circunstanciaba de la manera siguiente:

Debajo de él, una tierra generalmente estéril, que no presentaba mas que algunas laderas cultivadas; el terreno, sembrado de conos de mediana altura, se hacia llano en las inmediaciones del lago; campos

sembrados de cebada reemplazaban á los arrozales, y allí crecía la especie de llanten de que se saca el vino del país, y el «mwani», planta silvestre que sirve de café. El conjunto de unas cincuenta chozas, cubiertas de bálagó en flor constituye la capital de Karagwah.

Se percibían sin dificultad las fisonomías embobadas de una raza bastante bella, de tez morena amarillenta. Mujeres de una corpulencia inverosímil se arrastraban por las plantaciones, y el doctor asombró á sus compañeros diciéndoles que aquella obesidad, allí muy apreciada, se obtenía por medio de un régimen obligatorio de leche cuajada.

Al medio día el *Victoria*, se hallaba á 1° 45' de latitud austral, y á la una de la tarde el viento le empujaba hácia el lago.

Aquel lago debe al capitán Speke el nombre de Nyanza Victoria (1). En aquel punto tenía de ancho unas 80 millas. En su estremidad meridional el capitán encontró un grupo de islas al cual llamó archipiélago del Bengala. Llevó su reconocimiento hasta Muanza, en la isla del Este, donde fue bien recibido por el sultán. Hizo la triangulación de aquella parte

(1) Nyanza significa lago.

del lago, pero no pudo procurarse una lancha de mala muerte para atravesarlo, ni tampoco para visitar la considerable isla de Ukereoué, que es muy populosa; está gobernada por tres sultanes, y al bajar la marea, no forma mas que una península.

El *Victoria*, con no poco sentimiento del doctor, que hubiera querido determinar los contornos inferiores del lago, lo abordaba al Norte. Las orillas, erizadas de breñas espinosas y de maleza inestricable, desaparecían literalmente bajo miriades de mosquitos de un color pardo claro. Aquel país debía ser inhabitable ó inhabitado. Velábase muchos hipopótamos que se revolcaban en los cañales, ó se sumergían en las blanquecinas aguas del lago.

Este, visto desde lo alto, ofrecía hacia el Oeste un horizonte tan ancho que parecía un mar, la distancia impide establecer comunicaciones entre una y otra, y, además, las tempestades son allí fuertes y frecuentes, porque los vientos no encuentran obstáculo alguno en aquella meseta elevada y descubierta.

Trabajo costó al doctor dirigir el globo. Temía ser arrastrado hacia el Este; pero por fortuna una corriente le llevó directamente al Norte, y á las seis de la tarde el *Victoria* se estableció en un islote desierto, á los 0° 3' de latitud, y 32° 52' de longitud, á 20 millas de la costa.

Los viajeros pudieron anclar en un árbol, y habiendo al anochecer caído el viento, se quedaron tranquilos. No podían pensar en tomar tierra, porque allí, lo mismo que en las orillas del Nyanza, las legiones de mosquitos cubren el suelo como una densa nube. Joe volvió del árbol acribillado, pero como le parecía muy natural que los mosquitos picasen, no se desazonó ni poco ni mucho.

Pero el doctor menos optimista, levantó el globo cuanto pudo para librarse de aquellos desapiadados insectos que metían el ruido mas importuno.

El doctor reconoció la altura del lago sobre el nivel del mar, tal como lo había determinado el capitán Speke, es decir, 3,750 pies.

—Con que estamos en una isla, dijo Joe, que se desollaba rascándose.

—Una isla que podríamos recorrer en menos que canta un gallo, respondió el cazador, y que no parece que tenga mas seres vivientes que estos amables insectos que tanto te dan que hacer.

—Las islas de que está el lago salpicado, respondió el doctor Fergusson, no son en realidad mas que crestas de colinas sumergidas, y no hemos tenido poca fortuna en encontrar en ellas un abrigo, porque las orillas del lago están pobladas de tribus feroces. Dormid, pues ya que el cielo nos prepara una noche tranquila.

—Y no hárás tú otro tanto, Samuel?

—No; yo no podría cerrar los ojos. Mis pensamientos me lo impedirían. Mañana si el viento es favorable, marcharemos en derechura al Norte, y descubriremos tal vez los manantiales del Nilo que son un secreto hasta ahora impenetrable. Junto á estos manantiales, me sería imposible conciliar el sueño.

Kennedy y Joe, á quienes no turbaban hasta tal extremo las preocupaciones científicas, no tardaron en dormirse profundamente bajo la vigilancia del doctor.

El miércoles 23 de abril, á las cuatro de la mañana, el *Victoria* aparejaba. El cielo estaba ceniciento. La noche abandonaba difícilmente las aguas del lago, que estaban envueltas en una densa niebla, pero un viento recio la disipó muy pronto. El *Victoria* fue por espacio de algunos minutos balanceando en todas direcciones, y por fin remontó directamente hacia el Norte.

El doctor Fergusson palmoteó con alegría.

—¡Estamos en buen camino! exclamó. ¡Si hoy no vemos el Nilo, no le veremos nunca! ¡Amigos, pasamos el Ecuador, entramos en nuestro hemisferio!

—¡Oh! dijo Joe, ¿creéis, mi amo, que el Ecuador pasa por aquí?

—Por aquí mismo.

—Pues bien, salvo vuestro respeto, me parece conveniente que sin pérdida de tiempo lo rociemos con un buen trago.

—¡Corriente, venga un trago de grog! respondió el doctor riendo. Tú entiendes la cosmografía de una manera que no es de las peores.

Y así se celebró el paso de la línea á bordo del *Victoria*.

Esta avanzaba rápidamente. Se percibía al Oeste la costa baja y poco accidentada, y en el fondo las mas elevadas colinas del Uganda y del Usoga.

La velocidad del viento era excesiva, era de muy cerca de 30 millas por hora.

Las aguas del Nyanza, agitadas con fuerza, echaban espuma como las olas del mar. En las colinas momentáneas, ciertos movimientos del agua, que constituyen lo que llaman los marinos mar de fondo, dieron á conocer al doctor que el lago era muy profundo. En toda la travesía apenas se distinguieron mas que dos ó tres barcas groseras.

—Este lago, dijo el doctor, es evidentemente, por su posición elevada, el depósito natural de los rios de la parte oriental de Africa, dándole el cielo en lluvia lo que á él quitan en vapor por sus afluentes. Me parece indudable que el Nilo toma aquí su origen.

—Lo veremos, replicó Kennedy.

A cosa de las nueve se acercó á la costa del Oeste, la cual parecía desierta y poblada de árboles. El viento se echó un poco hacia el Este, y se pudo distinguir la otra orilla del lago. Esto se doblaba de manera que terminaba en un ángulo muy abierto, á cosa de 2° 40' de latitud septentrional. Altas montañas erguían sus escuetos picos en aquella estremidad del Nyanza; pero entre ellas una garganta profunda y tortuosa daba paso á un rio que hervía con violencia.

El doctor Fergusson, al mismo tiempo que atendía á su aerostático, examinaba el país con ávidas miradas.

—¡Vedlo! exclamó, ¡vedlo, amigos míos! las narraciones de los árabes eran exactas! Hablaban de un rio por el cual se descargaba hacia el Norte el lago de Ukereoué, y este rio existe, y nosotros seguimos su curso, cuya rapidez es comparable con la nuestra propia. ¡Y esa gota de agua que huye bajo nuestros pies, va indudablemente á confundirse con las olas del Mediterráneo! ¡Es el Nilo!

—¡Es el Nilo! repitió Kennedy, que se dejaba contagiar por el entusiasmo de Samuel Fergusson.

—¡Viva el Nilo! dijo Joe, que siempre que estaba alegre tenía que victorear algo.

Aquel misterioso rio echaba espuma delante de los obstáculos frecuentes que oponían á su curso rocas enormes. Formaba chorreras y cataratas que confirmaban al doctor en sus previsiones. De las montañas circunstantes partían numerosos torrentes, rápidos y espumosos, y se veían brotar de la tierra estrechos arroyos, que se cruzaban, se confundían, rivalizaban en velocidad, y todos se precipitaban en aquel riachuelo que despues de absorberlos se convertía en caudaloso rio.

—¡He aquí el Nilo, repitió el doctor con convicción. El origen de su nombre ha apasionado á los sabios no menos que el origen de sus aguas. Se le ha hecho derivar del griego, del copto, del sanscrito (1), lo que nada importa; habiendo revelado al cabo el secreto de su procedencia.

—¡Pero cómo asegurarnos, preguntó el cazador,

(1) Un sabio bizantino veía en Neilon un nombre aritmético. N representa 50, E 5, I 10, L 30, O 70, S 200, lo que suma el número de los días del año.

de que este río es el mismo que han reconocido los viajeros del Norte?

—Pruebas tendremos ciertas, irrecusables, infalibles, respondió Fergusson, si el viento sigue siéndonos propicio aunque no sea mas que una hora.

Las montañas se separaban, levantándose entre ellas numerosas aldeas, cercadas de campos cubiertos de sésamo, de douaran y de cañas de azúcar. Las tribus de aquellas comarcas se presentaban agitadas y hostiles. Presintiendo estraperios y no dioses, estaban mas cerca de la cólera que de la adoración. No parecia sino que remontando las fuentes del Nilo se les usurpaba algo. El *Victoria* tuvo que mantenerse fuera del alcance de sus mosquetes.

—Difícil seria abordar aquí, dijo el escocés.

—Tanto peor para esos indígenas, replicó Joe á quienes priváramos del encanto de nuestra conversacion.

—Y sin embargo, es preciso que yo baje, respondió el doctor Fergusson, aunque no sea mas que un cuarto de hora. De otro modo, no puedo comprobar los resultados de nuestra exploracion.

—¿Es, pues, indispensable, Samuel?

—Tan indispensable que bajaremos aunque tengamos que andar á tiros.

—No lo sentiria, respondió Kennedy acariciando su carabina.

—Dispuesto estoy á todo, señor, dijo Joe aprestándose al combate.

—No será la primera vez, respondió el doctor, que a ciencia habrá tenido que empuñar las armas. A ellas se vió obligado á recurrir en las montañas de España un sabio francés cuando media el meridiano terrestre.

—Confíate á nosotros, Samuel, y no tengas ningun cuidado. Nosotros te guardaremos las espaldas.

—¿Ha llegado ya el caso, señor?

—No todavia. Vamos á elevarnos un poco para conocer con exactitud la configuracion del país.

Se dilató el hidrógeno, y, en menos de diez minutos, el *Victoria* se cernia á una altura de 2,500 pies sobre la tierra.

Desde allí se distinguia una inestricable red de arroyos que el río acogia en su regazo. La mayor parte venian del Oeste, atravesando fértiles campos y numerosas colinas.

—Nos hallamos á menos de 90 millas de Gondokoro, dijo el doctor examinando el mapa, y á menos de 5 del punto alcanzado por los exploradores procedentes del Norte. Acerquémonos á tierra con precaucion.

El *Victoria* descendió mas de 2,000 pies.

—Ahora, amigos, estad preparados para lo que pudiera tronar.

—Lo estamos, respondieron Dick y Joe.

—¡Bien!

El *Victoria* marchó á la distancia de unos 100 pies del río, siguiendo su lecho. En aquel punto media 50 toesas, y en las aldeas de las orillas los indígenas se agitaban tumultuosamente. Al llegar al segundo grado, el río forma una cascada vertical de unos 10 pies de altura, y por consiguiente inaccesible.

—Aquí tenemos la cascada indicada por M. Debono, exclamó el doctor.

El cauce del río se ensanchaba, y estaba sembrado de numerosos islotes que Samuel Fergusson devoraba con los ojos, buscando al pasar un refugio que no encontraba.

Algunos negros se habian adelantado en una barca debajo del globo. Kennedy les saludó con un tiro, y aunque no hirió á ninguno todos huyeron precipitadamente á la orilla.

—¿Como el humo! dijo Joe. Yo si estuviese en su pellejo no volveria: me meteria miedo un monstruo que fulmina rayos cuando quiere.

De pronto el doctor Fergusson cogió su antejo y examinó una isla que habia en medio del río.

—¡Cuatro árboles! exclamó, ¡mirad allá abajo!

En efecto, en su estremidad se levantaban cuatro árboles aislados.

—¡Ella es! ¡la isla de Benga! añadió.

—¿Y qué? preguntó Dick.

—Allí bajaremos, si Dios quiere.

—¡Pero parece habitada, señor Samuel!

—Joe tiene razon; si no me engaño, hay un grupo de veinte indígenas.

—Les haremos echar á correr, respondió Fergusson. No será empresa difícil.

—Corriente, replicó el cazador.

El sol estaba en el cenit. El *Victoria* se acercó á la isla.

Los negros pertenecientes á la tribu de Makado, prorrumpieron en gritos desaforados. Uno de ellos agitaba su sombrero de corteza. Kennedy tomó este sombrero por blanco, le apuntó y le hizo pedazos.

Aquella fue una derrota general. Los indígenas se echaron al río precipitadamente y lo atravesaron á nado. En seguida partió de las dos orillas una granizada de balas y de flechas, pero sin peligro para el aerostático cuya ancora habia incado las uñas en la hendidura de una roca. Joe se deslizó por la cuerda.

—¡La escalá! gritó el doctor. Sígueme, Kennedy.

—¿Qué vas á hacer?

—Bajemos; necesito un testigo.

—Héme aquí.

—Joe, ojo alerta.

—Respondo de todo, señor, estad tranquilo.

—Ven, Dick, dijo el doctor al llegar á tierra.

Y llevó á sus compañeros á un grupo de rocas que se levantaban en la punta de la isla. Allí estuvo algun tiempo buscando, escudriñó la maleza como un podenco, y se llenó las manos de sangre.

De repente cogió el brazo del cazador.

—Mira, le dijo.

—¡Letras! exclamó Kennedy.

En efecto, aparecian dos letras grabadas con toda claridad en la roca. Se leia perfectamente.

A. D.

—A. D., repuso el doctor Fergusson. ¡Andrea Debono! ¡La firma misma del viajero que mas se ha acercado á las fuentes del Nilo!

—El hecho es irrecusable, Samuel.

—¿Quedas convencido?

—¡No cabe duda, es el Nilo!

El doctor miró por última vez aquellas preciosas iniciales, cuya forma y dimensiones copió exactamente.

—Ahora, dijo, al globo.

—Pronto, porque veo algunos indígenas que se preparan para pasar el río.

—¡Ya poco nos importa! Que siga el viento empujándonos hacia el Norte durante algunas horas, y alcanzaremos á Gondokoro, y estrecharemos la mano de nuestros compatriotas!

Diez minutos despues el *Victoria* se levantaba magestuosamente, en tanto que el doctor Fergusson, en señal de triunfo, desplegaba el pabellon con las armas de Inglaterra.

CAPITULO XIX.

EL NILO.—LA MONTAÑA TEMBLADORA.—RECUERDOS DEL PAÍS.—LOS CUENTOS DE LOS ARABES.—LOS NYAM-NYAN.—REFLEXIONES SECRETAS DE JOE.—BORDADAS DEL «VICTORIA».—LAS ASCENSIONES AEROSTÁTICAS.—MADAMA BLANCHARD.

—¿Cuál es nuestra direccion? preguntó Kennedy á su amigo que estaba consultando la brújula.

—Nornoroeste.

—Entonces no es Norte!

—No, Dick, y creo que nos será difícil llegar á Gondokoro. Lo siento, pero al fin hemos enlazado las exploraciones del Este con las del Norte y de consiguiente no podemos quejarnos.

El *Victoria* se iba alejando poco á poco del Nilo.

—Quiero dirigir una última mirada, dijo el doctor, á esta latitud inaccesible que nunca han podido tras pasar los mas intrépidos viajeros! A la vista tenemos las intratables tribus de que hacen mencion MM. Petherick, d'Arnaud, Miani, y el jóven viajero M. Lejean, á quien se deben las mejores memorias que se han publicado sobre el alto Nilo.

—¿Es decir, preguntó Kennedy, que nuestros des-

cubrimientos concuerdan completamente con los presentimientos de la ciencia?

—Completamente. Los manantiales del rio Blanco Bar-el-Abiad, están sumergidos en un lago que parece un mar y allí es donde tiene su cuna. Algo pierde con eso la poesia, que debe á este rey de los rios un origen celestial. Los antiguos le llamaron Océano y algunos creyeron que procedia directamente del sol. Pero es preciso no tomar siempre al pie de la letra las tradiciones y aceptar de cuando en cuando lo que la ciencia nos enseña. No siempre, tal vez, habrá sabios; pero siempre habrá poetas.

—Aun se distinguen cataratas, dijo Joe.

—Son las cataratas de Makedo, á 3° de latitud. ¡No hay nada mas exacto! ¡Qué lástima que no ha-



El monte Logwek.

yamos podido seguir por espacio de algunas horas el curso del Nilo.

—Y allá abajo, delante de nosotros, dijo el cazador, distingo la cima de una montaña.

—Es el Monte Logwek, la Montaña Temblorosa de los árabes. Toda esta comarca ha sido explorada por M. Debono, que la recorria bajo el nombre de Letif Effendi. Las tribus próximas al Nilo son enemigas unas de otras y tienden á esterminarse mutuamente. Ya veis si habrá tenido peligros que arrostrar M. Debono.

El viento arrojaba entonces al *Victoria* hácia el Noroeste. Para evitar el Monte Logwek, fue preciso buscar una corriente mas inclinada.

—Amigos, dijo el doctor á sus dos compañeros, ahora empezamos verdaderamente nuestra travesía africana. Hasta hoy apenas hemos hecho mas que seguir las huellas de nuestros predecesores. Vamos en lo sucesivo á lanzarnos á lo desconocido. ¿Nos faltará valor?

—No; respondieron á un mismo tiempo Dick y Joe.

—¡Adelante, y que el cielo nos proteja!

A las diez de la noche, los viajeros, por encima de derrumbaderos, bosques y aldeas dispersas, llegaban á la vertiente de la Montaña Temblorosa, pasando por entre sus inhabitadas colinas.

En aquel memorable dia, 23 de abril, en quince horas de marcha, habian recorrido, á impulsos de un viento fuerte, una distancia de mas de 315 millas (1).

Pero esta última parte del viaje les habia dejado bajo el peso abrumador de una impresion melancólica. Reinaba en la barquilla un silencio completo. ¿Estaba el doctor Fergusson absorbido por sus descubrimientos? ¿Pensaban sus dos compañeros en aquella travesía por entre regiones desconocidas? Algo de eso habia sin duda, mezclado con los mas vivos recuerdos de Inglaterra y de los amigos lejanos. Joe era el único que se fortificaba en su insustancial filosofia, pareciéndole muy natural que la patria no estuviese allí estando en otra parte, pero respetó el

(1) Mas de 125 leguas.

silencio de Samuel Fergusson y de Dick Kennedy.

A las diez de la noche el *Victoria* «sondeó» en un punto de la Montaña Temblorosa (1); los expedicionarios cenaron debidamente, y se durmieron, quedando como siempre uno de ellos de centinela.

Al día siguiente se despertaron mas serenos. Hacia un tiempo delicioso y el viento era favorable, acabando de volver el buen humor á todos un almuerzo condimentado con los chistes de Joe.

La comarca que entonces recorrian confina con las montañas de la Luna y las del Darfour, y es casi tan estensa como la Europa entera.

—Atravesamos, sin duda, dijo el doctor, la tierra que se ha dado en llamar reino de Usoga. Algunos geógrafos pretenden que en el centro de Africa hay una vasta depresion, un inmenso lago central.

Veremos si tiene alguna apariencia de verdad este sistema.

—¿Pero cómo se ha podido hacer una suposicion semejante? preguntó Kennedy.

—Por las narraciones de los árabes. Los árabes son muy aficionados á cuentos, tal vez demasiado. Algunos viajeros al llegar á Kazeh ó á los Grandes Lagos, vieron esclavas procedentes de las comarcas centrales y les pidieron noticias de su país. Las esclavas se las dieron, y hé aquí todos los documentos con que han formado legajos que sirven de base á sus sistemas. Algo hay de verdad en el fondo de todo eso, pues ya hemos visto que no se engañaban respecto del nacimiento del Nilo.

—En efecto, no se engañaban, respondió Kennedy.



El árbol singular.

—Sin mas que esos documentos se han trazado mapas, entre ellos el que tengo á la vista para que me sirva de guía, y que me propongo rectificar en caso necesario.

—¿Toda esta region está habitada? preguntó Joe.

—Sin duda, y mal habitada por cierto.

—Así me lo figuraba.

—Estas tribus dispersas se hallan comprendidas bajo la denominación genérica de Nyam-Nyam, y este nombre no es mas que una onomatopeya tomada del ruido que la masticacion produce.

—¡Perfectamente expresado! dijo Joe; ¡nyam! ¡nyam!

—Si tú, Joe, fueses la causa inmediata de esta onomatopeya, no te parecería tan perfecta.

—¿Qué quereis, señor?

—Que estos pueblos tienen la reputacion de antropófagos.

—¿De veras?

—¡Y tan de veras! Se dijo también que estos indígenas estaban provistos de rabo como la mayor

(1) Segun la tradicion, tiembla desde el momento que le pisa un musulman.

parte de los cuadrúpedos; pero luego se reconoció que el tal apéndice pertenecía á la piel del animal de que se vestian.

—¡Tanto peor! en este país de mosquitos un buen rabo seria una gran cosa para espantarlos.

—No vendria mal, Joe, pero debemos relegar eso del rabo á la categoria de las fábulas como la cabeza de perro que el viajero Brum Rollet atribuia á ciertos pueblos.

—¿Cabeza de perro? Para ahullar y hasta para ser antropófago no me parece del todo mal.

—Lo que desgraciadamente no admite duda es la ferocidad de estos pueblos, muy ávidos de carne humana.

—Sentiria que probaran la mia, dijo Joe.

—¿De veras? dijo el cazador.

—Como lo oís, señor Dick. Si estoy predestinado á ser comido en un día de hambre, que sea en provecho vuestro y en el de mi amo. ¡Pero servir de pasto á esos salvajes! ¡Me moriria de vergüenza!

—Corriente, Joe, dijo Kennedy, contamos con tus magras cuando la ocasion llegue.

—Están á vuestra disposicion, señores.

—Adivino la trata, replicó el doctor, lo que Joe quiere es que le tratemos como cuerpo del rey y que le mantengamos gordo.

—¡Tal vez! respondió Joe. ¡Los hombres somos tan egoístas!

Por la tarde encapotó el cielo una niebla caliente que parecía ser una trasudación de la tierra, y permitía apenas distinguir los objetos, por lo que temiendo chocar contra el gran pico imprevisto, el doctor, á eso de las cinco dispuso que se echase el ancla. No sobrevino ningún accidente durante la noche, pero la profunda oscuridad reclamó una vigilancia estrema.

Al amanecer del día siguiente el monzon sopló con la mayor violencia, penetrando con ímpetu en las cavidades del globo, cuyo apéndice, por el cual entraban los tubos de dilatación, agitaba terriblemente. Necesario fue sujetar los tubos con cuerdas, y Joe practicó esta operación muy hábilmente.

Al mismo tiempo se aseguró de que el orificio del globo permanecía herméticamente cerrado.

—La importancia que eso tiene para nosotros, dijo el doctor Fergusson, es doble. En primer lugar evitamos la pérdida de un gas precioso, y en segundo lugar no dejamos á nuestro alrededor un reguero inflamable, al cual tarde ó temprano prenderíamos fuego.

—Lo que sería bastante serio, dijo Joe.

—Si tal sucediese, ¿caeríamos como despeñados? preguntó Dick.

—¡No! El gas ardería gradualmente, y nosotros bajaríamos poco á poco. De este accidente fue víctima madama Blanchard, aeronauta francesa que pegó fuego á su globo disparando cohetes desde la barquilla. No cayó precipitada, y seguramente no se hubiera muerto si no hubiese tenido la desgracia de que chocase su barquilla contra una chimenea desde la cual cayó á la calle.

—Confío, dijo el cazador, en que nosotros hemos de ser mas afortunados. Hasta ahora nuestra travesía no me parece peligrosa, y no veo que haya razon para que no lleguemos al término apetecido.

—Ni yo tampoco, amigo Dick. Los accidentes han sido casi siempre causados por la imprudencia de los aeronautas ó por la mala construcción de sus aparatos, y aun así, contándose por muchos millares las ascensiones aerostáticas, no se consignan mas que veinte accidentes que hayan ocasionado la muerte. En general, el momento de tomar tierra y el de empezar la ascension son los mas peligrosos, y durante ellos no debemos omitir precaucion alguna.

—Ha llegado la hora de almorzar, dijo Joe, y tendremos que contentarnos con carne en conserva y café, hasta que el señor Kennedy tenga ocasion de regalarnos una buena racion de venado.

CAPITULO XX.

LA BOTELLA CELESTIAL.—LA HIGUERA-PALMERA.—LOS MAM-MOTH-TRES.—EL ÁRBOL DE LA GUERRA.—EL TIRO ALAHO.—COMBATE DE DOS PUEBLOS.—CARNECERIA.—INTERVENCION DIVINA.

El viento arreció horriblemente y perdió su regularidad. El *Victoria* bordeaba incesantemente, virando tan pronto al Norte como al Sur, sin poder tomar ningún rumbo determinado.

—Andamos mucho y avanzamos poco, dijo Kennedy, notando las frecuentes oscilaciones de la aguja imantada.

—El *Victoria* se agita con una velocidad que no baja de 30 leguas por hora, dijo Samuel Fergusson. Asomados y vereis cuán rapidamente desaparece la campiña que se tiene á la vista. ¡Mirad! aquel bosque parece que se precipita contra nosotros.

—El bosque se ha convertido ya en un raso, respondió el cazador.

—Y el raso en una aldea, añadió Joe algunos instantes despues. ¡Qué caras de negros se ven tan embobadas!

—Es muy natural, respondió el doctor. En Francia los campesinos al aparecer los primeros globos, hicieron á éstos fuego tomándolos por monstruos aéreos, y por consiguiente bien se puede permitir á un negro del Soidan manifestar su asombro.

—Voy señor, con vuestro permiso, á echarles una botella vacía, dijo Joe, mientras que el *Victoria* pasaba á unos 100 pies de una aldea. Si la botella llega ile-a, la adorarán; si se hace pedazos, cada uno de estos se convertirá en un talisman prodigioso.

Y sin mas, tiró una botella, que al llegar al suelo se hizo añicos como era natural, y los indigenas se metieron precipitadamente en sus chozas lanzando horribles gritos.

Un poco mas adelante Kennedy, exclamó:

—¡Mirad qué árbol tan extraño! En su parte inferior es de una especie, y en la superior de otra.

—¡Qué rareza! dijo Joe; en este país nacen los árboles unos sobre otros.

—Es pura y simplemente un tronco de higuera, respondió el doctor, sobre el cual habrá caído un poco de tierra vegetal, en que el viento habrá echado un hueso de dátil que ha germinado como hubiera podido hacerlo enterrándose en el campo.

—Es un buen procedimiento, dijo Joe, que pienso introducir en Inglaterra. Con él mejorarán mucho los parques de Londres, y se multiplicarán considerablemente los árboles frutales. Los huertos se extenderán por lo alto, lo que será una gran ventaja para los propietarios de pequeños terrenos.

En aquel momento fue preciso elevar el *Victoria* para salvar un bosque de seculares bananos que tenían 300 pies de altura.

—¡Magníficos árboles! exclamó Kennedy; nada hay tan hermoso como el aspecto de esos venerables bosques. Miralos, Samuel.

—La corpulencia de esos bananos es verdaderamente maravillosa, amigo Dick, y nada sin embargo tendria de escepcional en los bosques del Nuevo Mundo.

—¿Cómo! ¿hay allí árboles aun mas altos?

—Sin duda, entre los que llamamos «mam-moth-tres». En California se ha visto un cedro de 450 pies de elevacion, es decir, mas alto que la torre del Parlamento y que la gran pirámide de Egipto. La base tenia 120 pies de circunferencia, y por las capas concéntricas de su madera pudo calcularse que tenia mas de 4,000 años.

—No era, pues, extraño, señor, que estuviese tan crecido. En cuatro mil años hay tiempo para dar un estiron.

Pero durante la anécdota del doctor y la respuesta de Joe, el bosque se habia perdido ya de vista, y apareció un gran número de chozas particularmente dispuestas alrededor de una plaza. En su centro se levantaba un árbol único que hizo exclamar á Joe:

—¡Vaya unas frutas deliciosas las que produce aquel árbol!

Y señalaba un sicomoro gigantesco, cuyo tronco desaparecia enteramente bajo un monton de huesos humanos. Las frutas á que se referia Joe eran cabezas recién cortadas clavadas en la corteza con puñales.

—¡El árbol de guerra de los canibales! dijo el doctor. Los indios arrancan el pelo cabelludo, y los africanos toda la cabeza.

—Segun la moda de cada país, dijo Joe.

La aldea de las cabezas sangrientas desapareció en el último límite del horizonte, y se presentó entonces otro espectáculo no menos repugnante: cadáveres

res medio devorados, esqueletos carcomidos, miembros humanos desparramados se habían dejado para pasto á las hienas y á los chacales. Era los restos de una interminable serie de banquetes de antropófagos.

—Son sin duda cuernos criminales, que lo mismo que en Abisinia, se dejan expuestos á los animales carnívoros que los devoran despues de haberlos despedazado.

—¿No es eso mucho mas cruel que la horca? dijo el escocés. Es un poco mas asqueroso, y hé aquí todo.

—En las regiones del Sur del Africa, repuso el doctor, se encierra á los criminales en su propia choza, con sus ganados y algunas veces con toda su familia y pegando fuego al lugurio, arden todos á un mismo tiempo. Eso es sin duda una crueldad, pero convengo con Kennedy en que la horca no es menos bárbara.

Joe, con la excelente vista de que tan buen uso sabia hacer, distinguió en el horizonte algunas bandadas de aves de rapiña.

—Son águilas, exclamó Kennedy despues de fijar en ellas su anteojo. Son magníficas águilas, cuyo vuelo es tan rápido como el nuestro.

—¡Librenos el cielo de sus ataques, dijo el doctor; para los que viajamos por el aire, son mas terribles que las fieras y que las tribus salvajes.

—¡Bah! respondió el cazador, con unos cuantos tiros las haríamos abandonar el campo.

—Prefero, amigo Dick, no tener que recurrir á tu habilidad: el tafetan del globo no resistiría sus picotazos. Afortunadamente, me parece que nuestra máquina, lejos de atraerlas las asusta.

—Una idea se me ocurre, dijo Joe: hoy estoy de rena, y á cada instante brota de mi cerebro una idea nueva. Si pudiésemos formar un tiro de águilas vivas, y engancharlas al globo, nos remontarian por el aire.

—No creas, respondió el doctor, que tu procedimiento no haya sido propuesto por los sabios con toda formalidad; pero tengo para mí que las águilas son demasiado ariscas por naturaleza para prestarse á semejantes funciones.

—Se procuraria adiestrarlas, repuso Joe, y en lugar de bocado, se las conduciría con unas anteojeas que las tapasen los ojos. Tapando uno de los dos, segun cual este fuese, harian rumbo á derecha é izquierda, y tapando los dos harian alto.

—Permíteme, Joe, preferir un viento favorable á las águilas de tiro; el viento no requiere ningun pienso, y es mas seguro.

—Os lo permito, señor; pero no echo la idea en saco roto.

Eran las doce del dia. El *Victoria* avanzaba con no mucha velocidad; ya debajo de él no parecia que el país huyese como algunos momentos antes; no hacia mas que andar.

De pronto llegaron á los oídos de los viajeros estrepitosos gritos y silbidos, que les hicieron asomarse para ofrecerles el mas conmovedor espectáculo.

Dos tribus se batian encarnizadamente envolviéndose en nubes de flechas. Cegados por el furor de la pelea, los combatientes no notaron la llegada del *Victoria*. Eran unos trescientos, habiendo entre ellos algunos que revolcándose en la sangre de los heridos, ofrecian un cuadro el mas nauseabundo.

Al ver el globo, hicieron cesar un momento las hostilidades. Multiplicaron sus ahullidos, y dispararon algunas flechas contra la barquilla. Una de ellas pasó tan cerca, que Joe la cogió al vuelo con la mano.

—¡Pongámonos fuera de tiro! exclamó el doctor Fergusson. No estamos en el caso de cometer imprudencias.

Despues de la tregua, empezó de nuevo la matanza

za con azagayas y hachas, el herido que caía era instantáneamente decapitado, y las mujeres tomaban parte en la refriega, recogiendo las ensangrentadas cabezas que aplicaban á los dos extremos del campo de batalla. Aquellas crias se batian entre sí disputándose tan repugnantes trofeos.

—¡Repugnante escena! exclamó Kennedy con profundo asco.

—¡Buena canalla! dijo Joe. Y sin embargo, si se pusiesen en uniformes serian como todos los guerreros del mundo.

—¡Qué ganas tengo de intervenir en el combate! repuso el cazador apurando con su carabina.

—¡No! respondió al momento el doctor; ¡no nos metamos en camisa de once varas! ¡Sabes tú cuál de los dos bandos tiene razon para tomar á tu cargo el papel de la Providencia? Huyamos pronto de tan repugnante espectáculo! Si los grandes capitanes pudiesen como nosotros dominar con la vista todo el campo de sus hazañas, acabarían tal vez por perder la afición á la sangre y á las conquistas.

El jefe de una de las tribus se distinguia por su estatura colosal y su musculatura atlética. Tenia fuerzas ercúleas. Con una mano abismaba su lanza en las compactas filas de sus enemigos, y con la otra descargaba el hacha. A un momento dado, tiró su ensangrentada azagaya, se precipitó contra un herido á quien derribó un brazo de un hachazo, cogió el miembro aun palpitante, y empezó á devorarlo.

—¡Qué horrible bestia! dijo Kennedy. ¡No puedo ya contenerme!

Y el guerrero, herido de un balazo en la frente, cayó de espaldas.

Viéndole caer, se apoderó de sus guerreros un profundo estupor. Aquella muerte sobrenatural les dejó helados, y reanimo al ardor de sus adversarios, que les obligaron á abandonar el campo de batalla.

—Busquemos mas arriba una corriente que nos aleje de aqui pronto, dijo el doctor. Este espectáculo me crispa los nervios.

Pero por mucha que fuese la prisa que se dió en partir, tuvo que ver á la tribu victoriosa como se precipitaba sobre los muertos y heridos, se disputaba aquella carne aun caliente que devoraba con la mayor ansia.

—¡Qué asco! dijo Joe, jeso es nauseabundo!

El *Victoria* se elevó, y los ahullidos de la horda ébria de sangre le siguieron algun tiempo; pero impelido hacia el Sur, se separó de aquella escena de carnicería y antropofagia.

El terreno ofrecia entonces accidentes variados, y lo surcaban numerosos arroyos que corriendo hacia el Este, tributaban sin duda sus aguas al lago Núi ó al rio de las Gacelas, del cual M. Lejean ha dado muy curiosas y muy circunstanciadas noticias.

Llegada la noche, el *Victoria* echó el ancla á los 27° de longitud y 4° 20' de latitud septentrional despues de una travesía de 150 millas.

CAPITULO XXI.

RUMORES EXTRAÑOS.—UN ATAQUE NOCTURNO.—KENNEDY Y JOE EN EL ARBOL.—DOS TIROS.—¡A MÍ!—RESPUESTA EN FRANCES.—LA MAÑANA.—EL MESIONERO.—EL PLAN DE SALVACION.

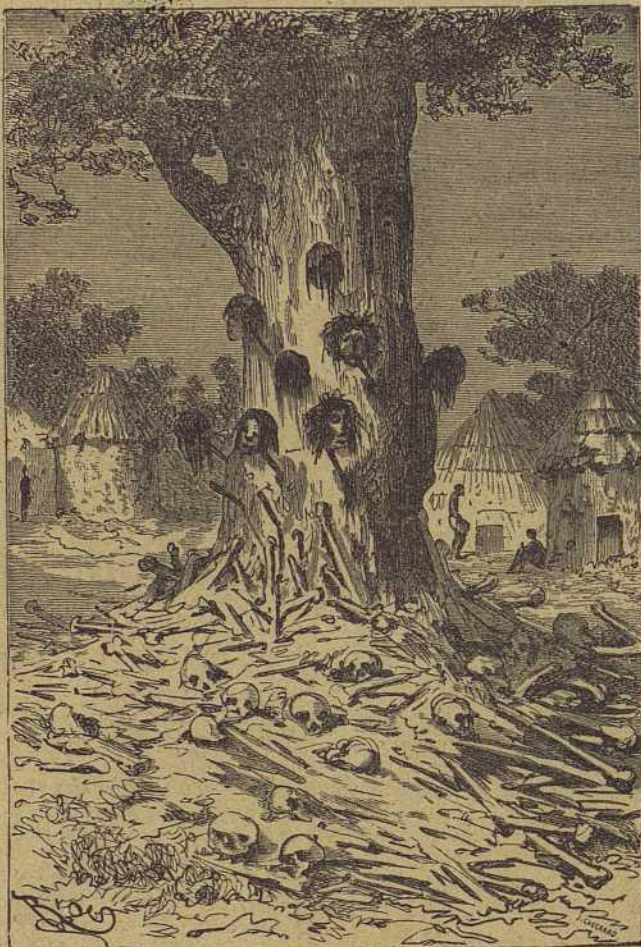
La noche se ponía muy oscura. El doctor no había podido reconocer el país, y se había asido de un árbol muy corpulento, del cual distinguia á duras penas confusas formas.

Entró de guardia á las nueve, como tenia de costumbre, y Dick le relevó á las doce.

—¡Vigilancia, Dick, mucha vigilancia!

—¿Ocurre alguna novedad?

—No, pero no puedo asegurar de una manera po-



El árbol de los caníbales.

sitiva dónde nos ha traído el viento, y creo haber sorprendido debajo de nosotros vagos rumores. La prudencia en nosotros nunca es excesiva.

—Habrá oído los gritos de algunas fieras.

—No, me parece que es alguna otra cosa..... En fin, veremos; á la menor alarma no dejes de despertarnos.

—Duerme tranquilo.

El doctor, después de haber escuchado de nuevo con la mayor atención, sin oír nada de particular, se echó sobre su manta y no tardó en dormirse.

El cielo estaba cubierto de densas nubes; pero ni un soplo de aire turbaba la tranquilidad de la atmósfera. El *Victoria*, sujeto por una sola áncora, no experimentaba oscilación alguna.

Kennedy, recostado en la barquilla de manera que podía tener cuidado del soplete en actividad, consideraba aquella oscura calma. Interrogaba el horizonte, y como suele suceder á los que tienen el ánimo inquieto ó prevenido, su mirada creía de cuando en cuando distinguir vagos resplandores.

Hasta hubo un momento en que creyó percibir un muy distintamente á 200 pasos de distancia; pero pasó como un relámpago, y no volvió á ver nada.

Era sin duda una de aquellas sensaciones luminosas que el aparato de la vision se forja en las oscuridades profundas.

Kennedy se tranquilizó y volvió á abismarse en su contemplación indecisa, cuando hendió los aires un agudo silbido.

¿Era el grito de un animal, de algun pájaro nocturno? ¿Salía de labios humanos?

Kennedy, comprendiendo toda la gravedad de la situación, estuvo á punto de despertar á sus compañeros, pero como, fuesen hombres ó animales, no estaban á su alcance, se limitó á asegurarse de sus armas, y con su anteojó de noche abismó su mirada en el espacio.

Creyó vislumbrar debajo de la barquilla ciertas formas vagas que se deslizaban hacia el árbol, y al pálido resplandor de un rayo de luna que se filtró como un relámpago entre dos nubes, reconoció muy distintamente un grupo de individuos que se agitaban en la sombra.

Recordó entonces la aventura de los cinocéfalos, y tocó con la mano al doctor en el hombro.

El doctor se despertó inmediatamente.

—Silencio, dijo Kennedy, hablemos en voz baja.



Toda la horda desapareció al oír los disparos.

—¿Hay algo?

—Sí, despertemos á Joe.

Luego que Joe se levantó, refirió el cazador lo que había visto.

—¿Otra vez los malditos monos? dijo Joe.

—Es posible; pero es menester andar prevenidos.

—Joe y yo, dijo Kennedy, vamos á bajar al árbol por la escala.

—Y entre tanto, respondió el doctor, yo tomaré mis medidas para poder ascender rápidamente.

—Corriente.

—Bajemos, dijo Joe.

—No hagais uso de las armas hasta el último extremo; es inútil en estos sitios revelar nuestra presencia.

Dick y Joe contestaron con un ademán. Se deslizaron sin ruido hacia el árbol y se colocaron en la horquilla formada por dos gruesas ramas en que el áncora había clavado sus uñas.

Pasados algunos minutos escucharon, sin moverse y casi sin respirar, el ruido que se percibía entre las ramas. A cierto roce que se produjo en la corteza, Joe cogió la mano del escocés.

—¿Oís?

—Sí, se va acercando.

—¿Si será una serpiente? El silbido que habeis oído...

—¡No! tenía algo de humano.

—Prefiero que sean salvajes. Los reptiles me repugnan.

—El ruido aumenta, repuso Kennedy poco despues.

—¡Sí! algo sube, alguno trepa.

—Vigila este lado, yo me encargo del otro.

—Bien.

Los dos se hallaban aislados en la cima de una robusta rama que arrancaba verticalmente del centro del baobab que parecía él solo todo un bosque. La oscuridad, aumentada por el espeso follaje, era profunda; sin embargo Joe, indicando á Kennedy la parte inferior del árbol, le dijo al oído:

—Negros.

Algunas palabras pronunciadas en voz baja llegaron á los dos viajeros.

Joe se echó la escopeta á la cara.

—Aguarda, dijo Kennedy.

Negros salvajes se habían, en efecto, encaramado por el baobab; brotaban de todas partes, subiendo por las ramas como reptiles, con lentitud, pero con aplomo.

mo, y les denunciaban entonces las emanaciones de sus cuerpos frotados con una grasa infecta.

Luego se presentaron dos cabezas á las miradas de Kennedy y de Joe, al nivel mismo de la rama que ocupaban.

—¡Atención! dijo Kennedy. ¡Fuego!

Los dos tiros, confundidos en uno solo, retumbaron como un trueno, y se extinguieron en medio de dolorosos gritos. La horda toda desapareció.

Pero, en medio de los ahullidos, se oyó una voz extraña inesperada, imposible. De una boca humana salieron eⁿ francés estas palabras:

—¡Socorro, socorro!

Kennedy y Joe, atónitos, volvieron á la barquilla á toda prisa.

—¿Habeis oído? les dijo el doctor.

—¡Perfectamente! este grito sobrenatural: ¡Socorro, socorro!

—¡Un francés en manos de estos bárbaros!

—¡Un viajero!

—¡Un misionero tal vez!

—¡Desgraciado! exclamó el cazador. ¡Le asesinan, le martirizan!

El doctor procuraba en vano ocultar su conmoción.

—No hay duda, dijo. Un desgraciado francés ha caído en manos de los salvajes. Pero nosotros no partiremos sin haber hecho todo lo posible para salvarle. Al oír nuestros di^{os} paros, habrá creído en un auxilio inesperado, en una intervencion providencial. No defraudaremos su última esperanza. ¿No es este vuestro parecer?

—No puede ser otro, Samuel, y dispuestos estamos á obedecerte.

—Combinemos, pues, nuestros planes, y apenas amanezca procuraremos arrancar á la víctima de las garras de sus verdugos.

—¿Pero cómo lo separaremos de esos miserables negros? preguntó Kennedy.

—Es para mí evidente, dijo el doctor, por la manera que han tenido de huir, que no conocen las armas de fuego. Debemos, pues, aprovecharnos de su terror, pero es preciso aguardar la madrugada para obrar, y formaremos nuestro plan de salvamento segun la disposicion de los lugares.

—El desgraciado no debe estar lejos, dijo Joe, porque...

—¡Socorro... Socorro! repitió la voz mas debilitada.

—¡Los bárbaros! exclamó Joe conmovido. ¿Y si lo matan esta noche?

—¿Oyes, Samuel? repuso Kennedy cogiendo la mano del doctor. ¿Si le matan esta noche?

—No es probable, amigos; los pueblos salvajes dan muerte á sus prisioneros durante el dia; necesitan la luz del sol.

—¿Y si yo sacara partido de las tinieblas de la noche, dijo el escocés, para deslizarme hácia el desgraciado?

—¡Yo os acompañaré, señor Dick!

—¡Deteneos, amigos, deteneos! Vuestra resolucioⁿ honra vuestro corazon y vuestro valor; pero nos pondria en peligro á todos, y acabaria de agravar la situacion del que queremos salvar.

—¡Por qué! replicó Kennedy. Los salvajes están ameⁿtrados y dispersos. No volverán.

—Dick, te lo suplico, obedéceme; yo me propongo la salvacion de todos. Si por una casualidad te dejases sorprender, estaria perdido todo.

—Pero este desgraciado, ¿qué aguarda, qué espera! Ninguna voz responde á su voz... Nadie le socorre... Debe creer que le han engañado sus sentidos, que no ha oído nada!...

—Se le puede tranquilizar, dijo el doctor Fergusson.

Y en pie, en medio de la oscuridad formando con las manos una bocina, exclamó con energia en la lengua del extranjero.

—Quien quiera que seais, tened confianza. ¡Velan sobre vos tres amigos!

Le respondió un ahullido terrible, que ahogó sin duda la respuesta del prisionero.

—¡Le degüellan... le van á degollar! exclamó Kennedy. ¡Nuestra intervencion no habrá servido mas que para acelerar la hora de suplicio! ¡Es preciso obrar!

—¿Pero cómo, Dick? ¿Qué pretendes hacer en medio de esta oscuridad?

—Oh... si fuese de dia! exclamó Joe.

—¿Y qué harias si fuese de dia? preguntó el doctor con un tono particular.

—Nada mas sencillo, Samuel, respondió el cazador. Bajaria á tierra, y á tiros dispersaria á esa canalla.

—Y tú, Joe? preguntó Fergusson.

—Yo, señor, obraria mas prudentemente, haciendo llegar un aviso al prisionero para que huyera en una direccion convenida.

—¿Y cómo harias llegar el aviso?

—Por medio de esta flecha que he cogido al vuelo, á la cual ataria un billete, ó simplemente le hablándole en voz alta, puesto que los negros no comprenden nuestros idiomas.

—Vuestros planes, amigos míos, son impracticables. La mayor dificultad estaria en poder el desgraciado huir, aun admitiendo que llegase á burlar la vigilancia de sus verdugos. En cuanto á ti amigo Dick, con mucha audacia, y prevaleiéndote del terror ocasionado por nuestras armas de fuego, obtendrais tal vez buen éxito, pero si tu proyecto fracasase, te perderias, y tendríamos que salvar dos personas en lugar de una. ¡No! es preciso procurar que nos favorezcan todas las probabilidades y obrar de otra manera.

—Pero obrar inmediatamente, replicó el cazador.

—¡Tal vez! respondió Samuel cargando el acento sobre esta palabra.

—Señor, ¿seriais capaz de disipar estas tinieblas?

—¿Quién sabe, Joe?

—¡Ah! si las disipáseis os proclamaria el primer sabio del mundo.

El doctor permaneció algunos instantes silencioso y reflexivo. Sus dos compañeros le miraban con ansiedad, sobrescitados por aquella situacion extraordinaria.

Fergusson tomó en seguida la palabra.

—Hé aquí mi plan, dijo. Nos quedan 200 libras de lastre; puesto que están aun intactos los sacos que nos hemos traído. Admito que el prisionero, estenuado evidentemente por los padecimientos, pesa tanto como cualquiera de nosotros; tendremos que desprendernos de 70 libras con objeto de subir mas rápidamente.

—¿Cómo piensas, pues, maniobrar? preguntó Kennedy.

—Voy á decírtelo, Dick. Tú admites sin duda que si yo cargo con el prisionero y me desprendo de una cantidad de lastre igual á su peso, no habré turbado en lo mas mínimo el equilibrio del globo; pero entonces, si quiero tener una ascension rápida para ponerme fuera del alcance de esta tribu de negros, tendré que echar mano de medios mas enérgicos que el soplete. Pues bien: precipitando el lastre escedente en el momento requerido, estoy seguro de subir con mucha rapidez.

—Es evidente.

—Si, pero hay un inconveniente. Despues, para bajar, tendré que perder una cantidad de gas, proporcionada al exceso de lastre de que me haya desprendido. Y este gas no tiene precio, pero su pérdida

no es de sentir, tratándose de la salvación de un hombre.

—Tienes razón, Samuel, debemos sacrificarlo todo a tan noble objeto.

—Obremos, pues, y tengamos los sacos preparados en la barquilla de modo que podamos arrojarlos todos a un mismo tiempo.

—¿Pero esta oscuridad?..

—Oculta nuestros preparativos, y no debemos querer que se disipe hasta que estén terminados. Procurad tener todas las armas muy á mano. Acaso sea preciso hacer fuego, para lo cual tenemos un tiro de carabina, cuatro de las dos escopetas, doce de los dos revólvers, total diez y siete, que pueden dispararse en una cuarta parte de minuto. Pero acaso no tengamos que recurrir á todo este ruido. ¿Estais dispuestos?

—Estamos, respondió Joe.

Los sacos estaban preparados y las armas cargadas.

—Bien, dijo el doctor. Estad muy alerta. Joe queda encargado de arrojar el lastre y Dick de apoderarse del prisionero; pero que no se haga nada hasta que yo dé la orden. Joe, ve ahora á desenganchar el ancla y vuelve pronto á la barquilla.

Joe se deslizó por el cable y reapareció á los pocos instantes. El *Victoria* en libertad flotaba en el aire, casi inmóvil.

Durante este tiempo el doctor se aseguró de que habia una cantidad suficiente de gas en la caja de mezcla para alimentar en caso necesario el soplete sin necesidad de recurrir durante algun tiempo á la acción de la pila de Buntzen. Quitó los dos hilos conductores perfectamente aislados que servian para descomponer el agua, y luego, registrando su maleta de viaje, sacó de ella dos pedazos de carbon terminado en punta que fijó en la estrechidad de cada hilo.

Sus dos amigos le miraban sin comprender lo que hacia, pero callaban. Cuando el doctor hubo terminado su trabajo, se colocó en pie en medio de la barquilla, cogió uno de los dos carbones en cada mano y aproximó las dos puntas.

De repente un resplandor inmenso y deslumbrador que no podian los ojos resistir se produjo entre las dos puntas de carbon, y un haz inmenso de luz eléctrica disipó la oscuridad de la noche.

—¡Oh, señor! exclamó Joe.

—¡Silencio! dijo el doctor.

CAPITULO XXII.

EL HAZ DE LUZ.—EL MISIONERO.—RAPTO EN RAYO DE LUZ.—EL SACERDOTE LAZARISTA.—POCA ESPERANZA.—CUIDADOS DEL DOCTOR.—UNA VIDA DE ABNEGACION.—PASO DE UN VOLCAN.

Fergusson dirigió á varios puntos del espacio su poderoso rayo de luz, y lo detuvo en uno del cual partian gritos de asombro, y en el cual sus compañeros fijaron con ansiedad sus miradas.

El baobab, encima del cual se mantenía el *Victoria* casi inmóvil, se levantaba en el centro de un raso. Se distinguían entre campos de sésamos y cañas de azúcar, unas cincuenta chozas, bajas y cónicas, alrededor de las cuales hormigueaba una numerosa tribu.

A 100 pies debajo del globo descollaba un poste, junto al cual yacía una criatura humana, un joven que tenia apenas treinta años, con largos cabellos negros, medio desnudo, flaco, ensangrentado, cubierto de heridas, con la cabeza doblada sobre el pecho como el Cristo crucificado.

Algunos cabellos mas cortos en la coronilla, indicaban aun el sitio de una tonsura medio borrada.

—¡Un misionero! ¡un sacerdote! exclamó Joe.

—¡Desgraciado! respondió el cazador.

—¡Le salvaremos, Dick! dijo el doctor, ¡le salvaremos!

Aquella caterva de negros, al percibir el globo, semejante á una cometa enorme con una cola de luz desumbradora, experimentó, como era natural, un sobresalto indescriptible. Al oír sus gritos, el prisionero levantó la cabeza. Brilló rápidamente en sus ojos la luz de la esperanza, y sin comprender lo que pasaba, tendió sus brazos hacia sus inesperados libertadores.

—¡Vive, vive! exclamó Fergusson. ¡Loado sea Dios! ¡Esos salvajes se hallan abismados en un magnífico espanto! ¡Le salvaremos! ¿Estais, amigos, preparados?

—Sí, Samuel.

—Joe, apaga el soplete.

Se ejecutó la orden del doctor. Un vientecillo casi imperceptible empujaba suavemente al *Victoria* encima del prisionero, al mismo tiempo que con la contracción del gas el globo descendía insensiblemente. Quedó flotando en medio de las luminosas ondas por espacio de diez minutos. Fergusson envolvió á la muchedumbre en el haz centelleante que proyectaba á trechos manchas de luz muy rápidas y vivas. La tribu, bajo el dominio de un indescriptible terror, desapareció poco á poco en el fondo de las chozas, sin quedar ningun negro alrededor del poste. Con razon habia el doctor contado con la aparición fantástica del *Victoria*, que proyectaba en aquella intensa oscuridad rayos de sol.

Se acercó la barquilla á tierra. Algunas negros, sin embargo, mas audaces que los otros, comprendiendo que se les escapaba su víctima, aparecieron de nuevo lanzando espantosos gritos. Kennedy apuntó su escopeta, pero el doctor no quiso que la disparase.

El sacerdote, de rodillas, sin fuerza ya para tenerse en pie, ni siquiera estaba atado al poste, porque su debilidad volvía inútiles todas las cuerdas. En el momento de llegar la barquilla cerca de la tierra, el cazador, soltando su arma, tomó al sacerdote en brazos y lo colocó en la barquilla; al mismo tiempo arrojaba todas á la vez las 206 libras de lastre.

El doctor contaba con subir rápidamente, pero, contra sus previsiones, el globo, despues de haber subido unos cuatro pies, permaneció inmóvil.

—¿Quién nos sujeta? exclamó con acento de terror. Algunos salvajes acudian lanzando feroces ahullidos.

—¡Oh! exclamó Joe, asomándose. ¡Uno de esos malditos negros se ha colgado á la barquilla.

—¡Dick! ¡Dick! exclamó el doctor, ¡la caja del agua! Dick comprendió la intencion de su amigo, y levantando una de las cajas de agua que pesaba mas de 100 libras, la precipitó desde la barquilla.

El *Victoria*, descargado de aquel lastre, dió un salto de 300 pies de elevacion en medio de los rugidos de la tribu, cuyo prisionero se evadía envuelto en un rayo de luz resplandeciente.

—¡Hurrah! gritaron los dos compañeros del doctor. El globo dió de repente un nuevo salto con el cual llegó á una elevacion de mas de 1.000 pies.

—¿Qué sucede? preguntó Kennedy, que estaba próximo á perder el equilibrio.

—¡Nada! es ese picaro que se ha desasido de la barquilla, respondió tranquilamente Samuel Fergusson.

Y Joe, asomándose rápidamente, pudo aun distinguir al salvaje, con los brazos tendidos, que despues de dar vueltas en el espacio, se estrelló al llegar á tierra. El doctor separó entonces los dos hilos eléctricos, y quedó todo abismado en una oscuridad profunda. Era la una de la noche.



Un haz inmenso de luz eléctrica disipó la oscuridad

El francés, que se había desmayado, abrió por fin los ojos.

—Estais salvado, le dijo el doctor.

—¡Salvado! respondió él en inglés con una melancólica sonrisa, ¡salvado de una muerte cruel! Os doy gracias, hermanos míos; pero tengo los días contados, contadas las horas, y me queda muy poco tiempo de vida.

Y sin fuerza para mover los labios, cayó en una especie de sopor, procedente de su misma debilidad.

—Se muere, exclamó Dick.

—No, no, respondió Fergusson inclinándose hacia el pobre misionero, pero está muy débil. Acostémosle bajo la tienda.

Y con el mayor esmero tendieron sobre las mantas aquel pobre cuerpo demacrado, cubierto de cicatrices y heridas de que aun brotaba sangre, aquel cuerpo en que el hierro y el fuego había dejado muchas y muy dolorosas huellas. El doctor convirtió un pañuelo en hilas que aplicó sobre las llagas después de haberlas lavado, conduciéndose con toda la delicadeza de un diestro cirujano, y luego tomó de su botiquín un cordial, del cual vertió algunas gotas en los labios del virtuoso sacerdote.

Este cerró con dificultad la boca y tuvo apenas fuerza para decir: «¡Gracias! ¡gracias!»

El doctor comprendió que el enfermo necesitaba descansar, por lo que corrió las cortinas de la tienda y volvió á tomar la dirección del globo.

Teniendo en cuenta el peso del nuevo nuésped, se echaron fuera del globo 180 libras de lastre, y se mantenía por consiguiente sin auxilio del soplete. Al rayar el día, una corriente le impelió con suavidad hacia el Noroeste. Fergusson pasó á examinar al sacerdote aletargado.

—¡Ojalá podamos conservar la vida de este compañero que el cielo nos ha enviado! dijo el cazador. ¿Tienes alguna esperanza?

—Sí, Dick; á fuerza de cuidados. Confío en este aire tan puro.

—¿Cuanto ha sufrido el infeliz! dijo Joe muy conmovido. ¿Sabeis que ha acometido empresas mas atrevidas que las nuestras, viniendo solo á visitar estos pueblos?

—¿Quién lo duda? respondió el cazador.

Durante todo el día, no quiso el doctor que se interrumpiese el sueño del enfermo, á pesar de que aquel sueño era un largo sopor, entrecortado por

quejidos que no dejaban de inspirar á Fergusson serias inquietudes.

Al llegar la noche el *Victoria* permanecía estacionario en medio de la oscuridad, y en tanto que Joe y Kennedy tomaban algun descanso al lado del enfermo, Fergusson velaba por la seguridad de todos.

Al dia siguiente por la mañana, el *Victoria* habia

derivado algo hácia el Oeste. El dia se anunciaba puro y magnífico. El enfermo pudo llamar á sus nuevos amigos con una voz mas clara. Se levantaron las cortinas de la tienda, y aspiró con placer el aire fresco de la mañana.

—¿Cómo estáis? le preguntó Fergusson.

—Mejor tal vez, respondió él; Pero mis buenos



Un negro colgado de la barquilla.

amigos, yo no os he visto mas que como las imágenes que aparecen en un sueño! ¡Apenas me puedo dar cuenta de lo que ha pasado! Decidme vuestros nombres para que no los olvide en mis últimas oraciones.

—Somos viajeros ingleses, respondió Samuel, hemos intentado atravesar el Africa en un globo, y durante nuestra travesía hemos tenido la suerte de salvaros.

—La ciencia tiene sus héroes, dijo el misionero.

—Pero la religion tiene sus mártires, respondió el escocés.

—¿Vos sois misionero? preguntó el doctor.

—Soy un sacerdote de la mision de los Lazaristas. El cielo os ha enviado, ¡loado sea! ¡El sacrificio de mi vida estaba hecho! Pero vosotros venis de Europa. ¡Habladme de Europa, habladme de Francia! No he recibido en cinco años ni una sola noticia.

—¡Cinco años, solo entre esos salvajes! exclamó Kennedy.

—Son almas que hay que rescatar, dijo el joven sacerdote, hermanos ignorantes y bárbaros á quienes solo la religion puede civilizar é instruir.

Samuel Fergusson, para complacer al misionero, le habló mucho de Francia.

El denodado mártir le escuchaba con atencion, y las lágrimas humedecian sus ojos. El pobre joven tomaba sucesivamente las manos de Kennedy y de Joe con las suyas que abrasaba la calentura; el doctor le preparó algunas tazas de té que bebió con

fruicion. y entonces se sintió con fuerzas para incorporarse un poco y sonreir, viéndose mecer en un cielo tan puro.

—Sois audaces viajeros, dijo, y un feliz éxito coronará vuestra atrevida empresa; vosotros volveréis á ver á vuestros parientes, á vuestros amigos, volveréis á vuestra patria... ¡Vosotros!...

Aumentó entonces tanto la debilidad del joven sacerdote, que fue preciso hacerle echar de nuevo. Una postracion, que duró algunas horas, le tuvo como muerto entre las manos de Fergusson, el cual se sentia profundamente conmovido. Veia extinguirse aquella simpática existencia. ¿Tan pronto iba á perder á la víctima que habian arrancado del suplicio? Curó de nuevo las horribles úlceras del mártir y sacrificó la mayor parte de su provision de agua en refrescar sus ardientes miembros. Le rodeó de la solicitud mas inteligente y tierna. El enfermo renacia poco á poco entre sus brazos, y recobraba el sentimiento ya que no la vida.

El doctor sorprendió su historia entre sus palabras entrecortadas.

—Hablad vuestra lengua materna, le habia dicho, que os fatigará menos; yo la comprendo perfectamente.

El misionero era un pobre breton, nacido en la aldea de Aradon, en Morhiban. Empezando por vocacion la carrera eclesiástica, no le bastaba la vida de abnegacion que reclama el sacerdocio, y para arrostrar peligros entró en la órden de misioneros fun-

zada por el glorioso San Vicente de Paul. A los veinte años pasó de su país á las playas inhospitalarias de Africa. Poco á poco, sobrepujando obstáculos, desafiando privaciones, andando y orando, avanzó hasta el seno de las tribus que pueblan los afluentes del Nilo superior. Por espacio de dos años, fue rechazada su religion, desconocido su celo, despreciada su caridad. Cayó prisionero de una de las mas crueles tribus de Nyambara, que le trató de una manera horrible. Y él, sin embargo, seguía enseñando, instruyendo, orando. Derrotada aquella tribu en uno de sus frecuentes combates con otras igualmente crueles, el misionero fue dejado por muerto en el campo, y continuó su peregrinacion evangélica. Durante una tem-

porada le tuvieron por loco, y aquella temporada fue la mas tranquila de su vida. Se familiarizó con los idiomas de aquellas comarcas, y siguió catequizando y recorriendo aquellas bárbaras regiones, empujado por una fuerza sobrehumana que no viene mas que de Dios. Un año hacia que su celo evangélico le habia llevado á la tribu de los Nyam-Nyam, llamada Barefri, que es una de las mas salvajes. Habiendo muerto un jefe, se le achacó su muerte inesperada, y se resolvió inmolarle. Cuarenta horas hacia que duraba su suplicio que como el doctor habia supuesto, debia terminar con la muerte el dia siguiente á las doce. Cuando oyó las detonaciones de las armas de fuego sintió reaccionarse en él los ins-



Caida del negro.

lentos de conservacion y gritó: ¡Socorro! Y creyó haber soñado, cuando una voz venida de lo alto le dirigió palabras de consuelo.

—¡No siento morir, añadió; mi vida es de Dios, y Dios dispone de ella!

—Esperad, le respondió el doctor: estamos á vuestro lado, y os arrancaremos á la muerte como os hemos arrancado al suplicio.

—No pido tanto al cielo, respondió el sacerdote resignado. ¡Bendito sea ese Dios que antes de morir me ha concedido la dicha de apretar manos amigas y oír la lengua de mi país!

El misionero se sintió desfallecer nuevamente, y el dia se pasó entre la esperanza y la zozobra. Kennedy estaba muy conmovido, y Joe volvía la cabeza para ocultar sus lágrimas.

El *Victoria* avanzaba poco, y parecia que el viento temia ajar su preciosa carga.

A la caída de la tarde, Joe distinguió hacia el Oeste un resplandor inmenso. Bajo latitudes mas elevadas se hubiera tomado aquel resplandor por una aurora boreal. El cielo parecia incendiado. El doctor examinó con atencion el fenómeno.

—No puede ser mas que un volcan en actividad, dijo.

—Y el viento nos lleva á él, replicó Kennedy.

—Tranquillizate. Por encima de él pasaremos.

Tres horas despues el *Victoria* se hallaba en un país montuoso. Su posicion exacta era 24° 15' de longitud y 4° 42' de latitud. Tenia delante un cráter que vomitaba torrentes de lava derreida y arrojaba á grande altura enormes peñascos. Habia arroyos de fuego líquido que se despeñaban formando cascadas delumbradoras. El espectáculo era magnífico, pero peligroso, porque el viento, con una fijeza constante, impelia el globo hacia aquella atmósfera incendiada.

Preciso era salvar aquel obstáculo en la imposibilidad de dejarlo á un lado. Abrióse completamente la espita del soplete, y el *Victoria* subió á una altura de 6,000 pies, dejando entre el volcan y él un espacio de mas de 300 toesas.

Desde su lecho de dolor, el sacerdote moribundo pudo contemplar aquel cráter de que se escapaban con estrépito mil haces resplandecientes.

—¡Qué hermoso espectáculo! dijo. ¡Cuán infinitamente hermoso!



„quella explosion de lava cubria las laderas de la montaña.

es el poder de Dios hasta en sus mas terribles manifestaciones!

Aquella inmensa explosion de lava en ignicion cubria las laderas de la montaña con un verdadero tapiz de llamas. El hemisferio inferior del globo resplandecia en medio de la noche, y un calor urente

que subia á la barquilla obligó al doctor Fergusson á huir pronto de aquella atmósfera peligrosa.

A cosa de las diez de la noche, la montaña no era mas que un punto rojo en el horizonte, y el *Victoria* proseguia tranquilamente su viaje en una zona menos elevada.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

INDICE.

	PAGS.
CAPITULO I. — El final de un discurso muy aplaudido. — Presentacion del doctor Samuel Fergusson. — «Excelsior.» — Retrato de cuerpo entero del doctor. — Un fatalista convencido. — Comida en <i>Traveller's club</i> . — Numerosos brindis de circunstancias.	5
II. — Un artículo del <i>Daily Telegraph</i> . — Guerra de periódicos científicos. — M. Patermann sostiene á su amigo el doctor Fergusson. — Respuesta del sabio Koner. — Apuestas. — Varias proposiciones hechas al doctor	7
III. — El amigo del doctor. — De qué procedía su amistad. — Dick Kennedy en Londres. — Proposición inesperada, pero no tranquilizadora. — Proverbio poco consolador. — Algunas palabras acerca del martirologio africano. — Ventajas del globo aerostático. — El secreto del doctor Fergusson.	9
IV. — Exploraciones africanas. — Barth, Richardson, Overweg, Werner, Brun-Rollet, Pencey, Andrea Debono, Miani, Guillaume Lejean, Bruce, Krapf y Rebmaun, Maizan, Roscher, Burton y Speke.	12
V. — Sueños de Kennedy. — Artículos y pronombres en plural. — Insinuaciones de Dick. — Paseo por la costa de Africa. — Lo que queda entre las dos puntas del compás. — Expediciones actuales. — Speke y Grant. — Krapf, de Deken, de Hugin.	13
VI. — Un criado imposible. — Percibe los satélites de Júpiter. — Controversia de Dick y Joe. — La duda y la creencia. — El peso. — José Wellington. — Recibe media corona.	17
VII. — Pormenores geométricos. — Cálculo de la capacidad del buque. — El aerostático doble. — La envoltura. — La barquilla. — El aparato misterioso. — Los viveres. — La adición final.	18
VIII. — Importancia de Joe. — El comandante del <i>Resolute</i> . — El arsenal de Kennedy. — Arreglos. — Banquete de despedida. — Partida del 21 de febrero. — Sesiones científicas del doctor. — Daveyrier, Livingstone. — Pormenores del viaje aéreo. — Kennedy reducido al silencio.	20
IX. — Se dobla el cabo. — El castillo de proa. — Curso de cosmografía por el profesor de Joe. — De la direccion de los globos. — De la investigacion de las corrientes atmosféricas. — Eureka.	22
X. — Ensayos anteriores. — Las cinco cajas del doctor. — La cánula de gas. — El calorífero. — Manera de maniobrar. — Exito infalible.	24
XI. — Legada á Zancibar. — El cósul inglés. — Malas disposiciones de los habitantes. — La isla Koumbeni. — Los forjadores de lluvia. — Hinchazon del globo. — Partida del 18 de abril. — Ultimo adios. — El <i>Victoria</i> .	26
XII. — Travesía del estrecho. — El Mriema. — Conversacion de Dick y proposición de Joe. — Receta para el café. — El Uzaramo. — El desventurado Maizan. — El monte Dutumi. — Las cartas del doctor. — Noche sobre un Nogal.	30
XIII. — Variaciones de tiempo. — Calentura de Kennedy. — La medicina del doctor. — Viaje por tierra. — El valle Imengé. — El monte Rubeho. — A 6,000 pies. — Un alto del día.	34
XIV. — El bosque de Gómeros. — El antilope blanco. — La señal de reunion. — Un asalto inesperado. — El Kanyenyé. — Una noche al aire. — El Mahunguru. — Jihoue la Mkoa. — Provision de agua. — Llegada á Kazeh.	37
XV. — Kazeh. — El mercado bullicioso. — Aparicion del <i>Victoria</i> . — Los Wangangan. — Los hijos de la Luna. — Paseo del doctor. — Poblacion. — El tembe real. — Las mujeres del sultan. — Una borrachera real. — Joe adorado. — Cómo se baila en la luna. — Peripecia. — Dos lunas en el firmamento. — Instabilidad de las grandezas divinas.	40
XVI. — Síntomas de tempestad. — El país de la luna. — El porvenir del continente africano. — La máquina de la última hora. — Vista del país al ponerse el sol. — Flora y fauna. — La tempestad. — La zona de fuego. — El cielo estrellado.	44

Capítulo XVII.	Las montañas de la luna.—Un océano de verdura.—Se echa el áncora.—El elefante remolcador.—Fuego nutrido.—Muerte del paquidermo.—El horno de campaña.—Comida sobre la hierba.—Una noche en tierra.	49
XVIII. —	El Karagwah.—El lago de Ukereonó.—Una noche en una isla.—El Ecuador.—Travesía del lago.—Las cascadas.—Vista del país.—Las fuentes del Nilo.—La isla Benga.—La firma de Andrea Debono.—El pabellon con las armas de Inglaterra.	52
XIX. —	El Nilo.—La montaña tembladora.—Recuerdos del país.—Los cuentos de los árabes.—Los Nyam Nyam.—Reflexiones secretas de Joe.—Bordadas del <i>Victoria</i> .—Las ascensiones aereostáticas.—Madama Blanchard.	55
XX. —	La botella celestial.—La higuera palmera.—Los mam moth trees.—El árbol de la guerra.—El tiro alado.—Combate de dos pueblos.—Carnicería.—Intervencion divina.	58
XXI. —	Rumores estraños.—Un ataque nocturno.—Kenned y Joe en el árbol.—Dos tiros.—¡A mí! ¡a mí!—Respuesta en francés.—La mañana.—El misionero.—El plan de salvacion.	59
XXII. —	El haz de luz.—El misionero.—Rapto en un rayo de luz.—El sacerdote lazarista.—Poca esperanza.—Cuidados del doctor.—Una vida de abnegacion.—Paso de un volcan.	63

COCINA MODERNA

TRATADO COMPLETÍSIMO

DE

COCINA, PASTELERÍA, REPOSTERÍA Y BOTILLERÍA

CONTIENE GRAN NÚMERO DE RECETAS DE EJECUCIÓN FÁCIL Y SEGURA
SEGÚN LA PRÁCTICA DE LOS MÁS AFAMADOS COCINEROS ESPAÑOLES Y EXTRANJEROS

COMPRENDIENDO TODOS LOS ÚTILES DE COCINA

EL SERVICIO COMPLETO DE LA MESA

Y ARTE DE TRINCHAR, EL MÉTODO MEJOR PARA ELABORAR EXCELENTE PASTELES, HELADOS,
LICORES, Y TODO CUANTO SE REFIERE Á LA PEQUEÑA Y Á LA GRANDE

COCINA ESPAÑOLA, EXTRANJERA Y AMERICANA

Ilustrado con más de 100 grabados intercalados en el texto, y un cromo.

ÚLTIMA EDICIÓN

Forma un elegante tomo en 4.º de 500 páginas, y se vende en Madrid en todas las librerías á **3 pesetas** en rústica, y **4** encuadernada en tela.

Los señores libreros obtendrán rebajas de consideración en esta importantísima obra, dirigiéndose á los Sres. **Saenz de Jubera, Hermanos, Editores; Campomanes, 10, Madrid.**

EL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE DE LA MANCHA

COMPUESTO POR

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

Tiempo hacía que se venía careciendo de una edición de esta obra inmortal, que á la belleza de su impresión, ilustración y baratura, reuniese las *notas históricas, críticas y gramaticales* de la Academia Española, Pellicer, Arrieta, Clemencín, Hartzenbusch, Cuesta, Janer, etc.; y ésta que ofrecemos al público no solamente las tiene, sino que también lleva la *VIDA DE CERVANTES* y el *BUSCAPIÉ*, anotado por el distinguido literato D. Adolfo de Castro.

DON QUIJOTE DE LA MANCHA es el libro más popular en España, y puede afirmarse que su fama no es menor en el Extranjero, donde se halla traducido á todos los idiomas. *EL QUIJOTE* es una obra que todo el mundo debe tener en su biblioteca, y que hay que aprender casi de memoria.

En suma: es la edición más completa que ha salido, reuniendo á esto la baratura; pues formando **un tomo en 4.º mayor de 542 páginas con 300 grabados** intercalados en el texto y *láminas sueltas*, impreso en buen papel y con el retrato de Cervantes en acero, sólo cuesta en Madrid, encuadernado en rústica con una bonita cubierta, **6 pesetas**, y en tela con una bonita plancha, **7,50**.

Los pedidos se dirigirán á los Sres. **Saenz de Jubera, Hermanos, Editores; Campomanes, 10.**

